

# Atrapada en el espejo

Gemma Lienas

 El Aleph Editores

**Gemma Lienas**

**Atrapada en el espejo**

Primera edición: noviembre de 2009

© Gemma Lienas, 2007

© de esta edición: Grup Editorial, 62, El Aleph Editores.

[elalepheditores.com/grup62.com](http://elalepheditores.com/grup62.com)

ISBN: 978-84-7669-905-8

Reservados todos los derechos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual. (Arts, 270 y siguientes del Código Penal).

*A Enric*

Entonces, por primera vez nos hemos dado cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre. No se puede caer más bajo: no existe, no se puede imaginar condición humana más miserable. Ya nada es nuestro: nos han quitado la ropa, los zapatos, hasta el cabello; si hablamos, no nos escucharán, y si nos escucharan, no nos entenderían. Nos quitarán también el nombre: y si lo queremos conservar deberemos encontrar en nosotros la fuerza para hacerlo, hacerlo de manera que, detrás del nombre, quede algo de nosotros, de nosotros tal como éramos.

primo levi, *Si esto es un hombre*

Él era quien sugería las preguntas y las respuestas. Era su torturador, su protector, su inquisidor y su amigo.

george orwell, 1984

Laura ha muerto.

La noticia me llegó inesperadamente, mediante un mensaje grabado por Ana, su madre, en el contestador de mi móvil. Aquella información tan breve me penetró en el cerebro como si me hubieran clavado un punzón con fuerza.

Maldije a Ana hasta el tuétano. Laura ha muerto. Así, con una frase de tres palabras y nada más.

Una frase que me había dejado una taquicardia vertiginosa en las venas del cuello y la garganta agarrotada alrededor de un grito silencioso.

Nada me hacía sospechar que recibiría una comunicación tan trágica aquel mediodía de septiembre de cielo azul, extrañamente azul en Europa central. Acababa de salir de la biblioteca universitaria de Estrasburgo, donde había estado consultando los archivos de la segunda guerra mundial. Mientras volvía a conectar mi teléfono móvil, di la vuelta a la plaza de la République para dirigirme al muelle. Quería observar sin prisas el edificio donde mi testigo superviviente de la represión nazi, Joseph Berg, había vivido durante los últimos sesenta y un años. Justo pensaba en él y en su cautiverio en Mauthausen, cuando advertí la vibración indicándome la entrada de un mensaje. Mi reacción inmediata fue decirme que recibía un aviso de monsieur Berg citándome de nuevo, tal como me había prometido en nuestro primer y único encuentro. Me había asegurado que su débil salud no sería un impedimento para que pudiéramos continuar hablando sobre su paso por el infierno nazi. Yo, en cambio, tenía miedo de que su precaria salud nos jugara una mala pasada y me privara de aquel cronista excepcional. De hecho, esa inquietud la había experimentado con precisión días antes de verle y fue la que me había impulsado a trastocar mis planes en el último momento. Sólo faltaban dos semanas para que volara de San Francisco a Barcelona cuando un día desperté en mi apartamento de Palo Alto con la intuición de un desastre inminente. De repente me pareció que Joseph Berg no aguantaría hasta que yo me hubiera acomodado en el apartamento de Barcelona. No aguantaría hasta que yo estuviera dispuesta a volar a Estrasburgo para hablar con él sobre el principal objetivo de mi año sabático en Europa: los campos de exterminio y de concentración durante la dominación nazi. Convencida de que la premonición era casi una certeza, no lo pensé ni dos segundos: cambié el billete. Un cambio fácil pero carísimo. Y también conseguí

concertar una primera cita con el ex prisionero a través de madame Berg, para la misma tarde de mi llegada. No avisé a nadie sobre la modificación de mis planes, ni siquiera a Laura, que no estaba al corriente de mi calendario. Después de esto, antes de coger el vuelo el 23 de septiembre, todavía me quedaba mucho que hacer, principalmente poner orden para que los amigos con los que había acordado el intercambio de apartamentos y que me cedían el suyo en la Villa Olímpica de Barcelona encontraran el mío en condiciones. También tenía que acabar de preparar el equipaje mínimo que me acompañaría, ya que el resto de mis pertenencias las había facturado días antes para que me precedieran por mar.

Dejando atrás la biblioteca, saqué el aparato del bolsillo ironizando sobre el hecho de que un móvil me ligara a Mauthausen. Entonces me di cuenta de que no, de que el buzón de voz indicaba el número que correspondía a Laura. Sonreí. A pesar de mi anarquía vital, mi amiga, como siempre, como cuando éramos niñas y me empujaba a reservarme tiempo para los deberes escolares, estaba preparada para aportar unas cuantas dosis de capacidad organizativa. Yo era consciente de que no le había facilitado la tarea, no había contestado ninguno de sus últimos correos electrónicos. Ni los suyos ni los de nadie que no requirieran una respuesta urgente.

Marqué el número del buzón de voz para recuperar el mensaje. Me recosté en la barandilla del muelle mirando las aguas del Ill, en las que nadaba una pareja de cisnes con sus polluelos, nacidos durante la primavera, y me dispuse a escuchar el probable reproche cordial de Laura. En lugar de eso, oí la voz de Ana diciéndome en tres palabras que su hija, mi amiga, estaba muerta.

Durante un rato, no sé cuánto, me apliqué en fabricar rabia a montones contra Ana y su laconismo indiferente.

Miré el río que bajaba plácido. Uno de los polluelos de cisne, feo y gris como el del cuento de Andersen, se había subido a la espalda de uno de sus progenitores y se dejaba llevar. Las hojas de los castaños, plantados a lo largo del muelle, temblaban en el agua. Era imposible que Laura estuviera muerta. Tenía que ser un error, a la fuerza.

Este pensamiento ralentizó el ritmo de los latidos de mi corazón.

Mientras la tesis del malentendido me aflojaba los músculos, seleccioné el número de Laura y llamé. Respondió el buzón de voz: «Hola, soy Laura, no te puedo atender. Deja tu mensaje». Grabé: «Llámame en cuanto puedas. Es urgente».

Entonces marqué el número de su casa, pero también tenían el contestador. Dejé el mismo mensaje, pero esta vez con la voz vacilante. Como no tenía el teléfono de su madre, ni el del trabajo de su marido, sólo me quedaba probar en el despacho de ella.

—Bellido y Lorente, atelier de arquitectura. Buenos días.

—¿Puedo hablar con Laura?

La recepcionista enmudeció durante un instante lo suficientemente largo como para que ya no me quedara ninguna duda. Hablamos las dos al mismo tiempo:

—Laura ha muerto, ¿no?

—¿Con quién hablo?

—Soy Gina. Gina Crespo. Su amiga de Estados Unidos.

—Perdone, señora Crespo. No la había reconocido. Siento decírselo, pero sí. Laura... ha muerto.

Noté un regusto metálico en la boca. Tragué saliva amarga. Finalmente, con una caricatura de mi propia voz, le pregunté cómo. ¿Cómo había podido morir?

—Un accidente, señora Crespo, anteayer, por la noche.

Insistí para tener más detalles. Pero la chica sólo repetía que había sido un accidente. Imaginé que de coche, y entonces me vino a la cabeza la idea de que quizás no iba sola.

—¿Y Básil y el niño? —le pregunté.

—Su marido y su hijo están bien.

Le pedí que me pusiera con Sergio, a pesar de que, como suponía, no estaba. Había ido a consolar a los parientes, no sólo porque era socio de Laura, sino también porque era uno de sus mejores amigos.

La recepcionista no podía agregar nada más, aparte de que el funeral se celebraría al día siguiente, pero todavía no sabía ni el lugar ni la hora.

Cuando colgué, la irritación contra Ana había desaparecido. Estaba furiosa conmigo misma. Yo era la única idiota, la única que había decidido cambiar el destino de mi primera parada. Si no hubiera estado tan obsesionada por hablar con Berg lo antes posible, hubiera volado directamente a Barcelona, y quién sabe si los acontecimientos hubieran sido los mismos.

Deshice el camino del muelle y después, en lugar de bordear el centro de la ciudad por el perímetro marcado por uno de los brazos del río, acorté la vuelta hacia el hotel cruzando la parte vieja, por la calle de los judíos y la avenida de las alabardas. Quería llegar a la Maison Rouge en seguida para preparar el equipaje mientras intentaba adelantar la vuelta, si era posible para ese mis-mo día.

Lamentablemente, no había ninguna plaza libre para volver a Barcelona hasta el día siguiente a las siete de la mañana, en un vuelo que hacía escala en Munich y aterrizaba en Barcelona a las once en punto. No tenía otra alternativa, a no ser que estuviera dispuesta a alquilar un coche y conducir unas once horas, pero eso era algo que mi todavía acentuado jet lag desaconsejaba.

Aproveché la tarde para ir a dar una vuelta por la Petite France, donde, si te abstraías de los turistas que, como yo, se dejaban subyugar por la paz del lugar, te sentías transportada unos cuantos siglos atrás. Un barrio de callejones estrechos, con canales y compuertas y casas con entramado de madera. Un barrio delicioso con un nombre bastante indigno. En el pasado, los franceses tenían fama de fogosos, y por eso las enfermedades venéreas eran conocidas como el «mal francés». A principios del siglo xvi construyeron en el barrio un hospital para sífilíticos que pronto fue estigmatizado con el nombre de «Pequeña Francia», que acabó por designar todo el espacio que rodeaba la institución sanitaria.

Di un paseo. El puente giratorio, que permitía alternativamente el paso de los viandantes y de las barcazas. Las compuertas y sus mecanismos ingeniosos. Los puentes cubiertos.

Hacia las siete entré en un winstub para tomar una cena tan ligera que ningún alsaciano la habría considerado una comida de verdad. Vino del Rin y queso Münster con comino. Y mientras saboreaba el primer trago de aquel blanco hecho con gewürztraminer, pensé que aquélla era una de las muchas cuestiones que habían asesinado la historia de amor entre Derek y yo. Demasiadas diferencias «irreconciliables» que a ningún juez le habrían parecido tales. Si entonces hubiera estado sentado a mi lado, habría arruinado el vino agregándole unos cuantos cubitos de hielo, y después también me habría echado a perder el placer

haciéndome notar lo poco dulce que era la marca elegida. Tomé otro trago.

Mientras esperaba que me sirvieran el Münster caliente, recordé que todavía no había tenido ánimo para llamar a los Berg y avisarles de que me iba mucho antes de lo previsto. Lo hice en aquel momento. La señora Berg, como siempre, muy educada, me envió sus amitiés y las de su marido después de que acordáramos que más adelante los llamaría para concertar una segunda entrevista. Me imaginé al señor Berg sentado en la butaca de orejas, cerca de los grandes ventanales que daban al río.

Crucé los dedos para que la muerte no volviera a ponerse en mi camino y me arrancara el placer de hablar de nuevo con aquel arquitecto judío que había visto cómo se consumían casi cuatro años de su vida en campos de concentración, primero en Struthof-Natzweiler, después en Mauthausen. La larga tarde que pasé escuchándolo me impresionó vivamente la firmeza y la serenidad con las que contaba las barbaridades que vivió y que vio. Yo sabía que Struthof-Natzweiler había sido construido en los Vosgos, después de la ocupación de Alsacia por parte del ejército alemán. Berg me explicó que en cuatro años pasaron por allí cerca de cuarenta mil personas, entre las cuales estaba él, y que sólo quince mil salieron con vida. Después de estar allí dos años, en 1943 lo trasladaron a Mauthausen, de donde sería liberado en mayo de 1945.

«Me internaron en un hospital de Viena», me aclaró mientras me observaba con su mirada azul y líquida, «para que me repusiera. Y, unos meses más tarde, cuando había recuperado peso y había perdido chinches y microbios, volví a Estrasburgo para reunirme con Madeleine».

Entonces, sus ojos acuosos miraron, cargados de ternura, a su compañera.

«Ella no confiaba en que estuviera vivo. No tenía noticias mías desde hacía dos años», agregó con un cierto temblor en la voz, como si todavía fuera capaz de sentir las emociones de sesenta y un años atrás.

«Si me dejaran elegir un solo momento de mi vida, sería éste: el día en que Madeleine y yo pudimos volver a abrazarnos», indicó. «La posibilidad de aquel encuentro era lo que me había mantenido vivo durante mi cautiverio», declaró.

«¿Sabe?, en el universo concentracionario, quien tiene un motivo poderoso para vivir tiene un escudo contra los verdugos. Con esto no quiero decir que el escudo sea infalible, pero la premisa es cierta si se invierten los términos: quien no

tenía un escudo, sucumbía sin remedio».

Berg se quedó mirándome insistentemente con sus ojos inteligentes. Yo no dije nada, dando por hecho que alguna idea notable hervía en su mente.

Por fin habló: «Perdone que me inmiscuya en su trabajo, señora Crespo, pero ¿no cree que haría bien cambiándole la orientación? Quiero decir que hay muchísimos trabajos históricos sobre los campos nazis. En cambio, al menos que yo sepa, no hay trabajos, trabajos de investigación quiero decir, y no sólo de testimonios de antiguos prisioneros, que acrediten los mecanismos psicológicos que permiten sobrevivir al horror».

Me hizo un gesto con la mano para pararme, justo cuando estaba a punto de responderle que yo no era psicóloga, ni antropóloga, sino doctora en historia, especializada en la esclavitud en Estados Unidos, dispuesta a ampliar mis conocimientos sumergiéndome en los campos de concentración durante aquel año sabático que repartiría entre la Universidad de Estrasburgo y la de Barcelona.

Berg continuó: «Ya sé que usted es especialista en los esclavos de las plantaciones de algodón y de tabaco, pero, precisamente por eso, creo que tendría que estudiar no sólo los mecanismos psicológicos de los prisioneros, sino también, y sobre todo, los mecanismos de los dominadores. ¿Nunca se ha planteado cómo fue posible que todos aquellos esclavos afroamericanos que labraban la tierra con herramientas que podían ser usadas como armas no se levantaran contra sus explotadores?».

No se lo dije pero pensé: ¡claro que me lo había planteado!, aunque sólo fuera porque la lectura de algunas obras de mis colegas, por ejemplo, las de Orlando Patterson, me habían abierto los ojos respecto a la cuestión, aunque nunca me habían impulsado a investigar en este sentido.

Berg continuaba ofreciéndome argumentos hablándome del gueto de Varsovia: «Cuando se formó el gueto», relató, «se situó en una superficie que sólo representaba el dos y medio por ciento de la ciudad; y en ese espacio mínimo los alemanes metieron a casi cuatrocientas mil personas, que entonces todavía no estaban debilitadas como lo estarían en poco tiempo por culpa del racionamiento salvaje de los alimentos. ¿Por qué», insistió Berg, «todas aquellas personas no se rebelaron contra los alemanes? ¿Por qué aceptaron de manera sumisa ser encerradas en el gueto?».

Berg no esperaba ninguna respuesta mía. Dijo: «Porque para reducir a una persona a la condición de esclavo no se necesitan ni armas ni violencia física, sólo se necesitan técnicas de violencia psicológica. Y una de estas técnicas consiste en menospreciar a la persona hasta que llega a interiorizar este desprecio de tal manera que se lo cree, que se cree una mierda... nada».

El señor Berg se detuvo, como si se sintiera confuso por su exaltación, que se había traducido en una palabra —merde— nada propia de su vocabulario ilustrado.

Enmudeció unos instantes, con la mirada perdida en las copas de los castaños. Su mujer lo observaba atentamente sin abrir la boca, pero con el cuerpo en tensión.

Berg respiró profundamente y continuó, con un tono más calmado: «¿Usted sabe lo que es sentirse desposeído de la humanidad, convertirse en una cosa? Esta impotencia, este sentimiento de inutilidad, sumado al poder absoluto del otro, es la auténtica clave de la dominación».

Al acabar la última copa de vino del Rin me di cuenta de que las tesis de Berg y, sobre todo, la firmeza de su voz y la convicción de su mirada habían penetrado en mi mente y le habían dado un giro al planteamiento de mi trabajo de investigación. Saqué la agenda y anoté que en Barcelona buscaría especialistas en violencia y comprobaría si era posible aquella nueva orientación en mi año sabático.

Era obvio que prefería cualquier cosa antes que pensar en Laura.

Me desperté con las cervicales un poco menos rígidas que la noche anterior, pero con la mente espesa, no sólo por los efectos del cambio horario, sino, sobre todo, porque me había tomado una dosis doble del ansiolítico que me había recetado la psiquiatra con motivo de mi divorcio. Fue una prescripción inútil en aquellos momentos, porque perder de vista a Derek y la casa que habíamos compartido durante cuatro años no me resultó traumático. Con todo, la psiquiatra se obcecó en hacerme la receta, que yo sólo consideré oportuna justo después de planificar mi año sabático en Europa y evaluar los efectos de los vuelos transatlánticos sobre nuestros relojes biológicos. Lo que nunca me hubiera imaginado cuando fui a la farmacia de Menlo Park a comprar las píldoras es que servirían para aturdirme la conciencia y no tener que pensar en Laura. Sentía el dolor por su muerte concentrado en una contractura entre las cervicales y el hombro derecho que me impedía girar la cabeza para mirar atrás. Una metáfora perfecta. Me negaba a recordar mi pasado con Laura.

Me levanté tan deprisa como me lo permitió la niebla de mi cabeza. Eran las cinco y cuarto, en quince minutos me recogía el taxi para llevarme al aeropuerto. Una vez en el coche, conecté mi teléfono móvil. Había otro mensaje de Ana, desde un número desconocido, probablemente el suyo. Esta vez su voz era menos seca y más llorosa. Me decía que no estaba segura de que yo estuviera al otro lado de las grabaciones, pero que volvía a arriesgarse. Me informaba del lugar y la hora del funeral. Comprobé que, si la compañía aérea tenía la bondad de salir puntualmente, podría llegar a la mitad de la ceremonia.

Mientras recogía la tarjeta de embarque, intenté evocar la figura de Ana. Con la de Laura no me atrevía. La recordaba con una complexión física más bien parecida a la mía, tal vez menos alta, pero igual de fibrosa. De sus dos hijas, sólo Raquel se le parecía. Laura, en cambio, tenía más rasgos de su padre, las formas más redondeadas y suaves. Cuando éramos pequeñas, Ana nos lo decía a menudo: «Parece más hija mía Gina que tú, Laura. A ver si resultará que alguien hizo un cambio de cuna...». Laura se lo tomaba como un halago, ya que tenía debilidad por lo que ella consideraba el glamour de mi madre. A mí me pasaba lo contrario: habría dado una mano o cualquiera de los viajes que Laura tanto me envidiaba por ser hija de la familia Bellido, una familia tan diferente de la mía. La mía era poco convencional, con un padre y una madre bohemios. Eran fotógrafos itinerantes, a veces ricos y otras veces sin un duro, que nunca tendrían que haberse reproducido porque tenían bastante con su oficio artístico y su mutua compañía. Pero nació yo y me incorporaron, un poco como una carga, en su ir y venir por el mundo. Vivimos en Bolonia y en Nápoles, ya que Italia era la tierra de origen de mi madre, Paola Molinari; pasamos una temporada en Toulouse y, finalmente, cuando yo tenía ocho años, recalamos en Barcelona, la ciudad de mi padre. Allí decidieron estabilizarse un tiempo, el mínimo necesario para que yo pudiera completar los estudios obligatorios. A pesar de todo, no lo resistieron: después de celebrar mis doce años, se volvieron a marchar, esta vez en dirección a Irlanda, y a mí me dejaron al cuidado de una abuela que claudicó enseguida en favor de la familia Bellido, lo que no fue extraño si consideramos que el padre, la madre, Laura y su hermana habían sido mi familia de adopción desde nuestra llegada. Del mismo modo que Laura admiraba el carácter aventurero de mi madre, yo suspiraba por una madre con tiempo para mí, dedicada a su profesión pero también a la familia. Ana se dosificaba, aparentemente, sin dificultad entre las tres chicas, su marido y las clases en la facultad. «Cuando sea mayor seré profesora de historia, como tu madre», le decía siempre a Laura. Y ella respondía que sería fotógrafa. Yo lo cumplí: hacía algunos años que me había ido a Standford para matricularme en un máster y me había quedado en el departamento de historia, primero como lectora, después como profesora asociada y, por último, como full professor. Laura, en cambio, no se

dedicó a la fotografía, sino a la arquitectura. Ella explicaba que se había interesado a través de los montones de imágenes de edificios de todo el mundo capturados por el objetivo de mi madre, pero siempre me pareció una motivación inventada a posteriori.

Entré en el tanatorio cuando hacía casi diez minutos que la ceremonia había empezado. Pensé que si se reducía a una de estas modernas funciones impersonales, no tardaría mucho en acabar. Puesto que no me animaba a ir hacia adelante, porque la maleta con ruedas chirriaba demasiado en aquel local tan silencioso, me quedé cerca de la puerta, desde donde podía observar el ataúd de madera oscura y con asas doradas. Respiré aliviada: como era lógico, la tapa ya estaba bajada. Llegar tarde me había ahorrado tener que ir a la sala donde la familia había velado a Laura y, afortunadamente, no había tenido que pasar por el mal trago de contemplar a mi amiga muerta. No conocía bien cuál era el protocolo en estos casos, pero suponía que no querer dar un último vistazo a la difunta podía interpretarse como una falta de delicadeza o de interés y, a pesar de eso, me habría sentido incapaz de mirar a una Laura que ya no debía de ser ella.

El acto se desarrollaba de manera nada estereotipada. Se notaba que algunas personas se habían implicado a fondo: había lecturas de textos creados expresamente para la ocasión. En ese momento leía uno su hermana Raquel. No tenía buena cara, pero, dadas las circunstancias, era lo más previsible. Ya que tenía seis años menos que Laura y que yo, calculé que tenía veintinueve, a pesar de que parecía un poco mayor, tal vez por la expresión fatigada y triste. No me extrañaba que la desaparición de la hermana representara una carga insoportable para ella: siempre había sido una chica muy impresionable y excitable. Una mujer de extremos, subjetiva e imaginativa. Estas dos características eran las que la convertían en una pésima ayuda en momentos difíciles, pero, posiblemente, habían hecho de ella la profesional prestigiosa que era en el ámbito del diseño textil, donde sus estampados para toallas, sábanas y trapos de cocina eran muy buscados.

Raquel leyó un texto breve en el que repasaba mínimamente la vida en común de las dos, poniendo énfasis en la infancia y mencionándome también a mí. Concretamente, evocó el día en que había aparecido, con mi maleta a cuadros, para instalarme en su casa. Recordó que Laura me había regalado su camión preferido, y ella, Raquel, un oso de peluche. Aquella referencia a mi paso por la familia removió mis sentimientos y me deshizo el nudo con que los había atado desde la tarde anterior. Me puse a llorar. Raquel también se secaba los ojos de vez en cuando con un pañuelo de papel.

Sentí que alguien me tomaba del brazo y murmuraba:

—Ven.

Levanté la cabeza y vi que Sergio, el socio de Laura, me empujaba suavemente.

—La maleta... —me excusé en voz baja.

—Él se ocupará —dijo mientras le hacía una señal a un hombre joven que se sentaba en un banco cercano—, ¿verdad?

El tipo dijo que sí con la cabeza y tiró de la maleta hacia él.

Todavía llorando, me dejé llevar por Sergio hasta la segunda fila. Me sequé las lágrimas y conseguí controlar el llanto.

Miré a mi alrededor. Delante estaba el ataúd de mi amiga, con un ramo de lilioms blancos y amarillos de olor excesivo. En el primer banco estaba Básil, sin el niño, claro. Sentí una punzada de pena muy intensa por la criatura, más que por el padre. Al fin y al cabo, un adulto tenía más defensas y se podía rehacer mejor. ¿O no?, me pregunté, observando el desconsuelo de Básil. Lloraba silenciosamente. Tenía los ojos hinchados, la cara demacrada y pálida, con una barba de más de dos días que le daba un aire descuidado y poco atractivo. Él, que lo era tanto...

Al lado de Básil había una silla vacía, la de Raquel, y después se sentaba Ana. Me costó reconocerla. Es verdad que hacía años que no la veía y que, además, hacía siete que había enterrado a su marido, con quien había tenido una relación cargada de complicidad y de ternura, y que, por tanto, podría haber supuesto que aquella mujer de casi sesenta años ya no tendría el aspecto juvenil de siempre. A pesar de ello, su apariencia me inquietó y me hizo sentir culpable por haberle dedicado tan poco tiempo desde que me fui a vivir a California. Había adelgazado mucho, y dos grandes surcos le bajaban desde la nariz hasta ambos lados de los labios. Llevaba la cabellera no muy larga, lisa y completamente gris, y unas gafas de montura metálica de color plateado, y ninguna de las dos cosas la favorecía en absoluto. Se la veía abstraída y rígida. Tuve la impresión de que la rigidez le venía del dolor y entendí que sólo hubiera sido capaz de dejarme tres palabras grabadas en el móvil para comunicarme la muerte de Laura.

Raquel había acabado de leer su texto y volvió a su lugar. Al venir me vio y, antes de sentarse, se giró para darme un beso.

—Lita... —le dije usando el diminutivo con que la llamábamos de pequeña y tomándole la mano—. Estoy tan triste...

Dándome a entender que ella sentía lo mismo, movió la cabeza y dos lágrimas cayeron al suelo. Se volvió y se sentó. Discretamente, hizo un gesto a su madre, que se volvió.

—¡Gina, hija! —dijo, con una alegría evidente en la voz, a pesar del rictus amargo de sus ojos.

—Lo siento, lo siento —le dije sin poder evitar que la voz me temblara.

Ana apretó los labios.

Mientras, Sergio se había colocado detrás del micrófono y había empezado a leer su texto, que resultó como él: desordenado, juguetón, distendido y tierno. Sergio, con sus eternos cabellos largos y revueltos, ahora con unas cuantas canas. Sergio y sus camisas poco serias, seguramente no del todo adecuadas a su condición de arquitecto de renombre. Sergio y su sonrisa de niño terrible.

Sergio finalizó aquella lectura que ponía un poco de calor en el pecho, alzó la cabeza y nos miró durante unos instantes sin decir nada. Entonces, inesperadamente, se dirigió a mí:

—Gina, tal vez quieras decir algo...

Mi primera reacción fue negarme, pero, de repente, la estrofa de una canción de Barbara me vino a la cabeza y pensé que a Laura le habría gustado cantarla conmigo.

Le pedí permiso al señor corpulento que se sentaba a mi lado, cuya americana parecía abrocharle con dificultad, y salí del banco por delante de otro hombre vestido muy pulcramente, como si fuera el jefe de planta de unos grandes almacenes. Acepté el lugar que me cedió Sergio y, mientras recordaba las primeras penas de amor que Laura y yo habíamos sublimado al ritmo de aquella música, recité, con más serenidad de la que sentía:

*Dis l'oiseau, ô dis, emmème-moi,*

*retournons au pays d'autrefois,*

*comme avant, dans mes rêves d'enfant,*

*pour cueillir, en tremblant,*

*des étoiles, des étoiles.*

*Comme avant, dans mes rêves d'enfant,*

*comme avant, sur un nuage blanc,*

*comme avant, allumer le soleil,*

*être faiseur de pluie,*

*et faire des merveilles.*

—Se despeñó con su coche en las curvas de Garraf.

—Pero... ¿cómo? —pregunté pensando que debía de estar involucrado otro vehículo. Laura conducía muy bien; no sólo era hábil, sino también prudente. Le gustaba conducir, tanto que lo usaba como método para relajarse.

—Nadie lo sabe —dijo Sergio y, cuando pasamos junto a Ana y a Raquel, rodeadas de parientes que les daban el pésame, bajó la voz y agregó—: El único testigo, el conductor de un todoterreno que iba en dirección contraria, cree que pudo quedar deslumbrada con sus faros.

Entonces, mientras nos deteníamos un poco alejados de la gente para hablar con más libertad, Sergio me explicó que el accidente se había producido el 24 de septiembre a las dos de la madrugada. Laura, posiblemente cegada por las luces de otro vehículo, había reaccionado con excesiva brusquedad y el más que probable golpe de volante desproporcionado le había hecho perder el control del coche. En aquella carretera tan estrecha no había tenido margen de maniobra para rectificar y se había precipitado por los acantilados que caían verticales hasta el mar. No había ido a dar al agua porque unos compactos matorrales de lentiscos habían detenido su caída. El coche había quedado panza arriba. Entonces, el conductor del todoterreno que se detuvo para auxiliarla todavía no sabía que había quedado retenida allí, a unos cinco metros sobre el mar. Tampoco sabía que ya estaba muerta. Había muerto en el acto, con la base del cráneo fracturada. El conductor había llamado a la policía, que había localizado el vehículo y se había encargado de avisar a los bomberos, ya que sin su colaboración habría sido impensable rescatar el Volkswagen de Laura. Cuando el día clareaba, con la ayuda de una grúa, lo habían izado. A las ocho de la mañana, la policía había llamado a Basil, que había encajado muy mal la noticia.

Miré a Ana, en aquel momento prensada entre los brazos y el pecho compacto del hombre que había estado sentado a mi lado. El hombre hablaba con ella casi al oído, como si le hiciera confidencias que Ana escuchaba con un aire entre desinteresado y escéptico.

—¿Quién es ese tipo? —le pregunté a Sergio.

—¿Ése? —dijo arrugando su nariz gruesa de una manera casi imperceptible; yo quizás no me habría dado cuenta de la mueca si, previamente, la cara de Ana no me hubiera predisposto a ello—. Es Juan Mascaró, el psiquiatra.

—¿El psiquiatra? ¿El psiquiatra de quién? ¿De la familia en estos momentos de duelo? —le pregunté convencida de que las costumbres norteamericanas de correr al psicoanalista ante la más mínima dificultad que ofreciera la vida empezaban a desembarcar también en mi país.

Sergio me miró unos instantes, desconcertado.

—No. El de Laura.

—¿El de Laura? —repetí como si fuera idiota. Y me sentí obligada a hacer una aclaración que me dejaba todavía más en evidencia—: Laura no me había dicho nada. ¿Hacía mucho que iba?

—Años. Exactamente no lo sé, pero me parece que unos cuantos.

No lo podía creer. ¿Laura tenía problemas que la obligaban a ver a un psiquiatra y nunca me había dicho nada? ¿Nuestra amistad no se merecía que se hubiera sincerado conmigo?

Sergio me adivinó el pensamiento.

—No se lo tengas en cuenta. Era una cuestión de la que raramente hablaba. Y cuando lo hacía, le salía un mal humor que a mí me hacía imaginar que la relación entre ella y Juan Mascaró no era fluida. Seguro que te lo quiso ahorrar.

Probablemente Sergio tenía razón. A fin de cuentas, yo tampoco le había informado con puntualidad de todas mis divergencias con Derek. Simplemente, dos meses después de haberme separado, se lo comuniqué y poco más. A veces hay cuestiones que se hacen aburridas de explicar incluso, o sobre todo, a la gente a la que quieres. Y otras que, por la razón que sea, prefieres guardártelas para ti.

—Pero ¿tenía algún problema grave?, ¿alguna enfermedad?

—No lo sé. Conmigo Laura era la de siempre. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se pasó el dorso de las manos por los párpados y se aclaró la garganta antes de seguir—: Continuaba siendo la amiga cercana y cordial de siempre. A pesar de que tengo que admitir que en los últimos tiempos con la gente del despacho no era la misma, especialmente con aquellos que la exasperaban: el arquitecto técnico y la recepcionista, los dos con un carácter que chocaba con el suyo. Tanto con uno como con la otra, llegaba a ser muy crítica...

—¿Crítica? —me sorprendí. No era propio de Laura.

—Crítica y tozuda. Muy tozuda. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había manera de hacerla cambiar de opinión, te lo aseguro.

Aquel «te lo aseguro» fue acompañado por el paso de una sombra en los ojos de Sergio. Estuve a punto de preguntarle por qué, pero no me atreví. A lo mejor

eran sólo imaginaciones mías. Preferí conocer su opinión sobre el accidente.

—¿A qué te refieres? —me preguntó.

—A nada en concreto. Quiero decir que cuadra poco con Laura esta muerte. Una mujer tan buena conductora... No creo que nunca hubiera tenido ni siquiera un arañazo...

—Tienes razón. Pero la forma de morir no se elige. —Se detuvo el tiempo de un pensamiento y, después, dijo—: El accidente liga menos con la Laura que había sido que no con la que era actualmente.

Esperé a que se explicara mejor.

—Desde antes del verano, Laura parecía un poco distraída.

Aquello también era una novedad.

—¿Piensas, entonces, que el accidente pudo haber sido una distracción más y no el efecto de un deslumbramiento?

Sergio levantó los hombros:

—No lo sabremos nunca, Gina, no te obsesiones —dijo. Y me apretó el antebrazo con simpatía.

—¡Gina!

Me volví hacia Ana, que me reclamaba, pero antes de que tuviera tiempo de acercarme a ella, otro de los asistentes requirió su atención. Aproveché para ir hacia Basil.

Nos abrazamos cálidamente, como si la nuestra fuera una relación de años, llena de una gran complicidad. Y no era así; en realidad, casi no nos habíamos tratado. Laura había conocido a Basil después de que yo me hubiera instalado en California y, por tanto, mis contactos con él fueron escasísimos: alguna conversación telefónica en ausencia de Laura y algunas horas compartidas con ocasión de mis dos únicos viajes a Barcelona a lo largo de todos aquellos años. De modo que mi intimidad con él era nula, y mi simpatía hacia él pasaba a través de Laura, de su amor, su admiración, su devoción. Eso sí, tengo que confesar que Basil resultaba un hombre encantador, no sólo por el rostro atractivo y un cuerpo atlético

que te dejaba sin aliento, sino también por su simpatía desbordante, su sonrisa fácil, sus atenciones halagadoras y una gran facilidad para el lenguaje. Yo entendía que Laura se hubiera enamorado de él locamente.

Básil me acogió entre sus brazos como si me considerara un vínculo entrañable con su mujer. Estuvimos unos segundos en silencio. Después iniciamos una conversación un poco titubeante. Al cabo de un rato, ya hablábamos con más naturalidad. Me explicó el accidente y, al hacerlo, volvió a llorar, abatido.

—Pero ¿qué hacía a las dos de la madrugada en las costas de Garraf? —le pregunté.

—Nada —contestó—. Ya la conocías: cuando tenía una inquietud se la hacía pasar escuchando la *Pasión de san Mateo* o *Turandot* o lo que fuera, mientras conducía a toda velocidad por alguna autopista.

—El Garraf no es una autopista —lo interrumpí.

—Da igual. Le gustaba cualquier carretera mientras pudiera ventilar la ansiedad.

—¿Y cuál era el motivo del desasosiego?

—No haber ganado el concurso, claro.

—¿Qué concurso?

—El que se había convocado para restaurar el Museo Nacional de Arte de Cataluña.

—Es cierto que me comentó que se había presentado, pero no sabía que se hubiera fallado ya.

—Sí. Hace unos días, y no le adjudicaron a ella la remodelación.

Intenté hacer memoria. Tal vez, durante las semanas en las que estuve medio enloquecida cerrando el apartamento de Palo Alto y preparándome para el año sabático, Laura me había enviado un mensaje haciéndome saber y yo no le había contestado. Pensé que luego revisaría mi correspondencia electrónica con ella.

Básil se despidió.

—Ven algún día a casa, Gina. Me gustaría regalarte algunas cosas de Laura.

Le dije que lo haría y lo dejé para acercarme a Ana.

No fue fácil hablar con ella. Estaba tensa y se la veía poco predispuesta a la conversación.

—No me siento bien, Gina. Me gustaría más que nos viéramos dentro de unos días.

—Como quieras, Ana. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

Cerró los ojos y recostó la frente sobre mi cuello de tal manera que sentía su aliento sobre mi piel, como una humedad cálida que me erizaba los pelos de la nuca. Olfateé su olor, como cuando era adolescente e iba a darme las buenas noches. Entonces, en voz baja pronunció unas palabras extrañas que yo no sería capaz de entender hasta muchos días más tarde.

—Ahora descansa en paz mi hija; por fin el espejo ha liberado su espíritu.

No tuve tiempo de preguntarle qué había querido decir, porque Raquel se acercó para avisarnos de que debíamos ir al crematorio.

—¿Nos acompañas? —me preguntó.

Le dije que sí y caminamos cada una a un lado de Ana.

Una vez que hube recuperado mis pertenencias en el puerto de Barcelona y hube tomado posesión del apartamento que me habían dejado en la Villa Olímpica, llamé a Sergio para quedar con él al día siguiente y, también, para preguntarle en qué punto exacto de la carretera se había producido el accidente. No podría haber explicado la razón, pero necesitaba ver el lugar donde Laura se había matado.

Como la carretera era excesivamente estrecha para detenerme en la curva fatídica sin riesgo a provocar un accidente o, cuando menos, un arañazo en la carrocería del Seat de alquiler, tuve que aparcar el coche unos centenares de metros más allá. Caminé hasta la curva y me detuve en el lugar donde me imaginé que Laura se había despeñado. Quería ser consciente de la muerte de mi amiga e intenté visualizar la caída por aquel acantilado de blancas rocas calcáreas, casi vertical. Vi el coche tumbándose sobre sí mismo, desplomándose, golpeando contra alguno de los salientes que aquí y allí se formaban en la pared. Supuse que en el descenso

había topado con algunos de los pinos pequeños e inclinados por los vientos y con algunos matorrales de lentisco. Me imaginé que uno de los que estaban más cerca del agua había detenido el Volkswagen y lo había mantenido suspendido sobre el punto donde, más abajo, se formaba la espuma blanca de las olas contra las rocas. Después se debía haber inmovilizado, como inmóvil parecía también el mar tranquilo que se extendía más allá de las puntillas espumosas.

Dos gaviotas que planeaban sobre una corriente de aire chillaron. Con los ojos cerrados, me representé aquel paisaje, bonito pero imponente, de noche. Lo recreé más tenebroso y muy oscuro, tanto que Laura no debía de haber visto nada al caer, sólo debía de haber intuido lo que le esperaba unos metros más abajo. Tal vez había podido escuchar el ruido de las olas batiendo contra los arrecifes. O ni eso, porque tal vez se había roto el cuello justo en el inicio de su descenso. Me di cuenta de que, por la hora, había muerto justo cuando yo sobrevolaba el Atlántico en el interior de un Airbus de British Airways.

Miré el mar y recordé a la Laura de nuestros trece, dieciséis, veinte, veinticuatro años... La Laura de ojos oscuros, cejas espesas y labios carnosos. La Laura amigable, habladora, enérgica. A pesar de la representación mental del accidente, todavía me costaba hacerme a la idea de que ya no estaba. Tenía la sensación de que, en cualquier momento, podía aparecer para decirme: «Eh, Gina»... En el caso de haber tenido esta oportunidad, le habría preguntado si realmente le había resultado un golpe exasperante que no les hubieran otorgado la remodelación del museo. ¿Tanto como para necesitar desahogarse en las curvas de Garraf? Suspiré y me imaginé que Sergio me lo podría explicar, a pesar de que, ahora, sentada delante de las rocas blancas y sobre el mar azul, me resultaba extraño que no me hubiera dicho nada durante el funeral, que sólo Basil hubiera mencionado la bofetada que aquello había significado para Laura, cuando seguro que también lo había sido para todo el estudio de arquitectura. Claro que, conociendo a Laura, se lo debía de haber tomado más a pecho que nadie.

Hablaría con Sergio, me dije mientras lanzaba una piedra por los acantilados y observaba la trayectoria. Me sacudí las manos y regresé al coche.

Cuando ponía la llave en la cerradura, recordé la frase de Ana: «Por fin el espejo ha liberado su espíritu».

¿Qué había querido decir? Se lo tendría que preguntar.

Fui a la Universidad de Barcelona a presentarle mis credenciales al doctor Aracil. Quitarme las diligencias administrativas de encima me hizo sentir más ligera por primera vez en los últimos días.

Eran las once; tenía la mañana por delante. A pesar de que no pensaba ponerme de lleno a desarrollar mi trabajo de investigación hasta que hubiera digerido la muerte de Laura, un repentino impulso de autodisciplina me hizo pasar por la biblioteca de la facultad para comprobar qué material había relacionado con el tema sugerido por Berg.

Exhibí el carné provisional para acceder a las salas. Después de consultar en uno de los ordenadores el catálogo, rellené los impresos para pedir los tres volúmenes que había seleccionado.

—Sus libros —dijo un bibliotecario apático diez minutos más tarde. Y me los dejó sobre la mesa donde había encendido la pequeña luz frontal.

Aquellos libros eran obras de referencia que ya había leído años atrás. No obstante, los volvería a repasar con una mirada nueva y rastrearía cualquier indicio que hablara de los mecanismos psicológicos que permitían someter a una persona sin el uso de la fuerza. En el índice del primero, me pareció que dos de los capítulos podían contener alguna pista. En los otros, este discurso era más fragmentario y dejaba un pequeño rastro a lo largo de muchas páginas.

Un par de horas más tarde, había identificado tres estrategias para reducir la resistencia de quienes se pretendía esclavizar. La primera consistía en desarraigar a las personas, es decir, privarlas de las relaciones sociales, de los vínculos afectivos que les eran propios, de tal manera que se sintieran extranjeras en el nuevo medio. La segunda se centraba en tratar a las personas como objetos, privándolas de su humanidad, para que llegaran a perder el respeto por ellas mismas. La tercera maniobra se basaba en ligar el esclavo a su amo con un nexo de una sola dirección, de manera que no pudiera contar ni con un arbitraje superior ni con una relación de igualdad con la otra parte.

Devolví los libros y salí.

Caminé por delante de los muros abarrotados de graffitis chillones hasta

dejar atrás el edificio nuevo de la Facultad de Geografía e Historia, situada en el barrio viejo de Barcelona. Pensé en los hallazgos de la mañana. Quedaba claro que tenía que investigar si los mecanismos descubiertos eran sólo el fruto de observaciones parciales de ciertos autores o, si por el contrario, otros coincidían en ello. Y también tendría que comprobar si estos mecanismos eran aplicables a las actuaciones que los verdugos de los campos de concentración tenían con los prisioneros.

Enseguida me encontré en la Rambla, pisando las hojas secas de los plátanos. Cogí un autobús para ir hasta el parque de la Ciudadela.

La gente que llenaba el vehículo ponía cara de circunstancias e ignoraba —no se sabe si educada o indiferentemente— las musiquillas groseras que con persistencia salían de uno u otro móvil. Hice un esfuerzo por abstraerme y esquivar la irritación que me producían. Me adentré en el recuerdo de la conversación con Sergio la tarde anterior; una conversación más reposada que la del día del funeral y que me había llevado a querer saber más cosas sobre los últimos meses de Laura.

Cuando me dijo que estaba interesada en que nos presentáramos al concurso para la remodelación del MNAC, ya observé, por el brillo de su mirada, que no podría sacarle aquella tontería de la cabeza. Y lo era. Una burrada, quiero decir. Aquel proyecto no era una buena idea para el taller de arquitectura. Estábamos desbordados y era absurdo plantearnos un proyecto más. Por otra parte, estábamos más centrados en edificios de uso privado que público. Era insensato, pero ella, aún no sé por qué, se obcecó... Se lo quise hacer entender, pero no lo conseguí: nos peleamos como políticos en campaña. Y cuanto más oposición le manifestaba yo, o quien fuese, más se empecinaba. No era propia de ella esa obstinación. Sobre todo si tenemos en cuenta que, desde hacía unos años, nunca tomaba ninguna iniciativa en el despacho; dejaba que yo me avanzara siempre y ella iba a remolque... Hacía mucho que Laura había perdido gran parte de su energía. No sé si tú llegaste a captarlo a través del contacto virtual que manteníais...

De hecho, yo mismo no fui consciente hasta que no se produjo ese episodio. Fue entonces cuando, como si se abriera una ventana, vi a Laura tal y como era en la actualidad y no como yo la continuaba viendo, una Laura anclada en los años universitarios. Aquella Laura enérgica, brillante, con ganas de comerse el mundo. Aquella Laura a la que unos cuantos profesores de la universidad habían augurado un futuro de primera como arquitecta. Me dije que ya hacía tiempo que se la veía desencantada y tensa. Y muy poco motivada por las tareas del taller. Y me dolió haber vivido a su lado sin advertir estos cambios, ni qué los había provocado. Me

pregunté si el origen era el nacimiento de Álex y si había sido en aquel instante cuando había iniciado la psicoterapia. Pero, ¿sabes?, el niño tiene dos años y ella hacía más que frecuentaba el consultorio de Mascaró. Tal vez cuatro. Me pregunté si la transformación podía estar vinculada a su relación con Básil, pero me dije que no porque llevaban juntos mucho más, unos nueve años... Es cierto que, como tú dices, sólo hacía cuatro que se habían casado, pero no creo que una ceremonia sea capaz de trastocar un vínculo. De todas formas, no me hagas mucho caso. Ya te comenté que el del psiquiatra no era un tema que Laura tocara a menudo y, por tanto, tal vez hiciera mucho más que se había puesto en sus manos y yo, como de tantas otras cosas, no me había dado cuenta...

Fuera como fuese, abrí los ojos a esa nueva Laura que se parecía poco a la mujer amistosa, creativa, vital y armónica de quien yo había estado enamorado. Porque, ¿lo sabes, verdad?, fue mi gran amor de juventud. Sí, claro, no era ningún secreto. La misma Laura te lo debía de haber explicado. Me parece que el enamoramiento me duró toda la carrera, aunque sólo se lo hice saber durante el segundo año. Sin ningún éxito, por otro lado... A pesar de todo no perdí nunca la confianza de gustarle, hasta que apareció Básil. Mi relación con él había empezado unos años antes en las pistas universitarias, donde continuamos jugando a tenis juntos, incluso después de que él abandonara la carrera. El día que Laura y Básil se conocieron, no había habido ninguna premeditación de mi parte. Fue puro azar que nos encontráramos los tres en una cafetería del centro de la ciudad. Y no me quedó otra salida que presentarlos. Creo que una parte de mi inconsciente lo había evitado siempre por temor a que se produjera el cataclismo que, en efecto, hubo. Fue un enamoramiento repentino y explosivo. Muy pronto, Laura y Básil resultaron inseparables... tanto que empalagaba un poco...

Sí, es verdad lo que dices, tal vez sólo yo me sentía harto y mareado porque habría querido a Laura como pareja, pero lo cierto es que, al margen de mis sentimientos, se me hacían inaguantables las ingerencias de él en nuestros asuntos profesionales. De repente parecía que Laura, tan decidida y organizada, no podía dar un paso sin consultarlo primero con Básil. Y él, que no había podido pasar de segundo de arquitectura y se había visto obligado a apuntarse a estudiar diseño de interiores, creía tener mejor criterio que una mujer recién licenciada y brillante como era ella. Laura no sólo no ponía objeciones, sino que lo escuchaba como si se tratara del dios de la arquitectura materializado. Era insoportable, te lo aseguro. Recuerdo la elaboración de aquel primer proyecto firmado por ella y por mí y destinado a un concurso público —el único al que nos presentamos— como una tortura por culpa de las continuas intervenciones de él. A mí, jugar al tenis con Básil me resultaba muy estimulante, pero apechugar con sus opiniones

pseudoprofesionales en materia de arquitectura me sacaba de quicio.

Pero, volviendo al que ha resultado el segundo y último concurso público de Laura, te diré que, por primera vez en nuestra vida, sostuvimos una discusión dura, que acabó en tablas. Ella decidió que realizaría aquel proyecto fantástico, en mi opinión con escasas posibilidades de prosperar. Y no porque no fuera bueno, que lo era y mucho, sino porque quien lo debía juzgar no podría admitir el costo desmesurado en tiempo y dinero. Yo, por mi parte, resolví que el Atelier Bellido y Lorente se mantendría al margen. Le recalqué: lo defenderás tú sola; no cuentas conmigo. Durante unos días, a duras penas me dijo algo. Me imaginé que, tal vez, después de tantos años de convivencia con Básil, Laura estaba adoptando una de las tácticas preferidas de él para recuperar el control de la situación: el mutismo total. «Silencio administrativo», lo llamaba ella quitándole importancia, pero yo sé que a Laura la herían mucho aquellos tiempos muertos que Básil le imponía...

¿Si lo hacía a menudo, dices? Tal vez no, al menos si tengo que juzgarlo por las veces que Laura se había quejado. El caso es que no, el de Laura no era un comportamiento deliberado, sino que de manera instintiva respondía con silencios a mi silencio. Y tenía razón, yo también había dejado de dirigirle la palabra; sólo lo hacía cuando era imprescindible. Entonces hablamos y firmamos la paz, pero ella no abandonó los planes de remodelación del MNAC y continuó entrando cada mañana dos horas antes que los demás para poder dedicarse a ello. En los últimos tiempos se había vuelto tan tozuda... Y yo, a pesar de que le había dicho que no quería involucrarme, fui siguiendo los esbozos, que en algunos aspectos me resultaban muy familiares porque recuperaban algunas de las ideas que ya había desarrollado en el proyecto de fin de carrera y que, después, nunca consiguió llevar a la práctica. El hilo conductor de su plan eran los espejos; su manía... Eso sí que lo debes recordar de cuando erais niñas, ¿verdad?

Exactamente, el espejo de aire oriental. Japonés, para ser más preciso, a pesar de que hasta hace tres meses todos ignorábamos su procedencia exacta. Fue justo la noche de la verbena de San Juan, en una cena en casa de ellos, cuando lo volví a ver. Me sorprendió encontrarlo en ese piso, porque, como tú, lo recordaba en casa de los padres de Laura. Fue Miguel, el jefe de Básil, quien lo llevó a la terraza donde todos estábamos bebiendo una copa de cava. «¿De dónde habéis sacado esta maravilla?», preguntó Miguel. Laura dijo algo sobre una herencia y yo supuse que, al morir su padre, había ido a parar a sus manos.

Después todos se enzarzaron hablando del espejo y yo me desentendí. No me interesaba nada la conversación. De hecho, mi único afán era improvisar una

excusa convincente para salir de allí tan pronto como fuera posible. Las veladas con Básil siempre eran muy divertidas, pero aquella había empezado con mal pie. Los invitados y los anfitriones sonreían y ponían buena cara, pero había tanta tensión latente que todo parecía a punto de explotar. No sabía por qué. Tal vez una combinación poco afortunada de personas: Laura y Básil, la hermana de Laura, mi mujer y yo, el jefe de Básil y su pareja... O quizás alguna discusión anterior a nuestra llegada... Mi mujer y yo nos habíamos presentado bastante tarde. Me pregunté si era eso lo que había traído mal rollo a la fiesta. No lo sé. El caso es que mientras Miguel pontificaba, yo miraba aquella reliquia familiar muy querida por todos, especialmente por Laura. ¿Lo tienes presente? Un espejo de pared, de medio metro de altura, con dibujos orientales sobre madera policromada y tres caras, de las cuales las dos laterales, gracias a unas bisagras, se doblaban sobre la del medio, como si fueran un libro. Cerrado, nadie habría dicho nunca que fuera un espejo, sino un objeto decorativo sin ninguna finalidad. Desplegando las dos caras laterales, permitía ver al mismo tiempo diferentes perspectivas de uno mismo: la nuca, el perfil y la frente. Sé que tú y Laura, a veces, jugabais a miraros desde ángulos poco habituales...

¡Exacto! A mí me pasaba lo mismo que a ti. Me parecía un objeto viejo y sin interés. Ella, en cambio, mostraba una fascinación casi mística. Lo más curioso fue que Miguel declaró un interés muy por encima del que siempre había tenido la familia, hasta el punto de que quiso hacernos creer que era una antigüedad procedente de Japón.

Pero aquí no se acaba la experiencia infantil de Laura con los espejos. Es necesario agregar el impacto de un calidoscopio que le regalaron un año, por Navidad. Laura me confesó que a menudo se había imaginado a ella mismo dentro del prisma, en el centro mismo del espacio de reflexión, jugando con sus propias imágenes multiplicadas simétricamente. Más de una vez me había dicho: «Si Lewis Carroll hubiera hecho entrar a Alicia no al otro lado del espejo, sino dentro de unos espejos organizados angularmente, el País de las Maravillas habría resultado más absurdo e ilógico todavía. ¿Te imaginas a la reina de corazones repetida millones de veces reclamando millones de veces la cabeza de la niña?».

Como puedes comprender, en cuanto tuvimos la oportunidad, Laura convirtió el espacio calidoscópico en un espacio penetrable... Una quimera que nunca había de ir más allá de los planos de obra. El objetivo de la «casa especulum» —así la tituló— era convertirse en una zona lúdica dentro de un parque de atracciones. Además de una sala concebida como calidoscopio, había previsto una de espejos móviles apoyados en un eje que producían imágenes en un juego digno

de los mejores surrealistas. También diseñó otra, poligonal, cuyas caras, más el suelo y el techo, estaban forradas de espejos.

Sí, una montaña rusa de visiones de uno mismo moviéndose vertiginosamente; un espectáculo que te podía poner el estómago en la nuca. Eso sin contar que también había una sala de espejos deformantes, y una sala hipóstila con las columnas recubiertas de espejos y centenares de dibujos deconstruidos, y también un laberinto de espejos... Los antecedentes clásicos fueron los argumentos que Laura utilizó para convencer a su director de tesis. Una vez presentado el proyecto ante el jurado y aprobada la carrera, Laura decidió que iría desarrollándolo por partes cada vez que se le presentara la ocasión...

Pues no, prácticamente no pudo. O tal vez fue la apatía progresiva lo que hizo que desistiera... Ahora me lo digo a mi mismo. De hecho, sólo en una oportunidad llevó a cabo una de las ideas. Fue en una guardería, donde le dejaron montar un calidoscopio penetrable en el jardín. A las criaturas les daba miedo entrar en él, por la impresión de profundidad, pero, cuando se animaban, se lo pasaban de primera. A pesar de eso, aquella obra nunca apareció en ninguna revista especializada, no tuvo ningún tipo de difusión...

Volviendo al presente, había decidido incorporar ahora, a la remodelación del museo, algunos de los conceptos de la «casa especulum». Por ejemplo, quería que el *Retablo de San Miguel y de San Esteban* de Jaume Huguet se pudiera observar desde diferentes perspectivas a la vez. Por esta razón, la sala donde se debía exhibir estaba forrada de espejos. También jugaba con el desdoblamiento de los volúmenes gracias a la simetría provocada por los espejos, de manera que tenías que poder contemplar obras como el *Martirio de San Bartolomé* del Españaoleto, en toda su profundidad.

Yo entendía bien la fascinación de Laura por los espejos. Son objetos peculiares. Reflejan a la vez una realidad y una ilusión.... Estamos tan acostumbrados a mirarnos en ellos cada día, para lavarnos los dientes, para peinarnos... que nos parece que siempre han existido. Pero no es así. El primer ser que contempló su imagen especular debía de hallarse inclinado sobre unas aguas tranquilas, y lo más probable es que no identificara el reflejo con la propia imagen... Como en el mito de Narciso: el hombre que se enamoró de sí mismo al observar su reflejo sobre un lago... Más adelante, de las superficies líquidas o heladas, la humanidad pasó a la obsidiana pulida y, finalmente, al bronce y la plata. Eran espejos de poca precisión, para que me entiendas. Y, además, no sólo se les daba un uso doméstico o decorativo, sino también sobrenatural. Quizás ya lo sabes, en la

antigua Grecia se usaban como oráculos ¡infalibles! Eso sin contar que muchos cuentos infantiles recurren al arte adivinador de los espejos.... Sin ir más lejos, los hermanos Grimm y su Blancanieves, condenada a ser abandonada en el bosque porque el espejito mágico ha determinado que la niña es la más hermosa del mundo, incluso más que su madrastra... Y no fue hasta el siglo xiii cuando se obtuvieron en Italia, en Murano, los primeros espejos de vidrio, muy perfeccionados. Pero aún faltaba tiempo para que los espejos fueran de uso común entre los mortales que no pertenecían a la aristocracia. Era necesario que la fabricación del vidrio pasara de ser un proceso artesanal a otro industrial. Entonces, aquellos objetos comenzaron a ser frecuentes en las casas. Y así, en el siglo xx, Laura Bellido pudo enamorarse de ellos.

Y esta pasión por los espejos la llevó a presentarse al concurso de remodelación del MNAC con un proyecto... delirante, hasta cierto punto. En cambio, no daba la impresión de que Laura desvariara, sino que parecía haberse colgado, sobre todo a partir del momento en que dio por acabado el estudio y sólo quedaron pendientes los trámites burocráticos, que dejó en manos de la secretaria. Lo recuerdo muy bien porque aquella tarde me dijo que había estado trabajando como una bestia durante tres meses y que necesitaba desconectar. Le sugerí que fuéramos al cine. A mí también me convenía un descanso y, además, pensé que sería una manera de reparar nuestra amistad, un tanto dañada. Laura nunca tenía la cartelera muy al día y siempre se dejaba llevar, pero esa vez impuso su voluntad —¿ves como se había vuelto muy tozuda?— y fuimos a ver una película recomendada por su madre. «Me ha dicho que no me la pierda por nada del mundo», recuerdo que argumentó. A mí no me hacía una ilusión especial, pero accedí porque no quería convertir una tontería en un problema y porque, viniendo de Ana, la sugerencia tenía que ser satisfactoria a la fuerza. Y no lo fue. Una película muy poco interesante sobre una pintora que regresa a su ciudad de origen por cuestiones profesionales y allí se reencuentra con su ex marido y rememora episodios de su infancia. Laura se pasó llorando la segunda mitad de la sesión y también el rato que, después, estuvimos bebiendo una cerveza. No me quiso explicar por qué y yo imaginé que era una consecuencia del cansancio que te provoca un esfuerzo sostenido como el que ella había hecho. La clase de esfuerzo que te exige una dedicación muy intensa... como unas oposiciones. Al día siguiente, Laura parecía no estar del todo en el presente. Pensé que era una crisis de agotamiento, nada que no pudieran resolver unas vacaciones. El caso es que, desde que dejó terminada la cuestión del MNAC, se instaló en un mundo paralelo, se cerró en ella misma de una manera que no tenía nada que ver con la apatía de los últimos años, sino más bien con la obstinación de los últimos meses...

No, no podría decir que hubiera empeorado. Al contrario, en cierto modo se la veía un poco menos tensa y, sobre todo, se la notaba decidida... aunque ignoro a qué. Decidida, tal vez, a presentar el proyecto que entonces, durante quince días, gestionó la secretaria. Y lo digo porque —justo ahora hablando contigo, pienso en ello— Básil mostraba un interés especial en convencerla de que lo dejara estar... Acabo de recordar una conversación con Básil que había olvidado por completo. Me llamó dos días antes de que se cerrara el plazo para presentar los papeles al concurso y me pidió que lo ayudara a persuadirla para que no entregara la documentación, para que se olvidara del maldito concurso... A mucha gente, esta conducta de Básil no le habría encajado. En cambio, a mí no me asombró. Si bien todos pensaban que en la pareja Laura-Básil él era el fuerte y ella, la dependiente, a mi modo de ver, él la necesitaba de manera casi enfermiza. Así pues, aquella súplica —faltó poco para que me lo implorase— no me sorprendió: Básil tenía miedo de cualquier cosa que pudiera alejar a Laura de él.

¿Seductor y seguro, dices? Seductor, sí, y mucho. Seguro de sí mismo... No lo creo. Lo sabes, ¿no?, que Básil se hacía pasar por arquitecto... Básil nunca logró superar el complejo de haber empezado la carrera de arquitectura y no haberla podido acabar... No era tonto, pero se le atravesó alguna materia, y tampoco se dedicaba a los estudios con mucho entusiasmo, de manera que acabó por abandonar la carrera. Pero a Laura le prohibía decir que era decorador. Le hacía decir que era arquitecto. En mi opinión, su inseguridad era tan manifiesta que lo obligaba a estar siempre vigilando para que Laura se moviera dentro de unos límites que él pudiera controlar. Supongo que recelaba de esa superioridad natural de ella. Recuerdo, por ejemplo, la primera vez que Laura y yo quisimos abrir nuestro propio despacho de arquitectura. Ya lo teníamos casi todo a punto y, una mañana, Laura me citó en un bar y me dijo, sofocada y nerviosa, que lo teníamos que olvidar de momento. No entendía lo que había pasado, pero percibí que el origen de aquella modificación precipitada era Básil. Sospeché que no se sentía todavía muy seguro con ella y que un futuro Atelier de arquitectura Bellido y Lorente le parecía una amenaza. Pero lo cierto es que ella nunca confirmó mis sospechas... En fin, tuvimos que esperar dos años para crear el taller.

Creo que aquella llamada para pedirme que parase el proyecto de Laura era otra de sus muestras de inseguridad. Y ya me ves a mí, defendiendo encarnizadamente el trabajo hecho por Laura, ¡yo, que me había opuesto desde el principio! Le dije que no estaba en mis manos interrumpir el proceso, que dos días más tarde, el 15 de junio, se cerraba el plazo y la secretaria presentaría toda la documentación.

Llegué al taller sudada. Me resultaba inaguantable el calor húmedo de Barcelona; no lo recordaba tan asfixiante. Añoraba el clima más fresco de Palo Alto. Me pasé un pañuelo por la frente y por la nariz antes de tocar el timbre.

Me abrió la puerta la recepcionista. Una mujer joven de ojos azulísimos y cabellos muy negros. Muy guapa. Me di cuenta de que había sido ella quien me había confirmado la muerte de mi mejor amiga. Un pellizco en el estómago, igual al de otras veces, me hizo tomar conciencia de que nunca más volvería a ver a Laura, ni a hablarle.

Casi no tuve que presentarme porque ella me reconoció. Supuse que Sergio debía de haberla alertado de mi visita. Me hizo pasar a la sala de espera.

—Ahora mismo aviso al señor Lorente.

Cogí una revista de arquitectura de la mesita baja, arrinconada entre dos sofás, mientras pensaba que las maneras formales de la recepcionista contrastaban con su aspecto punky, de cabellos disparados, piercings en la nariz, camiseta amarilla limón y pantalones verde ácido caídos encima de las caderas.

Dos páginas de la revista estaban marcadas. Las dos mostraban fotografías de obras hechas por el Atelier Bellido y Lorente. Y las dos respiraban la misma pureza de formas y, sobre todo, el mismo equilibrio de líneas y volúmenes. Decidí que, si un día me hacía una casa, se la encargaría a Sergio.

—¡Gina!

No había oído entrar a Sergio. Se había quedado de pie al lado de un rayo de luz que se filtraba por la ventana y le iluminaba los ojos.

Me levanté, le di un beso y lo seguí hasta el despacho de Laura.

No sé qué esperaba encontrar detrás de la puerta cuando Sergio la empujó, pero lo que vi no me impresionó particularmente. Una mesa en forma de ele, con la parte superior de granito y las patas de madera. Una silla de despacho y dos butacas para las visitas, las tres piezas de cuero negro. Una estantería con libros y carpetas. Una lámpara de diseño. Un ordenador de pantalla extraplana. Ningún objeto que pudiera identificarse con Laura, tal vez porque alguien ya se había encargado de recoger los efectos personales.

Sergio me hizo un gesto para indicarme que me sentara en la silla de Laura.

Él lo hizo en una de las butacas.

—¿Le cambiarás el nombre? —le pregunté—. Al taller, quiero decir.

—No, de ninguna manera. A pesar de que ella ya no esté, es la obra de los dos.

—Me alegro.

Entonces nos quedamos un rato en silencio y sin mirarnos. Cuando volvimos a hablar, se notaba que habíamos estado pensando en lo mismo.

—¡Qué mierda! —le dije.

—¡Qué lastima! —dijo él. Luego sacudió la cabeza—. No sé si en este despacho te encontrarás con ella, como tú querías. Me parece que todo lo que era privado lo recogió Cindy...

No sabía a quién se refería.

—... la recepcionista, y se lo dio a Básil. Aparte de su Palm, que desde el día del accidente la tiene Ana. Aquí —y entonces señaló el ordenador— sólo quedan las cuestiones profesionales y alguna personal a la que no tenemos acceso porque desconocemos la contraseña.

Se puso en pie y encendió la torre del ordenador.

—Te lo dejo en marcha por si te interesa curiosear el proyecto.

—Sí, me gustará echarle una ojeada. Me pareció un proyecto loco, pero, precisamente por eso, sugestivo —le dije—. Tengo la sensación de que Laura había querido diseñar un museo sin severidad, para ayudar a la gente a acercarse, tuviera o no tuviera conocimientos para comprender las obras que se exponían. Lo que no entiendo es por qué no intentaste ayudarla.

Sergio me miró con cara de perro necesitado de afecto.

—No me digas eso —dijo—. No sabes cuántas veces me lo he recriminado. Cuántas veces me he preguntado por qué me cerré en banda. Me he sentido tan culpable desde su muerte...

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Crees que el hecho de que tú no quisieras presentarte con ella tiene alguna relación con el accidente?

Sergio negó con la cabeza y explicó:

—Ya te dije que el accidente era muy coherente con la Laura de los últimos meses, siempre distraída, siempre con la mente en alguna parte que no parecía ser el presente... Al menos, no el de nuestro despacho de arquitectura. No me sorprendió saber que se había despeñado en una de las curvas de Garraf; también habría podido ir a parar debajo de las ruedas de un autobús o caer por el agujero del ascensor, si se hubiera dado el caso.

—Entonces, ¿de dónde te viene el sentimiento de culpa?

—Del hecho de que, por primera vez en la vida, le fallé. Ya te expliqué que no era ni el momento ni el proyecto para nosotros... No obstante, alguna vez me he preguntado si mi negativa tuvo que ver con que ya me había acostumbrado a llevar siempre la voz cantante y a que, en el fondo, me iba bastante bien la docilidad que había desarrollado Laura desde la creación del taller. En definitiva, que me comporté como un estúpido egoísta, y ahora es demasiado tarde para rectificar. Si pudiera ventilar la memoria...

Por encima de la mesa le apreté la mano con complicidad; yo tampoco había resultado una gran ayuda para Laura.

—Esperemos que el tiempo haga correr el aire —le deseé, y agregué—: Entonces, según tú, ¿el accidente no tiene nada que ver con el hecho de que su proyecto no fuera elegido para remodelar el museo?

Sergio me observó con los ojos muy abiertos y las cejas alzadas.

—¿Su muerte relacionada con el fallo del concurso público? —repitió—. No. Estoy seguro: no tiene nada que ver. Yo estaba con ella cuando le dieron la noticia y no me pareció que sufriera una gran conmoción.

A mí sí que me sorprendió saber que Sergio había sido testigo directo del presumible impacto causado por aquella información.

—¿Cómo se lo tomó? —le pregunté.

Sergio cerró los ojos.

—Bastante bien... Fue hace pocos días. Estábamos sentados en el restaurante y esperábamos que nos sirvieran el almuerzo cuando su móvil sonó. Ella contestó. Era alguien del jurado. De hecho, yo no habría podido sospechar de qué ni con quién hablaba, porque se mantuvo en silencio, sin hacer aspavientos, durante la primera parte de la conversación. Sin embargo, la frase final, la que dejaba claro quién había sido el ganador del concurso, la repitió en voz alta, con maneras desagradables. Después, dio las gracias con sequedad, colgó y enmudeció. Yo también. Unos segundos más tarde, soltó una palabrota, que supuse el inicio de una queja. Pero me equivoqué. Me miró con los ojos brillantes, no sé si por el cabreo, y me dijo: «Me jode, claro, pero quizás es mejor así. Mejor que no me líe con nuevos proyectos, al menos durante un tiempo. Ya tengo suficientes cosas nuevas entre manos».

—¿Cosas nuevas? ¿A qué se refería? —quise saber.

—No se lo pregunté, la verdad. No pensé que se refiriera a nada en concreto. Me pareció que era una forma de quitarse la espina. Como quien dice «están verdes».

—¿Tal vez lo nuevo tenía que ver con los proyectos del despacho?

Sergio se tocó la barba.

—No lo creo —dijo—. El trabajo era más o menos el de siempre. El mismo volumen de obras, la misma dificultad, los mismos tropiezos...

—¿Algo de su vida privada? ¿Alguna cuestión relacionada con Básil? —dije casi para mí misma. Y, sorprendentemente, me vino una idea a la cabeza y agregué—: Tal vez estaba pensando en tener otra criatura.

—¿A ti te lo había dicho? —preguntó Sergio con escepticismo no disimulado.

—No —tuve que reconocer.

—Tal vez se refería a lo que tú y ella haríais juntas cuando llegaras. Estaba tan ilusionada con tu venida...

—Sí. Lo sé. Las dos lo estábamos. Nos poníamos efervescentes como dos jovencitas cuando imaginábamos las tardes futuras, hablando, desvelando confidencias que habían quedado explicadas a medias, probándonos cada una la ropa de la otra e intercambiándonosla... A pesar de que yo diría que mi año sabático

la inquietaba y la hacía feliz por partes iguales.

La mirada de Sergio era de perplejidad.

—¿Preocupada por el hecho de que tú vinieras a pasar un año a Europa? No me había dicho ni una palabra.

—No era por ella. Era por Básil, creo. A veces me parecía que a él le molestaba que Laura y yo fuéramos tan amigas.

—¡Lo que yo te decía! Básil y sus dudas...

Mientras Sergio insistía en la sólo aparente seguridad de Básil, desconecté un instante para recuperar mentalmente algunos de los correos electrónicos que Laura y yo nos habíamos escrito después de mi divorcio. En uno, Laura me comentaba que Básil le había exigido que se mantuviera alejada de mí, que no le habían gustado nunca mis maneras y que ahora, divorciada, me encontraba peligrosa. Decía Laura, textualmente: «Según Básil, estas cosas —refiriéndose al divorcio— se contagian. Las divorciadas —insistía— siempre le han resultado una amenaza».

—...de manera que no me extraña que tu venida lo tuviera un poco desasosegado y lo hubiera impulsado a darle consignas.

—Laura había llegado a insinuarme que tendría que inventarse alguna actividad que, en apariencia, la ocu-para dos o tres tardes a la semana. Con este engaño pretendía que nos pudiéramos ver sin tener que sufrir —recordé.

—Es una información muy nueva para mí, pero encaja con la clase de relación que creo que tenían.

Después de un instante en silencio, retomé el tema anterior.

—¿Y no te sorprendió que tanta determinación como la que había puesto en el proyecto, que incluso le costó la primera pelea contigo, de repente se hiciera humo? ¿No te pareció extraño que Laura no se hundiera al recibir la noticia?

—Supongo que tienes razón, pero la impresión que me había causado a lo largo del verano era que, una vez presentado al concurso, el resultado era lo de menos.

—¿Más relevante participar que ganar?

—Algo así, sí.

Se levantó de la butaca y dijo:

—No le des más vueltas. El accidente está relacionado con su indolencia de los últimos tiempos. Y el hecho de que no ganara el concurso seguramente representó un golpecito para su autoestima, pero nada demasiado trágico.  
—Entonces, señaló la pantalla del ordenador y dijo—: Todo tuyo.

Cuando ya salía, lo detuve. Quería preguntarle si conocía el significado de la frase críptica de Ana referida a los espejos y a Laura: «Ahora descansa en paz mi hija; por fin el espejo ha liberado su espíritu».

Sergio negó con la cabeza.

—Lo ignoro.

—Tendré que ir a verla y preguntárselo.

Sergio se había quedado junto a la puerta como si pensara.

—¿Pasa algo?

—No. Sólo que la frase me ha parecido más digna de Básil que de Ana.

Esperé a ver qué añadía.

—Ana es muy racional.

—Lo sé. No te olvides que casi me hizo de madre. Pero Básil también, si no me equivoco.

Volvió a cerrar la puerta.

—Sí, efectivamente, pero a menudo utiliza el lenguaje como...

—¿Cómo?

—Como una arma. Quiero decir que juega con él de una manera un poco maquiavélica.

—¿Por ejemplo?

—Utiliza expresiones de significado poco claro que, en general, provocan en los demás o bien un gran sentimiento de admiración por su ingenio y sus conocimientos amplios, o bien una frustración enorme por el hecho de que se sienten excluidos del mensaje en particular y de su mundo en general.

—No me parece que tú te sientas admirado ni frustrado por ninguna conducta de él.

Sergio rió.

—No. Tienes razón. Quizás hay una tercera categoría de reacciones: la indiferencia... Porque algunos interpretamos esa manera de hablar como una forma de esnobismo. El caso es que, a menudo, Laura utilizaba alguno de sus eslóganes. Creo que estaba tan contaminada por ese código de Básil que lo había interiorizado. Incluso había inventado alguna expresión nueva, que sólo ella usaba.

—¿Silencios administrativos? —dije yo, recordando lo que él mismo me había comentado un rato antes.

—Exacto.

Volvió a poner la mano sobre la manecilla de la puerta, como si dudara de si añadir algo más. Al final lo hizo:

—¿Sabes cómo se refería a las peleas con él?

—¿Se peleaban?

—Todos los hacemos alguna vez, ¿no?

No se lo dije, pero pensé que yo nunca me había peleado con Derek. Cuando vimos que teníamos pocos puntos de contacto, nos separamos y punto.

—¿Cómo las llamaba?

—Estoy en Guantánamo.

—¡Uf! Se parece más a una tortura que a una discusión entre amantes.

—Cierto. Pero no tiene ningún significado oculto. Sólo copiaba la clase de expresiones que utilizaba él. Y, de todas maneras, sólo una vez en todos estos años

la oí usarla. Y aquella mañana, aunque no hubiera contado nada, su cara lo decía todo: se notaba a la legua que habían discutido.

—No te resulta muy simpático Básil, ¿verdad?

Sergio levantó una ceja e hizo una mueca con los labios.

—Tal vez no. En realidad, nunca entendí por qué Laura se casó con él...

—¿Quieres decir que nunca has entendido por qué lo prefirió a él y no a ti?

Sergio me guiñó un ojo y abrió la puerta. Antes de salir, dijo:

—Tal vez sí sea éste el origen de mi escasa simpatía por él... porque, en cambio, tengo que reconocer que es un tipo educado, amable y encantador. Y, sobre todo, muy divertido. ¡El alma de las fiestas!

Miré la pantalla azul de Laura, convencida de que yo conocía la clave para entrar en sus documentos personales. La contraseña tenía que ser forzosamente «Casiopea», una constelación que, desde pequeñas, Laura y yo considerábamos una alegoría de nuestra amistad —¡las dos contra la Gorgona!, habíamos proferido una noche de verano observándola desde el terrado— y cuyo nombre, ya adultas, habíamos usado a menudo como santo y seña para todas aquellas cuestiones que lo requerían. Y las dos lo sabíamos.

Mientras esperaba que el sistema se pusiera en marcha, me vino a la cabeza Básil: sus ojos, de mirada enigmática; el óvalo de su cara, tan viril; su andar, elástico y elegante; sus éxitos profesionales, que los había tenido y muchos; su facilidad para conectar con los extraños, para hacer amigos... Yo no ignoraba que Básil estaba loco por Laura; ella me lo había repetido muchas veces, pero no resultaba verosímil que aquel hombre tan atractivo y con tanto aplomo —opinara lo que opinase Sergio— estuviera tan colgado de Laura. Tan colgado como para que se le encogiera el corazón si ella se presentaba sola a un concurso de arquitectura o si me tenía a mí demasiado cerca. A la fuerza debía de ser una interpretación malévola de Sergio.

Efectivamente, Casiopea me abrió las puertas de los documentos privados. Había dos carpetas y un icono. Pensé unos instantes si tenía que compartir el descubrimiento con Sergio y decidí que, de momento, no. Si sólo yo sabía la clave, quizás era porque sólo yo debía utilizarla.

Laura había hecho un único documento con sus mensajes y otro con los míos

y los había guardado en una carpeta con mi nombre. No me sorprendió; en mi portátil también guardaba una con la etiqueta «correspondencia Laura». Tanto ella como yo habíamos coleccionado los mensajes de ida y vuelta. Estaba segura de que el contenido de las dos carpetas debía de ser idéntico. Lo único que me sorprendió es que no los hubiera dejado en las carpetas del correo, sino que los hubiera archivado separadamente. No era una correspondencia tan secreta...

El icono daba paso a la agenda electrónica que debía de haber estado conectada con la Palm, ahora en manos de Ana. Entré, se abrió en el día en curso y se activaron todos los avisos que habían estado invernando desde la última vez que Laura la había usado. Según la máquina, tenía pendiente una visita al dentista, tres reuniones con tres clientes diferentes, visitas de obras, pasar por la tintorería, llevar a Álex a vacunar, llegada de Gina... No me sorprendió que se mezclaran las cuestiones personales, las domésticas, las profesionales. Sospechaba que todas las agendas femeninas se construían de aquella misma manera: con una sobreexplotación del tiempo, o sea, con un sobreabuso de las propias capacidades.

Tiré hacia atrás para comprobar qué había apuntado el día en que murió: depilación, visita de obras, una entrevista con una mujer llamada Elvira Bermejo, un recordatorio para llamar a una tal Nía y una cita a las nueve de la noche en un restaurante con Basil. Pasé unas cuantas veces los ojos por encima del nombre pensando en lo curioso que era que Laura hubiera ido a hacer las curvas de Garraf después de haber cenado con él. ¿Había sido alguna de las cuestiones que había a florado durante la comida la que la había inquietado, hasta el punto de exigirle un ejercicio de relajación al volante del coche? Se lo preguntaría a Basil. Él me había dicho que pasara por su casa, y acaba de decidir que lo haría pronto.

Fui todavía más atrás y pude localizar alguna anotación que se correspondía con datos que me había facilitado Sergio: la verbena del 23 de junio, entregar la documentación para el concurso el 15 de junio, el cierre del proyecto el 31 de mayo... Aquella misma tarde había apuntado: «“Ojo de gato” + Sergio», seguido de dos signos de exclamación.

«Ojo de gato». ¿Formaba parte de ese código secreto que sólo ella y Basil entendían? ¿O podía referirse a la película que había visto con Sergio? Google me dio la respuesta: era una película basada en una novela de Margaret Atwood y, efectivamente, giraba en torno a una pintora de mediana edad. Apunté en mi agenda que debía alquilar la película, a pesar de que no habría podido explicar qué pretendía encontrar en ella.

Continué explorando la agenda. Al día siguiente de haber acabado el proyecto y de haber ido al cine, había una anotación extraña en rojo: «primates». A no ser que fuera el nombre de algún cliente, que parecía poco probable, no tenía ningún sentido para mí.

El 5 de julio salía por primera vez el nombre de Elvira Bermejo y, delante, había escrito en rojo: «bonsái». Tal vez se refería a la compra de un árbol de este tipo...

Descubrí también una fiesta familiar a mediados de agosto en la casa de la playa y una cita seriada que se repetía el día 10 de cada mes, siempre a las seis de la tarde y con el doctor Mascaró. El hombre que no cabía dentro de las costuras de los trajes, me dije recordándolo. Y anoté la dirección para hacerle una visita.

El nombre de Elvira Bermejo volvía a estar apuntado el primer día de septiembre, y arriba, en rojo, había otra anotación extraña: «Edison». Parecía que aquella mujer le sugería asociaciones peculiares. El nombre de Elvira Bermejo aparecía casi con tanta insistencia como el del psiquiatra, pero no había ninguna serie establecida. Fui hacia atrás en el tiempo y pronto me di cuenta de que, si bien Mascaró transitaba desde hacía años por aquellas páginas electrónicas, el nombre de Bermejo salía por primera vez aquel verano.

La agenda contenía otras anotaciones en rojo que no habría comprendido si no hubiera sido porque, un momento antes, Sergio me había brindado las claves. «Guantánamo», escrito bastantes veces como para imaginar que las peleas entre mi amiga y su marido eran más frecuentes de lo que nadie pensaba. Y un «Guantánamo» en mayúsculas el día 4 de septiembre me permitía recrear una pelea hiperbólica. Había unos cuantos «silencios administrativos» y unos besos extraños: «dos besos de azúcar», y unos «besos de café», estos últimos acompañados con un ramo de flores. También había anotado «Bontempelli» sobre un Guantánamo que coincidía con la verbena del 23 de junio.

Se me hicieron evidentes dos cuestiones. Primero, todo lo que parecía tener relación con el código particular de Básil estaba resaltado en rojo; por tanto, podía deducir que «primates», «bonsái» y «Bontempelli», así como «besos de azúcar o de café», pertenecían a la misma categoría, a pesar de que ignoraba el significado. Segundo, antes del 31 de mayo no había ninguna anotación de esta clase. ¿Por qué había empezado esta especie de marcas a partir del momento en que acabó el proyecto de remodelación del MNAC?

Cerré la agenda bastante desconcertada y entré en la otra carpeta, que tenía por título «Espejos». Contenía documentos diversos, uno de los cuales tenía por nombre «primates». Lo abrí pensando que me ofrecería luz, pero no fue así. El documento explicaba que los únicos animales que se autorreconocen en los espejos son los primates superiores y los cetáceos, y que todos los demás ven en el reflejo a un enemigo. Describía dos experimentos. Uno con un elefante que, después de que le hubieran enganchado una cruz enorme de esparadrapo encima de un ojo y lo hubieran colocado delante de un espejo, se había tocado la cruz con la trompa más de veinte veces. El otro se refería a una pareja de delfines que, observándose copular en un espejo estratégicamente situado en su hábitat, había incrementado de una forma considerable el número de contactos sexuales.

Me llamaron la atención dos documentos, cuyo título me recordaba la conversación con Sergio.

Abrí el primero, que tenía por nombre «Antecedentes clásicos». Había escrito: «El arte siempre ha utilizado los espejos, ya sea en la arquitectura, en la literatura, en la pintura... En 1684, Luis XIV hizo colocar en Versalles diecisiete espejos enormes, compuestos por dieciocho lunas cada uno, enmarcados como si fueran ventanas. Además de conseguir un efecto decorativo muy de moda entonces, hacía que las dimensiones de la sala parecieran mayores de lo que eran. También en París, en el museo Grevin, hay una sala de espejos hexagonal: el Palacio de los espejismos. O, por ejemplo, el laberinto de espejos de Praga. Van Eyck, en el *Retrato de Giovanni Arnolfini y su mujer*, juega con el espejo redondo y pequeño colgado en la pared del fondo en el que se refleja, de espaldas, la pareja que el pintor está pintando de cara y donde se puede ver también el rostro de él. Según cómo se mire, un homenaje al propio ego. Por no hablar del mismo juego de Velázquez en *Las Meninas*. O del autorretrato de Durero. O de *Reproducción prohibida* de Magritte, donde el espejo justamente no devuelve la mirada, sino la espalda...».

Abrí el segundo, clasificado bajo la etiqueta «Espionaje en Murano». Decía: «Era en la isla de Murano donde se fabricaban aquellos espejos impecables y de dimensiones enormes que se pusieron de moda en la Francia del siglo xvii. Entre estos artefactos creció Luis XIV. Y tal vez por eso tenía una gran obsesión por ellos. Al llegar al trono y nombrar al nuevo administrador de las fábricas reales, éste decidió que los gastos de esta clase de artículos por parte del rey eran desmesurados y que había que encontrar un camino menos costoso para satisfacer su manía. Un camino que no pasara por las exclusivas fábricas de Murano. El administrador envió un espía a la isla italiana con la orden de buscar buenos vidrieros y llevárselos a París. Pero al espía no le debió de resultar fácil, entre otras

cosas porque, para preservar el secreto de la fabricación de espejos, las leyes eran inflexibles. Ningún “espejista” podía salir de Murano si no quería que sus familiares fueran encerrados en prisión. A pesar de todo, el espía francés descubrió a tres hombres enojados con sus patrones y dispuestos a pasarse la ley por alto a cambio de ventajas económicas. Una vez en París, los instalaron en el distrito donde se habían empezado a construir los hornos. Mientras tanto, los venecianos reclamaron a los fugitivos, pero ni con amenazas ni con las promesas de recompensas pudieron hacerlos volver. Eso dio alas a los franceses, que consiguieron que otros “espejistas” venecianos se apuntaran a ir a París. En los hornos parisinos, no obstante, las cosas no acababan de funcionar porque los italianos se negaban a enseñar el oficio a los franceses y, por otra parte, entre ellos estaban tan peleados que se presentaban al trabajo con trabucos. Finalmente, se organizó una pelea que originó considerables pérdidas materiales. El rey, hartado de todo, o quizás urgido por el deseo de nuevos espejos, concedió a los italianos una serie de prebendas por cada nuevo francés al que instruyeran en el oficio. Y a partir de aquel momento, claro, la elaboración de espejos dejó de ser el secreto mejor guardado de Murano. Una auténtica historia de espionaje...».

Oí una voz y movimientos fuera del despacho y comprendí que, si no quería tener que dar explicaciones, me convenía cerrar el ordenador e irme. Pero antes hice una copia de las dos carpetas y de la agenda en un lápiz de memoria.

Y dos minutos más tarde entró Sergio, todavía dando las últimas indicaciones a alguien.

—¿Todo bien?

Le dije que sí, que había sido una experiencia liberadora estar un rato sentada en la silla de Laura, poniendo las manos sobre su mesa de trabajo y mirando sus proyectos.

—Por cierto, ¿te suena alguna de estas expresiones? Quiero decir si formaban parte de este lenguaje especial de Básil.

Le enumeré las que había encontrado, pero ninguna le evocaba nada.

Me despidió en la puerta del ascensor. Antes de apretar el botón para enviarme abajo, me dijo que, por favor, no dejara de volver, que para él era un placer hablar conmigo de Laura.

Cuando el ascensor comenzó el descenso y Sergio dejó de sentirse observado,

se pasó una mano por los ojos. Aún tuve tiempo de darme cuenta de que lloraba.

Al salir a la calle me golpeó el calor, que, a pesar de ser ya tarde, no disminuía. Entré en un bar a beber una cerveza y, mientras dejaba que la espuma me mojara el labio superior y que la garganta se me llenara de esa amargura tan fría, me pregunté si el dolor de Sergio se correspondía con el de un amigo o con el de un enamorado.

El amor es extraño, me dije. Sergio siempre había estado al lado de Laura, pero nunca había podido enamorarla. En cambio, Básil tuvo suficiente con pocos días para hacerle perder la chaveta.

Recordaba con mucha precisión la conversación telefónica en la que Laura me explicó que había conocido a un hombre fuera de lo común. Un hombre que podía llegar a ser central en su vida. Laura estaba muy excitada. Quizás yo no habría sido capaz de repetir ahora todo lo que me dijo, pero sí guardaba en la memoria la vehemencia con que habló de él y del tiempo desmesurado invertido en aquella llamada transatlántica. Cuando un año más tarde hice un viaje relámpago a Europa y conocí a aquel hombre fuera de serie, entendí perfectamente la fascinación de mi amiga. Como también hoy me hacía cargo de las dosis de envidia que había en los juicios peyorativos de Sergio sobre Básil.

Aquella tarde me presenté en casa de Ana sin avisar. No lo había previsto cuando salí a la calle sin ningún propósito concreto, aparte de intentar aclarar mis ideas. Después de caminar un buen rato, de repente me di cuenta de que el parque que se abría delante de mí era el mismo que se veía desde la terraza de los Bellido. Entonces me dirigí, ahora sí deliberadamente, hacia el edificio y toqué el timbre. Desde arriba me contestó una voz que no me pareció la de Ana.

Me recibió Raquel. Ni una ni otra éramos dadas a las muestras de afecto excesivas, pero nos abrazamos largo rato. Le acaricié la cabeza y ella me dio un beso.

—Mamá está de viaje —me dijo—. Pasa.

La precedí. A pesar de que tenía interés por hablar con Ana y no con ella, me sabía mal que se diera cuenta y decidí que me quedaría un ratito.

De pie, al lado de la puerta que daba a la sala, había una criatura de unos dos años. Un niño precioso, de mirada triste.

—¿Álex? —pregunté.

—Sí —respondió Raquel mientras lo cogía de la mano y tiraba de él.

Entré detrás de ellos y, a una señal de Raquel, me senté en el sofá. Ella me acercó a Álex, que se miraba con vergüenza la punta de los pies.

—¿Le dices hola a esta señora? Es una amiga de mamá.

El niño murmuró algún saludo incomprensible mientras yo observaba a Raquel con las cejas arqueadas.

Raquel hizo un gesto con la mano. Y yo interpreté que la criatura ya tenía noticia de que no volvería a ver a su madre.

El niño había inclinado la cabeza y tenía una pose trascendental que no sabía si atribuir a aquella trágica desaparición.

Comparé a aquel niño con el recuerdo que tenía a través de las fotografías que me había enviado Laura durante aquellos dos años y concluí que la expresión penitente debía de venir de origen, como consecuencia de una personalidad un poco torturada.

Era guapo. Mucho. No habría podido decir si se parecía más a Laura o a Básiel, pero sí que era una combinación casi perfecta del físico de los dos. Era el niño que habría querido Derek. El hecho de que nunca llegáramos a materializar aquel deseo suyo, cada vez más urgente —yo había fabricado un inacabable catálogo de excusas para negarme a la maternidad—, fue otro motivo de desgaste en nuestra convivencia.

Raquel le acarició la mejilla con ternura.

—¿Te pongo el Baby Bach? —le preguntó.

Yo, que no dominaba el argot infantil, esperé a ver qué entretenimiento le proponía.

Raquel fue hasta donde estaba el televisor, introdujo un DVD en el reproductor y le pidió a Álex que lo mirara sentado en el suelo. Desde el primer momento, el niño quedó hipnotizado por las imágenes de colores brillantes que se movían al ritmo del concierto número cuatro de Brandemburgo.

—Me he instalado aquí para poder ocuparme de él —me explicó Raquel haciendo un gesto hacia Álex—. Me ofrecí para hacerme cargo de él mientras mamá estuviera en París, pero en mi estudio es difícil meter a una criatura.

—¿Está de humor Ana para coger un avión?

—No demasiado. Pero, según me pareció, se trataba de un viaje inesperado y forzoso. Por cierto, me dio una nota para ti.

Se acercó a un secretaire de madera rojiza y abrió un cajoncito. Sacó un sobre cuadrado y me lo dio. Mientras yo lo guardaba dentro del bolso, ella se sentó a mi lado.

—¿Y su padre...? ¿Básiel no se puede ocupar del niño? —le pregunté.

Raquel se levantó bruscamente, como si tuviera un muelle o como si algo la hubiera molestado.

—¿Un té, café...?

—Un vaso de agua, por favor.

Desde la cocina, mientras servía el agua, me dijo que B́asil no se encontraba con fuerzas para cuidar del ni ́o y que Ana se hab́a ofrecido para tenerlo mientras ́el se recuperaba.

Volvi ́o y me dej ́o el vaso sobre la mesa baja.

—Ana tampoco est́a pasando por su mejor momento —observé.

—No. Pero la presencia del ni ́o la ayuda a soportar el mal trago. Tiene un v́nculo muy fuerte con ́el, porque lo ha cuidado muy a menudo.

—¿Y para ti no es muy complicado tener que compaginar tu vida laboral con la criatura?

—¡Piece of cake! No te olvides de que trabajo en casa...

Me hizo gracia que usara aquella expresi ́on de argot americano para decir que le resultaba faciĺsimo ocuparse del ni ́o.

La observé detenidamente. No teńa tan mala cara como el d́a de la ceremonia fúnebre, pero se le notaba el golpe emocional en el aspecto un tanto descuidado: le hab́a hecho falta lavarse el pelo y cambiarse la camisa.

—Y t́u, ¿c ́omo vas?

—Intento metabolizarlo todo.

—Y B́asil, ¿c ́omo lo lleva? —le pregunté.

De nuevo tuvo una reacci ́on inesperada, como si la hubiesen pinchado con una aguja.

—¿B́asil? No lo sé —respondi ́o con la mirada ausente—. No sé nada de ́el.

Durante un instante callamos las dos, y s ́olo las notas metálicas de una flauta travesera llenaron suavemente el silencio. En la pantalla del televisor se veían unos mu ́necos infantiles que bajaban por unos toboganes de colores y subían en unos

caballitos de juguete; se movían al ritmo de una sonata para flauta de Bach. El niño continuaba absorto.

Dudé entre levantarme y despedirme o intentar saber cómo interpretaba Raquel las palabras de su madre y qué pensaba del accidente. Me quedé.

—El día del funeral, Ana dijo una frase que para mí no tiene sentido. Quisiera saber si para ti lo tiene.

Raquel me miró expectante.

—Dijo: «Ahora descansa en paz mi hija; por fin el espejo ha liberado su espíritu».

Raquel hizo una mueca.

—Ni idea. No sé qué significa. Quizás fue una frase dicha sin pensar, como resultado de la pena. O quizás tiene un sentido tan oculto que solamente ella entiende...

Se detuvo unos instantes y, después, agregó:

—O tal vez tiene algo que ver con el espejo oriental. Sabes a cuál me refiero, ¿no? El que teníamos colgado en el baño de nuestros padres, cuando éramos pequeñas... Se lo tendrás que preguntar a ella.

—Una última pregunta antes de irme. ¿Qué piensas del accidente?

—¿Qué quieres decir?

—Que Laura era muy buena conductora y...

—No tanto como todos dicen —me interrumpió con un gesto rápido. Después rectificó con una voz melosa—. Bueno, quiero decir que no era una conductora impecable.

—O sea, que no fue una distracción, sino un error, según tú.

Se me quedó mirando como si no me viera. Parecía situada en algún lugar muy alejado del sofá de tonos naranjas. Me dio la impresión de que no se decidía a hablar. Finalmente, lo hizo:

—Te diré algo que no le he dicho a nadie antes y que sólo te lo explico a ti porque te considero una hermana. —Tomó aire con fuerzas—. Creo que Laura tenía un deseo inconsciente de desaparecer.

Noté la boca muy seca.

—¿Quieres decir que... —sin proponérmelo bajé el tono de voz— se suicidó?

—No. Al menos, insisto, no de una manera consciente. Creo que cometió un error que, sin saberlo, quería cometer.

—¿Y por qué? Si todo le iba bien: una relación de pareja magnífica...

Observé un leve gesto en sus cejas.

—Una criatura saludable, un trabajo interesante...

Raquel había enmudecido, pero parecía no estar completamente de acuerdo con el panorama que pintaba. La pinché:

—¿O no lo ves como yo?

—Tal vez no —dijo, ligeramente indecisa.

La miré animándola.

—¿Y si todo no era tan idílico? A lo mejor ella no se consideraba digna de Básil —dijo, moviendo el trasero en el sofá con inquietud, como si sólo nombrar a Básil le creara malestar.

—¡Qué barbaridad! —me salió del fondo del estómago—. Si eran el uno para el otro...

—Sexualmente, no —dijo. Y los ojos se le abrieron más de la cuenta, como si se sorprendiera de sus palabras.

—¿Cómo lo sabes? —le disparé—. Y además, ¿por qué piensas que Laura lo vivía tan mal como para desear morir?

—Morir, tal vez no, pero esfumarse de la vida de Básil, quizás sí.

Y no me fui porque, entonces, me di cuenta de que Raquel tenía necesidad de contarme algo. No le resultó fácil hacerlo, pero, por fin, los sentimientos de culpa y el deseo de reparación la empujaron a explicarme una historia. Su historia.

Básil entró en nuestra vida cuando yo tenía veinte años y Laura veintiséis. Tengo todavía muy fresca en la memoria la primera vez que vino. Era un domingo frío y ventoso. Lo recuerdo porque yo había salido a buscar los periódicos y las ráfagas de aire me habían despeinado de lo lindo. Entré en casa con los cabellos dentro de los ojos y de la boca... Tenía mal aspecto, seguro. Y entonces me encontré, delante de las narices, al tío más guapo e interesante que había visto en mi vida. Me refiero al mejor de los vistos en directo, y no en el cine o en el teatro. Sabía que esperábamos a comer al novio de Laura, pero no se me pasó por la cabeza que pudiera ser aquél, porque era temprano todavía y porque no encajaba con la imagen que me había hecho de él. Quiero decir que no parecía que pudiera ser el tío por el que Laura se había chulado. Laura nunca se había interesado demasiado por los chicos... Justo lo contrario que me pasaba a mí, ella tenía una ceguera persistente hacia el otro sexo. Incluso hasta a su mejor amigo, Sergio, se le hacía agua la boca por ella. Pero mi hermana, a su bola; nunca había interpretado correctamente aquellas señales. En fin, que Laura, como todos sabían, estaba mucho más pendiente de sus estudios que de relacionarse con los hombres. Yo me había imaginado que su novio tenía que ser alguien aburrido... Quizás un tío mayor que ella, un arquitecto con un despacho y una carrera muy consolidada. Un hombre de aspecto jesuítico y austero... Nada que ver con aquel hombre de primera que me miraba desde la sala. «Tú debes de ser Raquel, ¿eh?», recuerdo que dijo. Y sonrió y me tendió una mano grande y cálida que apretó la mía enérgicamente. Me parece que mi boca, que continuaba escupiendo cabellos, no pudo articular nada. El aspecto del tío y su simpatía me habían dejado estupefacta. Supongo que en algún momento recuperé el don de la palabra. Pero entonces ya había llegado Laura, que se colgaba de aquella bomba sexual y me lo presentaba como Básil, su novio. Faltó poco para que me cayera de espaldas y se me escapara una exclamación de incredulidad.

¡Pero lo era, lo era! El novio, quiero decir. Y además, le caía la baba cada vez que miraba a Laura. ¡Caramba! ¿Qué tenía mi hermana que yo no tuviera? ¿Cómo podía ser que los volviera locos a todos? De acuerdo con que Laura era guapa. Mucho. Lo tengo que reconocer. De acuerdo también con que era una mujer alegre y vital. Pero yo tampoco estaba mal, exceptuando que mi carácter era —y es— más inestable, con más agonías y resurrecciones. Entonces, ¿por qué yo no había conseguido conquistar a un tío como aquél, que parecía salido de una pasarela de modas?

No lo parecía: es que era un hombre de catálogo. Es broma. Quiero decir que durante unos años, mientras estudiaba, B́asil se ganó la vida haciendo de modelo publicitario, aunque, cuando Laura lo conoció, ya no se dedicaba a ello. Trabajaba como arquitecto de interiores en un establecimiento muy conocido de muebles de diseo. A mamá, a quien en aquella época no se le había resecado el carácter como ahora —no le perdona a la vida que la haya dejado sin papá... y ahora preveo que añadirá el agravio por la pérdida de Laura—, que todavía conservaba la jovialidad, se le iluminaban los ojos cada vez que los posaba sobre B́asil. Se notaba que también le había robado el corazón sin esfuerzos. El único que no parecía muy impresionado por la aparición de aquel novio era el hombre de la casa, papá. Eso no significa que le cayera mal, no. Ni bien, ni mal. Sencillamente, la belleza del tío lo dejaba frío y, por lo demás, seguro que pensó que lo iría conociendo al ritmo de los acontecimientos.

Desde el primer momento, pues, me pareció que me había tocado la lotería. No era la novia de aquel fuera de serie, pero era la hermana de la novia. ¡Vamos! Un premio de consolación. Él, todo sea dicho, tenía clara consciencia de su excepcionalidad. Siempre la ha tenido. Todos los demás, también. Y se lo hacíamos saber, en especial yo. Sí, lo reconozco. Nunca he ido con rodeos: le he demostrado durante estos nueve años mi admiración. Y él a mí me ha demostrado siempre —o casi siempre— su afecto. He podido contar con él a menudo, sobre todo para recuperar las ganas de vivir cuando he atravesado alguno de mis períodos negros. Él, con su forma de ser divertida y jaranera, actuaba como un antidepresivo sobre mi ánimo. Pero si digo que era afectuoso casi siempre es porque, a veces, se mostraba distante, como si casi no nos conociéramos. Eso ocurría principalmente cuando Laura no estaba con nosotros. De hecho, lo único que acaparaba su atención cuando Laura salía era el paso del tiempo y el rato que ella tardaba en volver. En momentos como estos me decía a mí misma que B́asil estaba realmente colado por mi hermana. Eso sí, en cuanto ella ponía la llave en la cerradura, B́asil olvidaba su desazón y volvía a ser el cuñado cordial y pícaro, y a mí me daba el apelativo de «cercita».

Si tengo que jugar limpio —y no tengo ningún motivo para no hacerlo; nadie me obliga a esta confesión—, su inclinación hacia mí nunca pasó de ser un juego inocente. Bueno, «nunca» es decir demasiado, porque una vez sí que cruzó los límites tolerables del afecto entre cuñados. O entre hermano y hermana. Y si por mí hubiera sido, la frontera nunca más hubiera regresado a su lugar original. Fue no hace todavía tres meses, poco después del 23 de junio y a consecuencia de una escena que tuvo lugar durante la tarde, mientras preparábamos la cena para la verbena de San Juan. Una escena que, todavía ahora, me resulta difícil de encajar

porque no entra dentro de las costumbres de Básil comportarse con grosería. Es un hombre extremadamente gentil y bien educado, tanto que no era capaz de hacer ni siquiera una pequeña observación a su mujer delante de otros. Porque, a pesar de que Laura era una mujer lista, a veces no mostraba la viveza necesaria para hacerse cargo de determinadas cuestiones... Cuestiones nimias, que obligaban a Básil a cortarlas: «Chata, por favor, por favor», le decía. Cuando utilizaba aquel «por favor» repetido dos veces y especialmente en aquel tono, como a medio camino entre el aburrimiento y el cabreo, yo sabía que Laura había ido demasiado lejos y que él se había visto obligado a pararle los pies. De qué hablaban, no lo sé, porque Laura también era muy discreta. La única señal visible era aquella expresión repetida con aires de rapapolvo.

Aquel 23 de junio yo estaba instalada en casa de ellos porque a mi estudio le estaban puliendo el parquet, y Laura me había acogido. Habían invitado a celebrar la verbena a Sergio y a su pareja, a quienes yo conocía bien, y a un hombre que trabaja con Básil y a su mujer. Era media tarde y estábamos los tres solos preparando la cena. Yo estaba en el comedor, y ellos dos, en la cocina. Recuerdo bien el momento en que se produjo la escena porque justo entonces yo pasaba un trapo por las copas para hacer desaparecer del cristal los rastros calcáreos que había dejado el agua. Mientras las bruñía, me preguntaba si era conveniente que me quedara a cenar con ellos. Me decía que era un encuentro de tres parejas, más o menos de la misma generación, tres parejas relacionadas por la parte profesional, y que yo no pintaba nada. Entonces los oí con nitidez. No sólo me asombró el calificativo que Básil le aplicó a Laura, sino, especialmente, el tono. Era un tono monótono y frío. Un tono blanco, como salido de una máquina. Me quedé quieta sin saber qué hacer, ni qué decir. Como no era cuestión de asomar la cabeza por la puerta de la cocina, y tampoco creía adecuado salir pitando, opté por continuar pasando el trapo por las copas y fingir que no había oído nada. Pero lo había oído. Básil había acabado con aquel tono mecánico, sin modulaciones, una frase, el comienzo de la cual se me había escapado, pero no el final: «¡...si eres frígida!».

Básil entró en el comedor y se quedó parado frente a mí. Yo no lo miraba, pero notaba sus ojos fijos en mí. Permaneció allí unos instantes, que se me hicieron interminables. Yo seguí bruñendo el cristal, como si nada. Finalmente, cuando ya no podía aguantar más la tensión, alcé la copa para observarla a contraluz, y entonces nuestras miradas se cruzaron. Hizo un gesto, interrogándome. Yo puse cara de tonta, como si no supiera de qué iba, y él se relajó, imagino que convencido de que yo no había podido oír aquel exabrupto contra Laura.

Básil salió del comedor y yo continué con la tarea de las copas, a pesar de que

ya brillaban más que una araña de techo bien mantenida. De la cocina no me llegaba ningún ruido. Me preguntaba qué debía de estar haciendo mi hermana. Si tengo que ser franca, por una parte sentía pena por ella, y por otra —sé que es indigno, pero así es—, una cierta alegría; como si aquella fisura en el matrimonio de ella representara, en cierta manera, una oportunidad para mí. Unos minutos más tarde, cuando ya había pulido cada copa unas cuantas veces, Laura salió con paso lento. Me miró y la miré. Tenía los ojos tristes, pero no más que otras veces, porque —y me di cuenta aquella tarde— Laura había perdido ya hacía mucho tiempo la alegría que la caracterizaba de jovencita.

«¿Lo has oído?», me preguntó. Respiré a fondo antes de responder afirmativamente. Laura se retiró un mechón de cabello y lo disculpó: «No se lo tengas en cuenta; desde que nació Álex, estoy un poco baja de pilas». Hice un gesto con la mano, como si yo, mujer de mundo, pudiera comprender casi cualquier situación. Después, Laura añadió: «Colocaremos las copas en diagonal». Y se puso a preparar la mesa. Entonces fue cuando decidí que tenía que quedarme a cenar con ellos.

Me parece que los invitados no se dieron cuenta de nada, aunque el ambiente no era para tirar cohetes. Y nunca mejor dicho, porque aquella noche era la de los fuegos artificiales, y, no obstante, ni el humor de Básil ni el de Laura brillaron mucho. De hecho, quien animó la fiesta fue Miguel, el tío que trabaja en Hermanos Prado con Básil. Había abandonado la terraza para ir al baño y, de repente, volvió trayendo el espejo oriental. «¿De dónde habéis sacado esta maravilla?», dijo colocándolo de pie sobre la mesa para que fuera bien visible. Laura le dijo que lo había heredado de papá. «¿Y cómo llegó a manos de tu padre?», preguntó.

Laura le explicó que, originalmente, había sido de una tatarabuela paterna, cuyo marido, propietario de un negocio de importación y exportación, se lo regaló después del nacimiento de la primera hija, y que durante todos estos años había pasado de una generación a la siguiente como marcaba la tradición. Según esta tradición, la madre le regalaba a la hija primogénita el espejo, al cual se atribuía —nadie sabía explicar en virtud de qué— la facultad de asegurar matrimonios durables y felices. Laura agregó: «En el caso de nuestro padre, no obstante, como era hijo único, su madre tuvo que hacer una excepción a las costumbres y se lo legó a él. En su momento, papá, cuando ya estaba muy afectado por la enfermedad que lo enterraría, me lo dio con el beneplácito de mamá».

Y quiero que conste que Laura, cuando heredó el espejo, le dio el valor de un amuleto —y esto no me lo imagino, sino que lo sé, porque me lo explicó— que tenía

que proteger a su pareja y consolidarla para siempre. Pensaba que tenía que ayudarla a conseguir una relación armónica como la que mamá y papá habían tenido. Para ella era no tanto un símbolo de la pareja que tenía como un buen deseo de la que quería. Este comentario me lo hizo Laura después de despedir a papá en el cementerio y, la verdad, no lo entendí. Consideré que era una burrada dicha bajo una fuerte presión emocional, porque la muerte de papá nos dejó a las tres muy tocadas. ¿De qué otra manera, si no, se debía interpretar? Yo consideraba a Básil genial. No veía que se le pudiera hacer un solo reproche. Y, por otra parte, estaba a todas horas pendiente de Laura. Y ella lo consideraba su... su dios. Luego, ¿qué más podía pedir?

Aquella tarde, en la terraza, mientras Miguel se explayaba sobre el espejo, yo no me quitaba de la cabeza la escena tan desagradable de un rato antes. Y me decía que tal vez Laura tenía un motivo poderoso para creer que su pareja era más débil de lo que pensábamos los demás. ¿Y si Básil no era del todo feliz porque la parte sexual no funcionaba? ¿Y si todo el problema lo generaba mi hermana? ¿Y si no era capaz de abandonarse y pasarlo bien en la cama? Tal vez Laura era consciente de ello. Y aquí —siento admitirlo— me dije que se me presentaba alguna posibilidad de satisfacer a Básil.

Cuando salí de mi abstracción, me di cuenta de que Miguel y Laura no se ponían de acuerdo respecto a la importancia del espejo. Laura sostenía que era una antigualla sin más valor que el sentimental. Explicó que se sentía emocionada por haberlo heredado, porque ya de pequeña la volvía loca y lo incorporaba a menudo a sus juegos, y también porque alimentaba su faceta un tanto fetichista —aquí Laura rió y todos la secundaron— y era una especie de talismán en cuestiones amorosas. «Y si no, recordad el matrimonio de papá y mamá...», acabó.

Miguel no estaba de acuerdo. «No es una antigualla —dijo—. Estoy casi seguro de que es una antigüedad de gran valor, si es, como pienso, auténtico».

Mientras comíamos, él intentaba convencernos de su teoría. Dijo que, en su opinión, se trataba de un espejo de origen japonés, más concretamente, de la ciudad de Arita, y tuvo el atrevimiento de situar su fabricación en la primera mitad del siglo xvii. Ni Laura ni yo lo creímos, pero Básil nos dijo que el criterio de Miguel era muy fiable, no sólo porque tantos años en Hermanos Prado, uno de los anticuarios más notables de Europa, le habían dado conocimientos amplísimos, sino porque ya había adquirido muchos durante sus años jóvenes, cuando, después de acabar la licenciatura en Historia, se instaló en París para hacer un máster en antigüedades.

Recuerdo que Laura y yo nos miramos con escepticismo. Estábamos seguras de que era una quincalla con valor sentimental, solamente. Pero le dejamos hablar.

Nos hizo notar que en uno de los ángulos había una grulla, un pájaro que, según parece, simboliza la fidelidad matrimonial y que posiblemente estaba en el origen de la leyenda del espejo y de sus efectos mágicos. Después, describió los dibujos del espejo para reforzar sus tesis. Decía que la decoración imitaba la de una cerámica japonesa del siglo xvi muy famosa: la Imari, que tomaba su nombre del puerto en el cual se embarcaba para la exportación, ya que era muy apreciada en Europa. «De hecho —agregó—, la porcelana holandesa de Delft tiene, con toda probabilidad, el origen en esta cerámica japonesa».

Alguien, no recuerdo quién, lo interrumpió para hacerle notar que los dibujos del espejo no eran precisamente de tonos azules y blancos, como las piezas holandesas. Él se defendió alegando que, precisamente, como sólo imitaba la cerámica de Imari —y que él lo consignaba observando los motivos florales que dominaban en el espejo—, el artesano no había querido copiar los azules, sino que se había dejado llevar por su propia inspiración y había usado aquella paleta cálida: rojo, granate, fucsia y rosa, mezclada con algún hilo de oro. Dijo que, precisamente, la cuestión de la policromía lo convertía en un objeto todavía más insólito y más caro.

«¿Más caro?», preguntaron a la vez Básil y Laura. «¡Pues claro!», dijo él. «Este espejo debe de valer una fortuna. ¿Qué os apostáis?». Nadie parecía dispuesto a entrar al envite; no nos convencía. «Muy bien —insistió—, dejadme que os lo demuestre». Entonces pidió que le permitieran llevarse el espejo para hacerle un peritaje. Pensamos que se refería a que fuera examinado por alguien de Hermanos Prado, pero nos dijo que no, que lo iba a mandar a alguna capital europea... si la citó, no la recuerdo. Laura era reacia, no quería separarse del espejo, le parecía que podía correr algún peligro. Miguel le explicó que viajaría bien protegido, como cualquier obra de arte, y que, además, tendría un seguro por si pasaba algo. Laura decía que no le preocupaba que se perdiera el hipotético dinero que podía costar, sino el objeto en sí. Entre Básil y yo terminamos de convencerla.

Todo este preámbulo para llegar a la cuestión que no me deja dormir tranquila. Se produjo justo al día siguiente de la verbena. Cuando me desperté, Laura ya estaba levantada, y Básil no tardó demasiado en hacerlo. Se les notaba tensos. Sospeché que todavía les duraba la incomodidad de la escena de la cocina.

Nos preparamos unos cafés y los tomamos en la terraza. Laura dijo que

tenían que darse prisa para ir a recoger a Álex, que estaba en casa de mamá. Básil, en lugar de responderle, se volvió hacia mí y me preguntó cómo había dormido. «¿Cómo durmió la cerecita?» Y me pasó el dorso del dedo índice por el empeine. Muy suavemente pero con mucha intención, en una caricia carente de ingenuidad. Me quedé quieta por temor a estropear aquella ocasión. Ya sé que es un comportamiento miserable: era el marido de mi hermana, mi cuñado... Pero poco me importaba. Quería que me volviera a llamar «cerecita» mientras me acariciaba el pie con un propósito tan obvio. Sólo eso quería.

No sabía si mi hermana se daba cuenta de lo que hacía Básil. La miré, pero parecía mucho más inquieta por lo tarde que era que no por dónde ponía las manos su marido. ¡Y eso que él no disimulaba demasiado!

«Me voy a duchar», dijo. Ni él ni yo nos movimos mientras la observábamos entrar en el piso y alejarse de los ventanales que daban a la terraza. Me pregunté si, ahora que ella no estaba, Básil se transformaría en el hombre frío, como otras veces. No tardé en comprobar que la metamorfosis esta vez no se producía. Fue cuando me encontré el dedo de Básil paseando por mis piernas, recorriéndolas por debajo de las puntillas de mi camisón.

No me miré los pezones —en realidad, no osaba quitar los ojos de mi café, que hice durar tanto como si fuera un refresco— y, no obstante, fui consciente de que de tan duros se hacían evidentes a través de la seda de color coral. Percibí cómo su mirada se dirigía con precisión hacia aquella zona de mi anatomía y me pareció oír un suspiro, que no sabía si había salido de mi boca o de la suya. Pensaba en sus labios cuando los noté abrazando delicadamente el lóbulo de mi oreja. Cerré los ojos y rogué para que Laura no volviera en aquel instante. Creo que fue el último pensamiento que pude evocar. A partir de aquí, sólo fui capaz de sentir las reacciones de mi cuerpo.

Mientras con los labios Básil me ensalivaba los lóbulos, con el dedo me exploraba nuevos rincones: la piel de detrás de las rodillas, una axila, la nuca, la yema de un pulgar...

De pronto se separó de mí con brusquedad, e instantes después entró Laura en la terraza. Abrí los ojos e intenté recomponer la expresión, a pesar de que la excitación que sentía no era fácil de ocultar. Laura ya se había vestido y llevaba las llaves del coche en la mano. «Voy a buscar a Álex», nos dijo.

Mientras la miraba irse, pensé que no se había dado cuenta de las maniobras

de su marido ni de mi cara de póquer. Y me alegré. Sé que es una canallada y, no obstante, si tuviera la capacidad de volver el tiempo atrás y revivir la situación, lo haría de nuevo todo igual que aquel día.

Él apenas esperó a que Laura hubiera cerrado la puerta. Me cogió la mano, tiró de ella con delicadeza para que lo siguiera y, ya en la sala, me hizo echar en el sofá. Y yo me dejé hacer, como si la pasividad me ayudara a sentirme menos responsable de estar follando con mi cuñado en el sofá de su casa.

«Ahora márchate rápido», me dijo cuando acabamos. Quiero decir exactamente eso: que me echó sin dejarme recuperar el aliento ni el ritmo normal de los latidos del corazón. Mientras me ponía los vaqueros y las sandalias a toda velocidad, disculpé su prisa por ahuyentarme del escenario diciéndome que debía de hacerle sufrir que Laura y el niño nos pillaran. Cuando salí de la habitación, lo suponía en el recibidor, preparado para decirme adiós, pero lo único que me esperaba allí era la bolsa de viaje y mis libros, que él mismo había preparado antes de correr a esconderse en algún rincón del piso. Me quedé unos instantes en el rellano de la escalera, con la puerta abierta. Hubiera dado cualquier cosa por un beso suyo de despedida. Uno de los besos que me había negado durante todo el rato que habíamos follado. Al comprender que no saldría, arrastré la bolsa hasta el ascensor y bajé a la calle repitiendo mentalmente una expresión: *piece of cake*, la única que él había pronunciado en todo el rato que estuvimos solos y sólo al final del polvo. Yo la había interpretado en el sentido literal: «trozo de pastel», y le otorgué el mismo sentido afectuoso que cuando me llamaba «cercita».

Comprendo que la conducta de Básil después de haberse acostado conmigo tendría que haberme hecho sospechar y, no obstante, pobre de mí, continué pensando que estaba justificada. Pero como pude comprobar dos días más tarde, no lo estaba. Justificada, quiero decir. Al menos no se correspondía con ninguna de las alegaciones que yo había imaginado. Sencillamente, me había equivocado. O él se había equivocado. No lo sé. Pero, antes de percibir mi error, todavía tuve tiempo de ofrecerle a Laura un consejo, que pretendía ser bienintencionado pero que fue una cagada. Una más. Puesto que cara a cara me hubiera resultado muy difícil, lo hice telefónicamente al día siguiente de haberme licuado de placer en el sofá de su casa. Todavía convencida de que Básil sentía algo por mí, llamé a mi hermana al despacho para preguntarle si alguna vez había pensado en separarse de él. Reaccionó de modo diferente a cómo yo esperaba. Habría dicho que una observación de este tipo tendría que haberla dejado con la boca abierta o tendría que haberla puesto como un gallito. Pero no, con toda la tranquilidad me preguntó por qué. Y yo sólo atiné a decirle: «Si no lo has pensando nunca, es hora de que te lo

vayas planteando». Por suerte, la conversación acabó aquí y ella nunca volvió a mencionarla, excepto la noche de su muerte. Pero eso te lo explicaré más adelante.

Dos días después de haber salido de su casa, espoleada por la falta de noticias de Básil, lo llamé a Hermanos Prado. Fue entonces cuando tomé clara conciencia de que la mañana de sexo compartido había sido solamente eso, o quizás ni eso. Es decir, que había sido sexo, pero no entre dos, sino más bien cada uno por su lado. Y que aquello que yo había creído vivir había sido un espejismo. Lo entendí enseguida cuando, después de que la secretaria le pasara la llamada, oí su voz tan gélida que me provocó un escalofrío. Me ladró: «¿Qué quieres?». Me quedé sin habla, pero no creo que él deseara una respuesta, porque de inmediato añadió: «No me vuelvas a llamar nunca más, que te quede claro».

Durante unos días, cuando recordaba el breve monólogo, me sentía sofocada por la metedura de pata, por haber importunado a Básil. Haberme comportado de una manera tan ridícula me hacía sentir un dolor insoportable en el pecho y no me permitía reproducir la escena completa. Por fin, cuando fui capaz, pensé que, por mucho que me costara, mantendría las distancias, y me dije a mí misma: Piece of cake. Y es que, ahora, cuando la expresión ya se había quedado bien anclada en mi memoria, ya había descubierto su verdadero significado.

No volví a ver a Básil hasta mediados de agosto, el día de la comida familiar que mamá organizó en la casa de la playa. Él estaba como había sido siempre: amable, educado, simpático. Me desconcertó. Llegué a preguntarme si quizás no me había imaginado que había follado alguna vez con él.

Fue una comida distendida. Todos estaban de muy buen humor, excepto Laura, cuyo aspecto no era ni bueno ni malo, sino que tenía una mirada ausente, como si estuviera a años luz del jardín de la casa de mamá. Eso me sorprendió, como también el hecho de que cuando yo quise impedirle que se pusiera una aceituna en la boca, se me encarara y me soltara que ella comía lo que le venía en gana. Y es que eso no era nada, nada normal. Laura siempre estaba a dieta para intentar conservar una cintura fina y unas caderas rectas que se avinieran con los cánones estéticos de Básil. A él le gustan las mujeres muy flacas, de dimensiones mínimas, con unas medidas que el cuerpo de Laura se empeñaba en superar muy a menudo... Porque Laura estaba hecha de carne más que de huesos, razón por la que ella siempre se disciplinaba para reprimir el impulso de comer. En este aspecto, a menudo los dos me pedían ayuda, especialmente cuando venían a pasar unos días con nosotras en verano. «Raquel, ayúdanos a controlar que haga bien el régimen», me decía Básil el primer día. Y yo actuaba de vigilante: sólo con que Laura cogiera

una aceituna la delataba para que él aplicara la sanción de la que se había hecho merecedora... tal vez irse a la cama sin cenar. Era un juego, claro. Pero al fin y al cabo era un juego que le reportaba grandes satisfacciones cuando, al final de las vacaciones, se daba cuenta de que la báscula marcaba lo mismo que el primer día o, incluso, un poco menos.

Aquel día de agosto me extrañó que, por primera vez, hubiera enviado la dieta a tomar por el saco. Al margen de esta cuestión, no hubo ningún otro incidente digno de ser tenido en cuenta. Y de mi llamada sugiriéndole que se separara de Básil, ni había hecho mención antes, ni habló de ello aquel día, ni me dijo nada más adelante.

Por eso me dejó boquiabierta el mensaje de texto que me mandó por el móvil la noche de su muerte, que yo no leí hasta el día siguiente cuando me levanté y ella, a pesar de que yo lo ignoraba, ya había dejado de existir. Decía: «¿Por qué me recomendaste que me separara?».

Sentada en una de las sillas metálicas azules de mi apartamento, un espacio minúsculo de ventanas grandes que se abrían a un patio de acacias, releí la carta que Ana me había hecho llegar por medio de Raquel. Era una nota breve, con pocas concesiones a la emoción, en la que, además de decirme que a su vuelta de París podríamos vernos, me daba el nombre y el teléfono de un experto en violencia política. En aquel momento casi ni recordaba que, un mes antes, le había pedido contactos que ella, como profesora de la universidad, debía de estar en situación de poder facilitarme. Ana me sugería que conectara con el especialista, ya que, muy probablemente, me podría dar valiosas orientaciones sobre los campos de concentración. Un poco por cortesía y un poco por curiosidad, me comuniqué enseguida con M. Efectivamente, era un especialista en violencia de Estado, pero, al contrario de lo que había creído, no era un historiador, sino un psicólogo, lo que era más provechoso para el nuevo giro que había tomado mi trabajo. El hombre accedió a verme, pero me obligó a fijar una cita para el día siguiente. Si no hubiera aceptado, tendría que haber esperado seis meses, el tiempo que él debía invertir en Sarajevo y, después, en Chechenia. No tenía ganas todavía de centrarme en la investigación, pero tampoco quería dejar pasar aquella oportunidad.

Abrí la ventana corredera. Un poco de aire se agradecía, movía las ramas de las acacias, y el ruido de las hojas ayudaba a imaginar la tarde más fresca de lo que era. Mientras esperaba la llegada del psicólogo, encendí el ordenador para trasladar las carpetas de Laura del lápiz de memoria a mi disco duro. Después entré en mi correo electrónico para poner la correspondencia al día. Entonces pensé era un buen

momento para revisar los mensajes que Laura me había ido enviando durante mis últimos días en Estados Unidos. Ahora creía que podían contener alguna información esclarecedora.

Había cinco correos sin leer, enviados entre el 2 y el 18 de septiembre.

Las manos me temblaban cuando abrí el primero. Decía: «Ya sé que me dijiste que en el mes de septiembre no me tomara la molestia de escribirte, que ignorarías el correo electrónico, que bastante trabajo tenías con dejarlo todo organizado para tu venida a Europa... A pesar de todo, no puedo resistirme a decirte que me he mirado en el espejo oriental que tú tan bien debes recordar y ¡he visto la luz! Lo tengo claro, clarísimo. Te lo explicaré en cuanto llegues».

Me hubiera dado un bofetón a mí misma. ¿Por qué no leí ningún correo electrónico personal durante aquellos días? ¿Por qué tuve que cumplir tan taxativamente mi plan de desentenderme durante el mes de septiembre de todo lo que no hiciera referencia al inicio inminente de mi año sabático? Ahora no había manera de saber de qué hablaba Laura. ¿A qué luz se debía referir? ¿Qué era lo que veía con tanta claridad y que necesitaba explicarme en persona?

Era imposible saber si se trataba de alguna cuestión íntima, doméstica o profesional, si tenía una gran trascendencia o ninguna, si estaba relacionada con su estado de ánimo de los últimos tiempos, que tanto Raquel como Sergio habían definido como «ausente». El tono parecía indicar alguna cuestión trascendente, pero también podía ser que a fin de cuentas no significara nada. Recordaba otros mensajes que ella me había enviado, con un tono parecido, para referirse a una nueva dieta milagrosa o a alguna fruslería por el estilo.

El segundo era del 6 de septiembre y decía: «¿Necesitas que te haga alguna gestión desde aquí?».

El tercero era del 10 de septiembre. Había escrito: «Sí que te tomas a pecho la decisión de no abrir el correo electrónico... ¡Nunca lo habría podido imaginar! Espero que tarde o temprano la curiosidad sea más fuerte que tus buenos propósitos. En cualquier caso, quiero que sepas que ya tengo claro que no necesitaremos vernos a escondidas. Básil ya no podrá decir nada».

Tenía razón. No era propio de mí aguantar hasta el final una decisión de aquel tipo. Lo que lo justificaba no era mi voluntad, sino la falta real de tiempo que había tenido durante aquel período. Ahora me intrigaba saber qué la había llevado

a concluir que no tendría que inventarse una actividad para poder verme, sino que lo haría a cara descubierta. Tal vez había hablado con Básil y le había hecho ver que su oposición a nuestra amistad era una burrada que no conducía a ningún lado. O tal vez se habían peleado por esta razón...

El cuarto tenía la fecha del 15 de septiembre y el asunto del mensaje era «Interrogantes» y denotaba hasta qué punto la ponía nerviosa no saber nada de mi venida, ni cómo debía organizarse. El texto decía: «¿Qué día llegas? ¿Te compro algo para que no te encuentres la nevera vacía? ¿Quieres que te vaya a recoger al aeropuerto? ¡Respóndeme, pesada!».

El quinto y último era del 19 de septiembre, días antes de su muerte. Decía: «Este mensaje solamente tiene un objetivo: hacerte sentir culpable cuando lo leas, y que te devore el remordimiento por no haberme apoyado en un momento como éste: ayer supe que no había ganado el concurso de remodelación del MNAC. ¡Ja, ja, ja!».

La primera parte del texto, claro, contenía cierto reproche: mi silencio la obligaba a vivir aquella mala noticia sin ninguna palabra de ánimo de mi parte. A pesar de todo, sus jajajás finales me pareció que le quitaban hierro a la situación. Sergio no se equivocaba, saber que su proyecto no había sido elegido le había resultado poco traumático.

Luego, fuera lo que fuera lo que inquietaba a Laura durante los últimos tiempos no debía de tener relación con el concurso público.

Pensé que era hora de ir a ver a Básil y también a Juan Mascaró. Llamé a Básil a casa, pero nadie cogió el teléfono. Le dejé un mensaje en el contestador pidiéndole que me devolviera la llamada y recordándole mi número de móvil.

Ya eran las siete, pero como M. todavía no se había presentado, aproveché para recuperar la dirección de Mascaró que había copiado de la agenda de Laura y busqué el teléfono. Cuando marqué el número, ya había decidido la estrategia. Seguro que el hombre conocía muy bien a Laura, pero tal vez no estaría dispuesto a hablar de ella abiertamente. Así que había determinado que no sólo no le ocultaría nuestra amistad, sino que la haría valer para reclamar sus servicios profesionales para un problema hasta cierto punto inexistente: le pediría hora para tratarme unos ataques de ansiedad sobrevenidos desde la muerte de ella. La persona que contestó el teléfono me dijo que no había ninguna hora libre en dos meses. Insistí en que era urgente, en que no podía esperar tanto, pero no conseguí ablandarla. Al final le dije:

«Soy la mejor amiga de Laura Bellido, una paciente del doctor que murió hace unos días...». Me pareció que la del otro lado del teléfono se hacía cargo de mi ansiedad incontrolable. Me pidió que tuviera la amabilidad de esperar unos instantes y me dejó conectada a una musiquilla reiterativa. Un minuto más tarde, justo cuando llamaban a la puerta de casa, se puso de nuevo al teléfono para decirme que había podido hacerme un hueco para la semana siguiente. Me pareció que remoloneaba demasiado para notificarme el día, la hora y la dirección. Yo tenía prisa por colgar, convencida de que, si no iba a abrir, mi visitante se iría. Cuando estaba a punto de repetirme las informaciones, le aseguré que había tomado buena nota y corté la comunicación. Entonces volvió a sonar el timbre.

Corrí a abrir la puerta a un hombre entre los cuarenta y los cincuenta que se presentó como M.

La conversación con él fue breve y muy útil. Me habló de diferentes aspectos de la violencia política actual y del pasado: los nazis, las dictaduras de Franco, Pinochet, Videla... Serbios, croatas y bosnios. Israel y Palestina...

—Cualquier terrorista —me dijo— parte de una construcción previa del mundo que le rodea, es decir, divide el mundo en dos bandos: los míos y los que no lo son, y se considera legitimado para cambiar la conducta de los del otro bando usando cualquier medio, incluida la violencia.

Escuchándolo, me di cuenta de que las técnicas usadas para romper la resistencia inicial de la comunidad judía habían sido las mismas que las utilizadas en los campos de esclavos: aislamiento de su entorno conocido, humillaciones constantes hasta reducir a las personas a la sensación de ser cosas, y unas relaciones de poder sin ninguna clase de simetría.

De toda la conversación con él, una de las cuestiones que más me afectaron fue darme cuenta de que, mientras hay personas sufriendo situaciones de este tipo, los demás, aunque vivamos al lado, desviamos la mirada, fingimos que no pasa nada y nos desentendemos de ello. Así fue como se comportó, durante muchos años, la Unión Europea respecto al conflicto en los Balcanes.

Antes de irse, M. me proporcionó la dirección electrónica de R., una mujer de origen bosnio que, según él, no tendría ningún inconveniente en explicarme su experiencia en un campo de internamiento serbio.

—Estará encantada de hablar contigo. Desde 1993 sólo vive dedicada a

explicar el drama de muchas mujeres durante la guerra.

—¿De las mujeres? ¿Te refieres a las violaciones que sufrieron?

—Sí. Ésta es una humillación que sólo sufren las mujeres en manos de los carceleros. Una tortura que se agrava si la mujer queda embarazada y es forzada a parir la criatura. Una cicatriz que no se cura nunca, si además, para poder ser aceptada de nuevo entre tu gente, te ves obligada a callar.

—No lo había pensado.

—Porque apenas se ha hablado de ello. Como tampoco se ha explicado que eso mismo pasó en los campos de concentración nazis.

Llegué a casa con dos paquetes en la bolsa. Uno, envuelto con el papel encerado típico de las charcuterías finas, protegía cien gramos de un jamón ibérico con un aspecto tan espléndido como correspondía a la fortuna que me había costado. Hacía tantos años que no comía jamón de verdad, que había preferido ignorar que el precio quedaba unos cuantos escalones por encima de mi presupuesto. El otro paquete era una bolsa de plástico de un videoclub que me había indicado Raquel donde, según ella, se podía conseguir cualquier película y donde, efectivamente, había podido alquilar la misma que Laura y Sergio habían visto el 31 de mayo: *Ojo de Gato*.

Antes de colocar el DVD en el reproductor, decidí sacrificar una de las tres botellas de Ribera del Duero que había guardado en un armario de la cocina. Aquel jamón de tonos rojizos, salpicado con vetas de grasa, se lo merecía. Me serví una copa, corté unas rodajas de pan y me instalé en el sofá.

Durante unos instantes no hice nada. Escuché el silencio que rodeaba el pequeño apartamento. Un silencio infrecuente en una gran ciudad. Me recreé en él. Después, puse en marcha el reproductor.

Con las primeras imágenes de la película atacué el jamón y el vino. Aquél habría podido ser un instante redondo si no hubiera sido porque el pellizco casi permanente en el estómago me impedía olvidar que Laura había muerto y deformaba la perfección del instante.

En la pantalla, Elaine es una pintora por encima de la cincuentena que vuelve a su ciudad natal, Toronto, después de más de veinte años de haber huido para poner fin a la conflictiva relación de pareja con Jon. Vuelve porque han organizado una exposición retrospectiva de su obra, y se instala en el estudio de pintor que su ex le deja mientras esté en la ciudad.

La historia transita entre el momento actual de Elaine y su vida anterior, pero se recrea mucho más en el pasado. El presente lo protagoniza una mujer madura, mientras que los años vividos en Toronto los representa una chiquilla que va creciendo hasta convertirse en una mujer joven. El argumento está narrado con la voz de una mujer mayor que sólo se torna audible en las secuencias de transición temporal y sirve para hilar todos los recuerdos de Elaine.

Me esforcé por contemplar las escenas con los mismos ojos con los que podía haberlas visto Laura. Unas cuantas se centraban en la relación de la niña con su madre. De entre todas, una en la que la madre sufre un aborto espontáneo me pareció muy significativa.

¿Era esa mancha de sangre en la cama y el consecuente impacto que le causaba a la criatura lo que había hecho llorar a Laura? ¿O tal vez era el miedo de la niña de perder a su madre?

Muchas otras rememoraban la relación de ella con las tres amigas de infancia: Grace, Carol y Cordelia. Especialmente, Cordelia. Por culpa de una vida familiar itinerante, consecuencia de la profesión del padre, Elaine no ha tenido ocasión de descubrir la amistad hasta los ocho años, cuando su familia se estabiliza en Toronto. Esta cuestión la hace muy vulnerable, ya que, por encima de cualquier cosa, quiere conservar a sus amigas. Unas amigas que, instigadas por Cordelia, se comportan como unas arpías. Tan monas las niñas pequeñas... Como dice la voz en off de la mujer madura: «Las niñas pequeñas sólo son graciosas y pequeñas a los ojos de los adultos. Entre ellas no son graciosas. Son de tamaño natural». Las amigas controlan a Elaine. Le han dicho que, por su bien, la enseñarán a caminar, a comportarse, a hablar... Las escenas correctivas dan paso a otras más duras: las amigas ridiculizan a Elaine, la dejan de lado, la encierran en un agujero bajo tierra y, finalmente, la obligan a bajar a un barranco peligroso a recoger su gorro. Ésta es la escena que marca el final de la relación. Después, Elaine es capaz de desvincularse de ellas y de sentirse libre.

¿La amistad de aquellas criaturas tenía algún punto de contacto con la que habíamos tenido ella y yo de niñas? Me pregunté si tal vez yo misma estaba relacionada con el llanto de Laura aquella tarde de mayo, en el cine. ¿Algo en nuestra amistad de niñas la había herido hasta aquel punto? Llegué a la conclusión de que no, que era imposible. A la fuerza, la razón debía de ser otra.

Por ello, miré con lupa las escenas —muchas también— que se referían a la relación de Elaine con Jon; una relación divertida en los inicios, pero pronto inclemente, marcada siempre por el imperativo de no actuar con estereotipos burgueses. Una unión caracterizada por la falta de orden y de higiene y por las relaciones sexuales y sentimentales no exclusivas y que pronto, especialmente después del nacimiento de Sarah, deriva en auténticas batallas campales. Cuando la voz en off de la mujer madura dice: «Comienzo a ver cómo se cruza la frontera entre el histrionismo y el asesinato», se aproxima el final de la convivencia.

Me serví del mando para ir hacia delante y hacia atrás sobre diversas secuencias: ella le tira un cenicero a la cabeza; él le lanza la leche a la cara; ella se corta las venas; él la recoge en el hospital; ella huye de Toronto con su hija y se va a vivir a la otra punta de Canadá, lo más lejos posible de su infancia y de su hombre.

¿Era eso?, me preguntaba. ¿Eran las peleas con el marido? Supuse que sí, pero había demasiadas cuestiones que no casaban. La historia de Laura y Básil era muy convencional, muy pequeñoburguesa, exceptuando los años en que habían convivido sin estar casados. Y ni siquiera eso: a finales del siglo xx, en Europa, ya no se podía considerar outsiders a las parejas que no oficializaban su unión. Por otra parte, ellos dos tenían un apartamento convencional colgado, sospechaba, de una hipoteca muy convencional. Y siempre me había imaginado su relación sexual y sentimental exclusiva, a pesar de que lo que me había contado Raquel contradecía un tanto esta versión. Y tampoco era capaz de imaginarme a Básil y a Laura usando piezas de la vajilla como proyectiles contra el otro.

Finalmente tuve que admitir que, tal vez, la respuesta se encontraba en las escenas que describían el momento actual de la protagonista.

Elaine va a cenar con su ex. Pese a formar pareja desde hace años con Ben, con quien ha tenido otra hija, siente una cierta nostalgia del pasado. Después de cenar, ella y Jon se van al estudio de él y hacen el amor, como dice ella: «Con una solemnidad que antes no teníamos. Antes éramos ávidos y egoístas. Hacemos el amor por la calma que nos aporta».

¿Y si era ésta la cuestión? La nostalgia por un pasado perdido y equivocado, es decir, Sergio. ¿No podía ser aquélla la razón por la que Laura no podía contener las lágrimas, ni tampoco justificarlas delante de él?

Apagué el reproductor sin estar en absoluto segura de cuál era la cuestión que había encendido la mecha en la mente de mi amiga. En cambio, lo que sí tenía claro es que era la película y no el final del proyecto de remodelación del museo lo que le había producido algún clic en el cerebro. Quizás eso era lo que Laura había querido expresar con la palabra «primates».

Como los primates superiores, se había contemplado en el espejo y se había podido reconocer gracias al detonante de algunas escenas de la película. Y por esta razón, las anotaciones en rojo solamente se encontraban en su agenda a partir del día 1 de junio, a partir del momento en que se había autorreconocido. Pero autorreconocido ¿como qué?

Me levanté del sofá. Fui hasta la ventana, la abrí. Afuera, en el patio de las acacias, alguien caminaba deprisa arrastrando una maleta con ruedas.

Sacudí la cabeza: no lograba encontrar la respuesta, pero, como había alquilado *Ojo de gato* para quince días, decidí que la vería las veces que fueran necesarias hasta descubrir la clave que buscaba.

Antes de que Básil me abriera la puerta, ya había podido escuchar desde el rellano los zumb zumbos de un bajo que punteaba una melodía de jazz. Mientras reconocía algo de Coltrane, me decía a mí misma que o bien la estridencia de la música era para ayudar a despejarse la depresión o bien la depresión se había hecho humo menos de una semana después de enterrada Laura.

El aspecto de él al otro lado de la entrada me hizo inclinarse por la segunda opción. Volvía a ser el Básil de sus mejores tiempos: cabellos oscuros, cortos, pero no excesivamente, y despeinados con método; una boca grande con una sonrisa amistosa, de dientes regulares y blancos; los ojos vivaces debajo de unas cejas expresivas; unos hombros inolvidables y unas manos grandes con uñas bien cortadas. Por lo que recordaba y me había dicho Laura, Básil siempre había estado muy atento a su apariencia, y aquella tarde de sábado lo confirmaba. Llevaba unos vaqueros que parecían haber sido confeccionados a medida de su culo, una camisa a rayas de tonos azulados que resaltaban el ancho de sus hombros y unos zapatos de ante de aspecto flexible y cómodo. Tenía un aire informal que respiraba lujo. Me dije que no parecía que en aquella casa anduvieran justos de dinero.

—Pasa, Gina —me pidió con una voz fresca.

Entré sin dejar de preguntarme dónde había ido a parar el Básil que sollozaba sin poder contenerse el día del funeral. ¿Tan deprisa se podía recuperar una persona de un golpe como aquél? O tal vez el porrazo era menos profundo de lo que me había parecido.

—Aquí estaremos mejor —me dijo mientras me retiraba una de las sillas de teca de la terraza para que me pudiera sentar. Después, muy solícito, preguntó—: ¿Un café?

Le dije que sí, y que mejor si era largo.

—¿Ya te has acostumbrado a los aguados cafés americanos? —Rió, asomando la cabeza por la ventana de la cocina que daba a la terraza.

Asentí con la cabeza.

Mientras hacía los cafés, me comentó:

—Me ilusiona que estés aquí.

Calló unos instantes. Yo no dije nada; su comentario me había pillado desprevenida.

Salió con las tazas y la azucarera en una bandeja. La dejó sobre la mesa y se sentó a mi lado.

—Teníamos grandes planes, Laura y yo, para hacer contigo durante tu año sabático.

«Mentiroso, mentiroso», me habría gustado gritarle, pero la educación y la prudencia me lo impidieron.

En aquel instante, Básil cogía una de las tazas y me la dejaba delante. Me miró y vio que yo le observaba, supongo que inquisitivamente. Me sonrió con un gesto entre amable y tímido.

Me resultaba desconcertante. Aquel hombre agitaba mis apreciaciones de un lado para otro: tierno, frío, franco, impostor... Aproveché su silencio para reinstalar mi juicio y mis emociones.

Cogí la azucarera y le metí la cucharita en ella:

—¿Azúcar? —le dije, justo en el momento en que notaba, al tacto, algo que no eran los gránulos finos.

—No, gracias. No tomo nunca. En esta casa la única que lo hacía era Laura. Yo no soporto lo dulce.

Y puso cara de animal abandonado.

Saqué la cucharita al exterior de la azucarera. En la punta había un papel, doblado de manera diminuta.

—¿Qué es esto? —pregunté de manera retórica, porque no esperaba que Básil tuviera la respuesta.

Me sorprendió:

—Un mensaje de amor.

Y como no hizo ningún movimiento, ningún gesto, interpreté que podía cogerlo y abrirlo.

En el papelito, con un trazo fino y una caligrafía que me resultaba extraña, había escrito: «Mil besos».

En un instante me di cuenta de que el autor era Básil, que la destinataria ya no estaba allí para destapar la azucarera y que aquella prueba de amor tan... tan adolescente había perdido el sentido.

Miré a Básil con simpatía. Él se mantenía estático, como si me observara representar un papel en una obra de teatro.

Ahora me sentía avergonzada por haber imaginado que sus sentimientos era tan superficiales. Era evidente que todavía estaba enamorado de Laura. A la fuerza, el buen humor que lucía aquella tarde me lo había dedicado, pero por dentro debía de estar hecho polvo, como yo.

Y recordé inmediatamente aquellos «besos de azúcar», escritos en rojo, en la agenda de Laura. Si no lo recordaba mal, había de dos tipos: de azúcar y de café y, por consiguiente, debía de ser un juego que Básil practicaba con una cierta frecuencia.

Lo que continuaba sin entender era por qué Laura solamente lo había empezado a anotar a partir de ver la película.

Le di el papelito a Básil, quien, después de haberlo mirado largamente, lo convirtió en una bolita arrugada y lo abandonó en el plato del juego de café.

Miró la hora y después dijo:

—Te pedí que vinieras el sábado por la tarde porque es el único momento de la semana en que no voy de cráneo. El resto, no tengo tiempo ni para respirar.

Me pareció que lo decía con una satisfacción evidente. Quizás era uno de esos tíos adictos al trabajo...

—¿Tanto trabajo tenéis en la empresa?

—Sí, mucho. En especial últimamente. Ha habido grandes cambios que a mí me han afectado muy positivamente, pero que no me dejan demasiado tiempo libre.

—¿No es pesado en unas circunstancias como las actuales?

Básil inclinó un poco la cabeza, como si pensara la respuesta. Me miró y dijo:

—Quizás sí. Pero tengo claro que no dejaré pasar mi oportunidad. Hace mucho que la espero.

Y entonces, en contra de lo que yo había imaginado, me explicó una historia en la que Laura casi no aparecía.

Hace años, muchos, comencé a pensar que merecía una oportunidad como la que acabo de tener. Y es que desde siempre he tenido claro que la suerte no me ha sonreído demasiado, al menos hasta ahora. Un buen amigo mío, que me conoce mucho, no se ha cansado nunca de repetirme: «El día menos pensado volarás y nos dejarás a todos boquiabiertos. Te convertirás en alguien importante». Y es que él, como Laura y como muchas otras personas a mi alrededor, sabían que nunca había podido poner en acción toda mi capacidad profesional. Yo siempre había querido demostrar quién era, pero especialmente se me metió en la cabeza después de que Ana me dejara claro que yo no le parecía un compañero digno de Laura.

Cuando conocí a la familia de Laura, me dio la impresión de que les caía bien. Por eso me asombré tanto cuando, un año después, Ana mantuvo con Laura una conversación confidencial sobre mí en la que no me dejó en muy buen lugar. ¡Conversación confidencial! ¡Ja! Ana tendría que haber supuesto que Laura no tenía secretos para mí y que, por lo tanto, de una manera o de otra me acabaría contando sus prevenciones. Todo pasó en una época especialmente complicada. Yo acababa de cambiar de trabajo —había dejado el estudio de interiorismo para entrar en Hermanos Prado— y se me abría delante un panorama bastante interesante. Miguel Gutiérrez me había contratado como jefe de un nuevo departamento, que debía darle a la empresa mucho más nivel. Si bien el mayor volumen de negocio de Hermanos Prado era la compraventa de antigüedades, Miguel, que había sido ascendido hacía poco a director adjunto, pretendía diversificar el producto, y por ello impulsó ese departamento que yo me encargué de desarrollar. Montaron tres secciones, todas bajo mi dirección. Una era para proyectos de decoración privados y particulares, en la mayoría de los casos pisos antiguos y de gran categoría que había

que remodelar, o casas rurales para redecorar. Otra era para proyectos privados de gran envergadura, como hoteles o clubes muy exclusivos. Y, finalmente, una tercera sección la dedicamos a los proyectos públicos que requerían una planificación muy meticulosa del espacio y de los objetos, como, por ejemplo, los museos. Pronto me convertí en el hombre de confianza de Miguel. Y pronto también se me presentó la oportunidad, que no dejé escapar, de comprar un pequeño paquete de acciones. Era una época de gran efervescencia para mí. Pensaba que estaba llegando allí donde quería, pero me equivocaba; todavía me faltaba un buen trecho para la meta.

Le propuse a Laura que nos fuéramos a vivir juntos. Ella era reticente, porque hacía poco que le habían detectado un cáncer a Pedro, su padre, y le parecía que no era el momento de abandonar a la familia. Reconozco que no me lo tomé muy bien. Al fin y al cabo, no había necesidad de que nos fuéramos a la otra punta del mundo; nos podíamos instalar en un piso, relativamente cercano al de los padres, que había sido de la abuela de Laura y que entonces estaba alquilado. Le hice notar a Laura que sólo necesitábamos que su madre lo reclamara para uso propio y los inquilinos tendrían que marcharse. Por fin la convencí de las dos cosas: de quedarnos con el piso de la abuela y de irnos a vivir juntos.

Una tarde, ya con el piso a punto para instalarnos en él, Laura llegó con un aspecto trastornado. Pensé que quizás su padre había empeorado. Pero no se trataba de él, sino de ella, o sea, de la suegra. No pude conocer punto por punto la conversación, que Laura no reprodujo en su totalidad por angustia, no sé si hacia mí o hacia su madre. Lo único que saqué en claro es que Ana le había dicho que reconsiderara la decisión de vivir conmigo; que no sufriera por el piso, que se lo quedara ella, que lo había discutido con Pedro y los dos estaban de acuerdo. «Pero ¿por qué?», le pregunté indignado por aquella ingerencia de Ana. «Dice que no me convienes», me respondió.

No necesité, claro, que me explicara por qué no le parecía el hombre idóneo para su hija. Demasiado poco para ella, debía de pensar la señora profesora universitaria. Un tío que no había acabado la carrera de arquitectura... Como si el título de estudios superiores fuera algo del otro mundo. Al fin y al cabo, si no lo obtuve, fue porque no quise hacer el proyecto de final de carrera. No me interesaba. Entonces ya me había decantado por otra cuestión.

Le dije a Laura que lo dejara en mis manos. Y hablé con Ana. Le dije que no volviera a meterse entre Laura y yo, que si su objetivo era separarnos no lo conseguiría. Que ella se mantuviera en su lugar y yo me mantendría en el mío.

Desde aquel día, y te hablo de hace unos ocho años, ha sabido comportarse. Ha metido poco la nariz en nuestra pareja y, por si acaso, yo me encargaba de tirar de Laura hacia mí y de hacerle ver todos los aspectos negativos de su madre. Nos hemos relacionado poco con la familia política, pero me parece que ha sido mejor así. Diría que incluso Ana me aprecia ahora más que antes, o al menos ya no se dedicaba a hablarle mal de mí a Laura.

Tal vez por eso, este verano, cuando Ana organizó un almuerzo familiar a mediados de agosto, osé pedirle un favor, delicado pero indispensable. Había llegado mi gran oportunidad. Se me presentó a finales de julio. Miguel me avisó de que, a principios de septiembre, en la empresa habría cambios en el accionariado y que era el momento de tomar el control. Entonces yo pasaría a ser el director adjunto porque él sería el director general. Los planes de relanzamiento que habíamos soñado para Hermanos Prado los teníamos muy cerca. Y también, claro, nuestro propio futuro, tantas veces imaginado. Solamente hacía falta el dinero para comprar el paquete de acciones. Mucho dinero. Miguel me dijo que el total de acciones que se vendían ascendía a un millón setecientos mil euros; que él pondría el millón y que yo me hiciera cargo del resto.

Setecientos mil euros son una enormidad. Me quedé unos días perplejo, sin saber cómo lo resolvería, porque ni Laura ni yo disponíamos de aquella suma y, al revés, debíamos mucho dinero al banco, porque, como debes de haber supuesto, éste no es el piso de la abuela, sino uno mucho mejor, y también hay... había los dos coches, etcétera... Pero, de repente, se me ocurrió una solución. Antes de morir, Pedro había comunicado a sus hijas que habían puesto el piso y la casa de la playa a nombre de Ana, pero que tuvieran bien presente que, cuando faltara Ana, serían para ellas: la mitad para cada una. De modo que, sin que Laura ni Raquel lo supieran, le hablé — con un tacto exquisito, te lo aseguro — explicándole que se me había presentado una ocasión de aquellas de «ahora o nunca» y le pregunté si le iba bien dejarme el dinero. Cuando oyó el importe se quedó patitisa, como me había pasado a mí, hay que reconocerlo. Me preguntó si me había vuelto loco y que de dónde pensaba que podía sacar tanto dinero. Le sugerí que pidiera al banco los setecientos mil euros en una hipoteca sobre su piso. Su piso vale ahora una fortuna. Le aseguré que más adelante, si todo iba bien, se lo restituiría y todo continuaría igual que entonces y que si, cosa muy improbable, el negocio no salía bien, podría considerar el préstamo a cuenta de la futura herencia. Eso último se lo comenté de manera poco explícita y, a pesar de todo, diría que lo entendió. Pero no quiso oír hablar de ello. Me preguntó si Laura estaba al corriente, y le dije que no. Educadamente, pero con una acritud que no se encargaba de disimular, me hizo saber que no estaba dispuesta a arriesgar, por un negocio incierto, el piso donde

vivía... «Incierto sobre todo viniendo de ti», añadió. Y entonces, por la cara que ponía, me di cuenta de que nunca había dejado de odiarme, que yo no era el hombre que deseaba junto a su hija. Y le contesté que no me importaba, que ya lo solucionaría de alguna otra manera, que de eso podía estar bien segura.

Y pronto se me presentó otra oportunidad. Teníamos un espejo oriental que Pedro le había regalado a Laura antes de morir y que, contrariamente a lo que imaginábamos, resultó muy valioso. Por azar, Miguel lo había visto una noche que vino a cenar a casa y le había querido hacer un peritaje porque Laura se mostraba escéptica respecto a su valor económico. Miguel lo envió a unos especialistas alemanes y, pocos días después de mi fiasco financiero con Ana, nos lo vino a devolver a casa con la noticia de que estaba valorado en novecientos mil euros. En cuanto se fue, le pedí a Laura que lo vendiéramos, que necesitaba ese dinero: el traspaso de las acciones tendría lugar el 7 de septiembre y ya estábamos a 30 de agosto. No podíamos perder tiempo. Pero Laura se negaba. Todavía hoy no lo entiendo. Ella siempre estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por mí. «Si me quisieras no te pondrías de culo», le dije, sin ningún éxito. Laura, que en los últimos meses se había vuelto tozuda, me contestó que no se desprendería de aquella reliquia familiar, que habría sido una traición. Y, por primera vez en toda la vida en común, rehusó hacerme feliz. Creí que en aquella maniobra desacostumbrada tal vez estaba la mano de Ana.

Me dolió, pero lo comprendí, de modo que me dediqué a buscar otra vía. Y tuve éxito. De hecho, no entendía por qué no lo había pensando antes, ya que era, tal vez, la solución más obvia. Podía dejarme aquella cantidad mi mejor amigo. Mi amigo siempre ha demostrado una confianza total en mí. Por eso siempre insiste en que el día que vuele los dejaré a todos boquiabiertos. Él, un hombre sin pareja ni criaturas, con fortuna familiar y que se gana muy bien la vida, seguro que no tendría ninguna dificultad para reunir una suma como ésa y, además, entendería bien lo que representaba para mí y para mi desarrollo profesional. Y así fue: me hizo el préstamo. Yo le firmé un pagaré y acordamos unos plazos de devolución que a él le convenían y a mí también.

Y aquí me tienes habiendo alcanzado mi objetivo. Por eso no me importa tener que dedicar mucho más tiempo del que es aconsejable a la empresa. Ahora se puede decir que es mía. Mía y de Miguel.

Y te debes de preguntar por qué te explico esta historia. La razón es muy simple: quiero que estés prevenida cuando hables con Ana, que sé que lo harás. Como ella no me soporta, tengo la convicción de que te llenará la cabeza de

historias extrañas. No creas nada de lo que te diga.

—Perdona —dijo B́asil mientras sacaba el ḿovil del bolsillo de atŕas de los vaqueros. Respondió—: Dime, Miguel.

Yo le observaba hablar con su jefe y lo veía genuinamente convencido y satisfecho de su propia importancia. No podía dejar de pensar en todo lo que me acababa de contar y en su interés por ponerme en guardia contra Ana. Tal vez ella no le tenía simpatía a su yerno —aún tenía que comprobarlo—, pero saltaba a la vista que él no soportaba a la suegra. En cualquier caso, sus interpretaciones todavía me provocaban más ganas de hablar con Ana y juzgar por mí misma aquella relación tan agria.

—Sí, ahora mismo —decía B́asil—. No tardaré ni cinco minutos. Dame tiempo para encender el ordenador.

Cortó la llamada y me miró. Pensé que lo aprovecharía para echarme, pero me equivoqué.

—Tengo que enviarle unos datos a Miguel. Ya ves que ni los śabados me deja en paz.

Hice un gesto dando a entender que me hacía cargo.

—No creo que tarde más de media hora en revisar el documento y hacérselo llegar a Miguel. ¿Qué te parece si, mientras lo hago, tú miras los armarios de Laura? Me gustaría mucho que te quedaras con algunas de sus cosas...

—Me parece una gran idea. ¿Me indicas dónde están?

Caminamos por un pasillo: yo delante y él detrás. Me incomodaba sentir sus ojos repasándome el cuerpo. Confirmé mis sospechas cuando me dijo:

—Tu cuerpo es más atlético que el de ella, pero de dimensiones similares. Vigilaba mucho para no engordar, ¿sabes? Tenía mucha manía con eso.

Entonces recordé lo que me había contado Raquel: parecía que la obsesión era más de él que de ella.

Llegamos a una puerta que daba a un distribuidor con tres puertas más: una se abría al dormitorio, la segunda, al baño, y la tercera, a un vestidor que más que

un vestidor parecía una tienda de moda muy bien surtida.

—Aquí te dejo. Como puedes ver, ésa era la parte de Laura y ésta es la mía —dijo él con una de sus sonrisas paradójicamente tímidas—. Si me necesitas, sólo tienes que asomar la cabeza al pasillo y llamarme; estaré en mi estudio, aquí al lado.

Los estantes y las perchas de Laura ocupaban dos de las paredes en ángulo recto y contenían tanta ropa, zapatos, botas, bolsos y complementos como si en el piso vivieran siete u ocho Lauras. Aquella exuberancia me resultaba difícil de encajar con la personalidad de mi amiga.

La angustia que me provocaba revolver en sus cosas íntimas quedó suavizada por el hecho de que no sentía que todas aquellas pertenencias fueran suyas.

Metí la cabeza entre las perchas y me sorprendió otra vez lo que vi: el vestuario parecía corresponder a dos personas muy diferentes. Unas piezas eran informales o clásicas, pero sin complicaciones, como las que, en mi recuerdo, acostumbraba a llevar Laura. Las otras, en cambio, no tenían nada que ver con ella. Vestidos tan ajustados que, a la fuerza, debían de cortarles el aliento, y también a quien la contemplara. Faldas mínimas que no llegarían a ocultar la ropa interior. Camisetas de escotes hiperbólicos. Colores de sangre: rojos, naranjas, fucsias, intensos y brillantes... Tejidos transparentes o de malla muy abierta...

Gran parte de lo que había colgado parecía hecho para mostrar y poner el cuerpo de relieve, más que para abrigarlo, protegerlo o adornarlo.

Cogí un corpiño de terciopelo, negro, bordado, y me lo coloqué sobre el torso. Efectivamente, como había imaginado, incluso una parte de los pezones quedaba fuera de la tela.

No tenía nada contra esa indumentaria, pero no encajaba en absoluto con mi manera de vestir. Ni con la de Laura, por otra parte. ¿O a Laura le iba aquella estética provocativa y vulgar pero sólo la exhibía de puertas hacia adentro? No sabía qué pensar. Nunca me había dicho nada.

Me agaché para observar el calzado, que presentaba la misma división: zapatos de una normalidad casi aburrida al lado de otros de tacones imposibles y plataformas vertiginosas.

Cogí un par de botas de charol rojo que debían de llegar por encima de la

rodilla. Estaban dentro de la línea canalla que yo nunca hubiera elegido para mí, pero decidí que me las quedaría. Estaba segura de que, al menos una vez al año, me apetecería disfrazarme con aquello.

Me senté en una banqueta del vestidor para quitarme las sandalias y probármelas. Conseguí meter el pie con muchas dificultades y subí la cremallera. No entendía por qué la caña me iba bien pero el pie me quedaba excesivamente comprimido.

Me levanté para mirarme en el espejo de cuerpo entero que tapizaba la puerta del vestidor. Tal vez aquellas botas desafiantes no acababan de encajar con mi faldilla vaquera y, además, eran un tanto groseras, pero habría estado dispuesta a llevármelas si no hubiera sido por el daño que me hacían. Los dedos de los pies me quedaban completamente encogidos y el dolor era demasiado intenso.

Tuve que sentarme enseguida.

Me las volví a quitar, convencida de que había dejado dentro algún protector de los que se usan para que no se deforme el calzado. Sólo así se entendía que me fueran tan justas, porque Laura y yo siempre habíamos usado el mismo número.

Dentro, sin embargo, no había nada. Di la vuelta a una para comprobar la cifra marcada en la suela: dos números menos que los que yo usaba y los que, estaba segura, usaba Laura. O sea, que aquellas botas no las había estrenado. O sí, si tenía que fiarme por la suela, que no se veía impecable. Quién sabe si aquello no indicaba que alguien se las había dado después de utilizarlas y ella las había guardado en el armario sin poder usarlas.

Me agaché otra vez para continuar mirando zapatos: unos dorados que parecían rapiñados a alguna actriz de cabaret; otros con el tacón de más de ocho centímetros plateado; chinelas de raso, rosas, como de mantenida de finales del xix; topolinos con la punta abierta y decorados con piedras brillantes... El caso es que, al ponerlos boca abajo, todos daban la misma información: dos números menos que el que Laura siempre había calzado. ¿Qué significado tenía? No creía que un pie se pudiera encoger con los años, tampoco que tuviera nada que ver con la cirugía estética... Entonces, la única, estúpida e incomprensible razón era que Laura se compraba los zapatos dos números más pequeños porque le daba la gana. Pero ¿por qué se torturaba de aquella manera? ¿Lo pasaba bien sintiendo dolor?

Descartados los zapatos y considerando que había muy poca ropa que yo me

viera capaz de ponerme, seleccioné un abrigo de paño negro. Cuando me lo probé, una ráfaga del olor de Laura me inundó la nariz y la añoranza me golpeó el pecho. Enterré la nariz en el cuello del abrigo y aspiré con avidez las huellas olfativas. Después, procurando mantener la ropa lejos de mi nariz para no caer en una crisis nostálgica, continué la selección: un jersey de cuello alto y grueso, dos camisetas de manga corta y una falda de verano.

Me detuve pensando si no estaría exagerando.

Después me dije a mí misma que no, que la expoliación ni se notaba en aquella especie de cueva de Alí Babá del prêt-à-porter, y cogí también una pashmina de cachemira marrón chocolate, unos pendientes de bisutería fina y un bolso de ante marrón.

Me sentía contenta por lo que había elegido; me daba la sensación de que, de verdad, me llevaba una parte de Laura conmigo. Entonces era consciente de que necesitaba salir pronto de aquella habitación. Algo del lugar —tal vez el montón de zapatos demasiado pequeños o los vestidos de puta, no lo habría podido precisar— me desasosegaba.

Salí al pasillo con los trofeos en el brazo y llamé a Basil, que en seguida se hizo notar:

—Estoy aquí. Ya termino. Espérame en la terraza.

Antes, pasé por la cocina para intentar encontrar bolsas de plástico en las que llevármelo todo más fácilmente. No me costó nada adivinar dónde estaban.

Cuando Basil apareció en la terraza, yo ya había decidido que no le preguntaría nada de los zapatos enanos ni de la ropa de ramera. Me había dado cuenta de que aquel hombre me provocaba el mismo efecto que el vestidor. A pesar de la claridad de su sonrisa, la timidez de sus miradas y la franqueza de sus hombros, había en él una parte oscura que no me inspiraba confianza.

—¿Estás segura de que no quieres nada más? —preguntó haciendo un gesto hacia las dos bolsas de plástico que había dejado junto a la silla.

—Segura. Tengo lo que quería. ¿Te lo enseño?

—No. Lo que hayas cogido me parecerá bien —me dijo con un gesto cansado. Después se restregó los ojos y murmuró—: ¿Dónde estábamos cuando ha llamado

Miguel? ¡Ah, sí!

El 23 de septiembre, cuando Laura me dijo que desde hacía unos días sabía que su proyecto no había ganado el concurso de remodelación del Museo Nacional, le dije que yo también tenía una noticia que darle. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de invitarla a cenar. Una salida para consolarla por lo que ella debía vivir como un fracaso y, de paso, explicarle mi éxito y celebrarlo.

Porque, estaba seguro, para Laura debía de ser frustrante no haber ganado el concurso público. Un concurso al que yo nunca la animé a presentarse, a decir verdad. Recuerdo que aquella manía empezó en Navidad. Yo —ya te lo he dicho antes— no me sentía muy feliz teniendo a Ana en casa, pero durante las vacaciones siempre hacía una excepción. Y justamente fue Ana quien, ojeando una revista profesional de arquitectura para ver una obra de Laura, dio el grito de alerta. «Fíjate, Laura. Se convoca un concurso para la remodelación del MNAC». Antes de que Laura se acercara a la revista, le hice notar a Ana que si alguien tenía experiencia en museos era yo, que desde Hermanos Prado me había ocupado de decorar algunas salas de exposiciones itinerantes. «No es lo mismo», me respondió sin ni siquiera mirarme. «Esto es trabajo para una arquitecta y no para un decorador». Y se levantó para darle la revista a Laura. Observé cómo la leía y me di cuenta de que mostraba cierto interés, pero no me inquieté. Hablaría con ella por la noche. Remodelar el Museo Nacional era un cometido por encima de sus fuerzas, cada vez más escasas, y por eso era una idea tonta que no era preciso valorar ni un segundo. Efectivamente, por la noche, ella y yo, solos, lo comentamos con tranquilidad. Como siempre, yo era consciente de lo que ella deseaba antes, incluso, de que ella misma lo supiera. Siempre le decía: «Tu boca dice no, pero tus ojos me dicen que sí». Y ella podía tardar más o menos en admitirlo, pero al final me acababa dando la razón. Aquella noche no tuve que insistir ni pizca. Ella sola lo desestimó bastante rápidamente. E, igual que otras veces, acabó agradeciéndome el apoyo.

Por eso no entendí que unos días más tarde hubiera cambiado de opinión y estuviera resuelta a optar al concurso público. Y cuando digo resuelta quiero decir exactamente eso, que había puesto la directa de tal modo que no atendió a ninguna de mis objeciones. Es más, ni siquiera estaba dispuesta a escucharme. La vi tan determinada a continuar adelante con aquel disparate, que me pareció que la única manera de ayudarla no era hacerla desistir, sino diseñar una estrategia que la sostuviera hasta el final. Y es que no sé si te habías dado cuenta de que Laura cada vez tenía menos fuerzas para alcanzar los objetivos que se proponía. Era pusilánime, dudaba constantemente de ella misma, tenía una gran inseguridad, no se creía capaz de gran cosa. Y, con la idea de ayudarla, hablé con el psiquiatra. Él consideró

que valía la pena animarla y, en especial, que pudiera contar con mi ayuda profesional, ya que, como te he dicho, conozco bastante bien los patronatos de los museos y las manías del personal de dirección cuando se tiene que hacer alguna exposición itinerante y, por otra parte, mis conocimientos de arquitectura me permitían echarle una mano.

¡Entendámonos! No quiero decir que las ideas que se reflejaban en el proyecto, cuando lo acabó, no fueran de ella. Lo eran, claro está. Pero había muchos toques míos y, especialmente, había grandes dosis de confianza administradas por mí que ella había ido absorbiendo con avidez. Y a pesar de ello, dos días antes de que se cerrara el plazo para presentar los papeles al concurso, hablé con Sergio, su socio, para que la convenciera de no hacerlo. Sergio se negó. Me dijo que el proyecto era extraño pero muy interesante y que Laura había trabajado mucho para decirle, sin ninguna razón, que renunciara.

¿Sabes por qué no quería que los papeles llegaran a buen puerto? Precisamente para evitarle el desengaño si, como pasó, no resultaba ganadora.

Sergio nunca ha sido un amigo de fiar. Y no me sorprendió que me dijera que no. En cambio, encontré que abusaba de mi paciencia la noche de la verbena de San Juan. Habíamos organizado una cena en casa con dos parejas más: Miguel y su mujer y Sergio y la suya. En el momento en que la conversación, que giraba alrededor del espejo japonés recién descubierto por Miguel en nuestro baño, comenzó a decaer, Sergio no tuvo otra idea que brindar por el éxito del proyecto de Laura. Toda una provocación hacia mí. ¿O no? Me habría gustado desintegrarlo.

Laura no pasó un verano muy comunicativo. Se la veía ensimismada. Si le preguntaba qué le pasaba, me decía que nada. Yo sé, sin embargo, que tenía alguna preocupación. Y estoy convencido de que estaba relacionada con la maldita remodelación del MNAC. Cuando más nerviosa la noté fue a principios de septiembre. Creo que ya no podía contener el temor a que le tumbaran el proyecto. Por eso, pronosticando un final desastroso, le pedí al psiquiatra que le hiciera una visita adicional.

Por todo lo que te he explicado, cuando Laura me notificó que su proyecto no había ganado el concurso, ya di por descontado que, a pesar de que hacía un esfuerzo por controlarse, estaba con la moral bajo mínimos. Como decía antes, para consolarla y explicarle mi ascenso dentro de la empresa, la invité a cenar aquella noche, la misma en la que después tendría aquel estúpido accidente.

Quedamos en encontrarnos directamente en uno de sus restaurantes preferidos. A las nueve en punto estábamos los dos.

Mientras Básil me había ido explicando la historia, yo no había podido dejar de pensar en su parte oscura. Cuanto más lo miraba y lo escuchaba, más me daba cuenta de que una parte de su personalidad quedaba en la sombra. Un Básil que no era visible, pero que yo intuía cada vez con más claridad. ¿Por qué me había mentido diciéndome que él y Laura tenían planes para llevar a cabo conmigo? Laura me había comentado lo contrario, y Sergio opinaba que Básil seguramente había vivido mi venida como un palo en la rueda. Otra cuestión poco nítida: oyéndolo a él, creías que la obsesión por controlar la báscula era de Laura, pero si escuchabas a Raquel, la manía se repartía a partes iguales entre la pareja. Y aún más: ¿qué había que pensar del hecho de que insistiese en que para obtener el título de arquitecto sólo habría necesitado acabar el proyecto de final de carrera cuando, según Sergio, no pasó ni siquiera de segundo curso? Y por último, esa Laura que él pintaba, sin energía y con la autoestima por debajo del nivel de flotación, ¿de dónde salía?

Cuanto más rato pasaba sentada al lado de aquel individuo, más algo de él me desagradaba profundamente. Quizás fue aquella ligera irritación la que me hizo comentar, con un tono menos amable del que habría sido educado, que aquélla tenía la pinta de haber sido una cena un poco extravagante.

—¿Extravagante? No te entiendo —me respondió, con una frialdad repentina.

—Quiero decir que parece extraño que la misma comida sirviera para darle ánimos y, a la vez, para dar cuentas de tus aciertos. Es un tanto cruel, ¿no crees?

Lo pensaba de verdad. Me parecía que si alguna vez Derek me hubiera invitado a cenar con dos objetivos tan contrapuestos, lo habría enviado a freír espárragos.

Básil se encogió de hombros como si pensara que no valía la pena perder tiempo con una mujer tan obtusa. Después, con el gesto recompuesto pero con frialdad, dijo:

—Pues ella no parecía tener la misma opinión que tú, porque estaba encantada con la invitación. Por suerte, todavía hay muchas mujeres así.

Tuve que encajar el directo en mi personalidad, por lo que parecía, nada

conveniente en una mujer desde el punto de vista de B́asil.

—¿Y tuvo ganas de cenar?

—Claro que sí. Todavía puedo decirte qué eligió de primero, de segundo y de postre. Y que también pedimos su vino preferido.

—No está mal...

—No. No está nada mal. Y ella parecía estar muy bien. Quiero decir que mi triunfo en Hermanos Prado la hacía sentirse orgullosa de mí. Eso es lo que me dijo. Ya puedes ver que no todo el mundo reacciona como tú. Laura era muy generosa.

Encajé el segundo puñetazo. Laura magnánima y no como yo, mezquina.

—De modo que, a pesar de que estaba en baja forma por no haber conseguido su propósito, fue capaz de pasarlo bien, como otras veces, cenando conmigo. Estaba contenta.

Y yo no sabía por qué, pero tenía la impresión de que B́asil no decía la verdad. O, al menos, no toda la verdad.

—Y si estaba de buen humor, ¿qué la impulsó a irse a conducir por las curvas de Garraf?

B́asil juntó las palmas de las manos y se tocó el labio con los dos índices.

—No deformes las cosas. Yo no he dicho que estuviera de buen humor; he dicho que estaba contenta. Y lo estaba porque se alegraba de que yo hubiera conseguido mi propósito en Hermanos Prado. Pero, a pesar de todo, ella arrastraba un desánimo importante por culpa de que no hubieran seleccionado su propuesta para la remodelación del MNAC. Por esta razón no me sorprendió cuando, al acabar, me dijo que quería ir a dar una vuelta con el coche ella sola.

—¿No te hizo sufrir ni por un momento?

—No veo por qué. Se la veía preocupada pero serena. Y circular a altas horas de la noche en el coche encajaba con exactitud con su conducta habitual.

—¿Y por qué no la acompañaste?

—Porque quería estar sola.

Básil me miraba con ferocidad, no sé si porque me consideraba una indiscreta o una tonta.

—¿No puedes entender que lo deseara?

Sí. Efectivamente, lo comprendía bien, porque yo misma había sentido esta necesidad cuando vivía con Derek. Lo que no me entraba en la cabeza era que él, advirtiendo el estado emocional en que se encontraba, la dejara marchar.

—Además —añadió Básil—, Nía estaba sola en casa. Uno de los dos tenía que volver.

¿Nía? ¿De qué me sonaba aquel nombre? Daba vueltas en mi memoria, pero no podía recordar cuándo lo había oído.

—Nía estaba de exámenes y nos había dicho que no quería retirarse tarde. Le habíamos prometido que volveríamos alrededor de la una.

Nía era la canguro, claro. Y yo había visto aquel nombre en la agenda de Laura. Si no recordaba mal, el día 23 de septiembre tenía apuntado: «Llamar a Nía».

—Laura se despidió diciendo que no volvería demasiado tarde, pero que no la esperara levantado. Y yo me fui a casa. Debí de llegar hacia la una. Nía me dio el parte de Álex, le pagué las horas, llamamos a un taxi, que tardó un buen cuarto de hora, y creo que hacia la una y media se fue. Me tomé una última copa, un whisky de malta, y a las dos me metí en la cama. No me desperté hasta que la policía me llamó a las ocho de la mañana del día siguiente para avisarme del accidente. Cuando pude reaccionar y entender lo que había pasado, me di cuenta de que, justo cuando yo me metía en la cama, Laura se desnucaba.

A pesar de la tensión que se había instalado entre Básil y yo, no quise irme de ese piso, donde entonces pensaba que no volvería a entrar, sin darme el gusto de ver el espejo japonés. Me pareció que se lo debía a Laura.

—Pues lo siento, pero no te lo puedo enseñar —respondió Básil con una voz que intentaba recuperar la complicidad de horas atrás, sin conseguirlo.

Antes de que pudiera decir algo, me ofreció una explicación:

—Se está restaurando. No sé si te dije que Miguel lo había enviado a peritar a Alemania y, a pesar del cuidado que tuvieron durante el transporte, una de las bisagras se torció un poco, de manera que lo he llevado a Hermanos Prado para que lo restauren. En la empresa hay profesionales de primera.

Lancé un dardo:

—Y cuando le propusiste a Laura vender el espejo, ¿no se enojó contigo? ¿No os peleasteis?

—¿Una pelea? Laura y yo apenas nos peleábamos. Bueno, puede que alguna vez... pero no era frecuente.

Después de aquella respuesta, supe que allí ya no tenía nada que hacer.

Me despedí de Basil, pidiéndole que le diera un beso de mi parte a Alex.

—Se lo daré cuando regrese de casa de su abuela. Ahora está con Raquel. Se quedará allí todavía unos días, porque la semana próxima yo estaré de viaje.

Cuando terminó de pronunciar el nombre de Raquel, me di cuenta de que lo había hecho por primera vez en toda la tarde. No resultaba comprensible que en ningún momento hubiera hablado de ella ni siquiera para citarla como una de las invitadas presentes en la verbena de San Juan. ¿Podía ser que se sintiera incómodo porque había tenido con ella un desliz que ahora le pesaba? ¿O el hecho de no referirse nunca a ella significaba que no tenía el más mínimo peso en su vida?

Que no hubiera nombrado a Raquel y, sobre todo, que negara sus riñas de pareja acentuaban la sombra de su parte oscura.

En cuanto llegué a casa, revisé la agenda de Laura. Sólo pretendía comprobar si el 30 de agosto, día en que Basil le había sugerido vender el espejo, Laura había anotado «Guantánamo».

Sí. Lo había hecho.

Decidí entrar a leer algunos de los documentos aún sin abrir de la carpeta «Espejos». Además del que tenía el rótulo «Primates», había otros con títulos como «Espejos deformantes», «Durerero», «Amplificación de la luz», «Espejo roto», «Captotromancia», «Feng Shui», «Mal de ojo», «Espejismos»...

Abrí en primer lugar el de Durero. Hablaba de una pintura de Durero, en la que una chica pretende admirarse en un espejo pero sólo ve reflejado un culo, el del demonio. Laura había anotado que en la edad media, los espejos eran considerados síntomas de la vanidad y se los conocía como «culos del diablo».

Repasé la agenda de Laura para intentar descubrir si alguna de las anotaciones en rojo podía estar relacionada con la presunción, pero no lo supe ver.

Entré en el documento de los espejos deformantes. Decía: «Para que un espejo refleje la imagen con fidelidad, debe estar bien pulido y ser muy plano. Los espejos cóncavos y los convexos deforman la imagen. Los cóncavos producen una figura aplastada y gruesa. Los convexos, en cambio, dan una figura estirada y escuálida. En realidad, en el siglo xv se consideraba que los espejos cóncavos, que concentraban los rayos del sol, simbolizaban la espiritualidad; en cambio los convexos, que dispersaban los rayos, representaban la disipación, la ilusión y la vanidad. Massimo Bontempelli tiene un cuento, *La mujer de mis sueños*, en el que el protagonista se separa de su novia después de haber estado con ella en un parque de atracciones y haberse contemplado en unos espejos deformantes. Luego ya nunca puede volver a recordar la imagen de la mujer sin distorsiones, por lo que ya no se molesta en reunirse con ella de nuevo. ¿Y qué pasa cuando una persona se da cuenta de que lo que ve con los ojos y lo que ve con el corazón son imágenes que no coinciden? ¿Cuáles deben prevalecer y cuáles son las reales: las deformadas o las otras? Es decir, ¿cómo era verdaderamente la mujer de sus sueños: tal como aparecía en la realidad o como la veía él en el espejo?».

No necesitaba buscar en la agenda para saber a qué anotación correspondía aquel documento. Era Bontempelli, claro, situado en la noche de la verbena de San Juan. Me veía incapaz de saber por qué. No tenía ni la más mínima idea de lo que Laura había querido decir con aquello.

Después entré en el documento titulado «Amplificación de la luz». Decía: «En el siglo xiii, la ciencia óptica era la más desarrollada; se inició con el estudio de la luz, tanto para la reflexión como para la refracción. En la *Divina Comedia*, Dante, basándose en la óptica, explica un experimento con tres espejos, los cuales, a pesar de que la luz que hay al final del camino —el conocimiento— es tenue, la reflejan juntos y la amplifican. Esta idea de Dante recuerda a otra de Edison, según una película, *El joven Edison*, dirigida por Norman Taurog. Edison se encuentra presente en una urgencia médica. Se debe operar a una persona que, en caso contrario, morirá. El problema más grave es que la luz es escasa. Edison lo resuelve a partir de la única luz de que disponen y de un ingenioso juego de espejos que reflejan unos

en otros los rayos lumínicos y los multiplican de tal modo que hacen posible la intervención quirúrgica. Yo también estoy de acuerdo: la luz reflejada en un espejo equivale a “conocimiento”».

Aquel texto me recordó un mensaje electrónico de los que Laura me había mandado durante mis últimos días en Palo Alto y que yo había leído no hacía mucho. Lo busqué. Era del 2 de septiembre. Lo volví a leer: «Ya sé que me dijiste que en el mes de septiembre no me tomara la molestia de escribirte, que ignorarías el correo electrónico, que bastante trabajo tenías con dejarlo todo organizado para tu venida a Europa... A pesar de todo, no puedo resistirme decirte que me he mirado en el espejo oriental que tú tan bien debes recordar y ¡he visto la luz! Lo tengo claro, clarísimo. Te lo explicaré en cuanto llegues».

Repasé la agenda. El día 1 de septiembre había anotado Elvira Bermejo y, más tarde, en rojo, Edison. De modo que, tal vez, se podía establecer esta secuencia temporal: visita el día 1 a la tal Elvira Bermejo, anotación «Edison» el mismo 1 y, finalmente, el día 2 me había enviado el mensaje donde me explicaba que había visto la luz. Es decir, jugaba con la metáfora que hacía referencia a Edison y a Dante. La cuestión era: ¿qué luz había visto?

Todavía abrí otro de los documentos: «Espejo roto». Tal como había pensado, hacía referencia a la novela de Rodoreda. Pero, además, había añadido: «Mi espejo también se ha roto, y mi identidad se ha fragmentado. ¿Quién soy?».

Lo dejé estar. No abrí ningún otro documento.

Era evidente que los espejos apasionaban a Laura, pero, además, estaba segura de que muchos de aquellos documentos tenían relación con ella, con su vida y sus problemas. El caso era saber cómo.

Me restregué los ojos. Me daba la sensación de que tenía un montón de piezas de un puzle en las manos, pero que no sabía montarlo.

Cerré la carpeta de los espejos y entré en mi correo electrónico. Entre otros mensajes, había uno del doctor Aracil que me daba la dirección electrónica de E., un represaliado de la dictadura chilena con quien, según él, me iría bien tener un intercambio de cara a mi trabajo de investigación.

Mandé un mensaje a E. pidiéndole una cita.

Necesitaba ver y tocar el espejo. Lo recordaba, pero sólo vagamente. Durante los años que pasé en casa de los Bellido lo vi a menudo, siempre que entraba en el baño, porque estaba colgado debajo del botiquín. Y también lo había tenido en las manos muchas veces, cuando Laura quería que jugásemos a mirarnos en él desde diferentes perspectivas. Pero no lo habría podido describir. O la descripción que habría hecho, la que guardaba en la memoria, habría resultado muy alejada de la realidad.

El caso es que tanto oír hablar de él me había provocado unas ganas locas de verlo. Y tenía que hacerlo mientras todavía lo estaban restaurando en Hermanos Prado, porque —estaba segura— cuando volviera a su domicilio habitual, no tendría ninguna oportunidad. Sabía que la fachada amistosa de Básil se había derrumbado y que ya no me invitaría de nuevo a su casa. Tenía que aprovechar, pues, que él estaba de viaje e intentar convencer a su jefe para que me lo mostrara.

Busqué la dirección de Hermanos Prado en el callejero. Como era previsible, la sede de la sociedad estaba situada en uno de los paseos más emblemáticos del lujo y del glamour. Decidí ir sin pedir una cita previa que pudiera alertar a Básil y lo llevara a hacer alguna maniobra para impedírmelo.

Me puse un traje-pantalón de lino y unos zapatos italianos nuevos para hacerme pasar, al menos a primera vista, por una supuesta compradora. Me recogí el pelo en un moño con unas cuantas pinzas y me puse unos pendientes de oro que habían sido de mi madre. El espejo de cuerpo entero me devolvió una versión bastante buena de la clienta rica. Sólo me faltaba un collar de perlas que, desgraciadamente, no tenía.

Hermanos Prado ocupaba los bajos, el entresuelo y el primer piso de un edificio modernista. No parecía un comercio de antigüedades, sino un palacio con los objetos y los muebles bien distribuidos. Al fondo de la planta baja moría una escalera interior de madera, amplia, con un pasamano muy trabajado, que comunicaba los tres pisos. Era una escalera apropiada para una película de Hollywood en la que Rita Hayworth podría bajar vestida de raso, con guantes largos hasta los codos, fumando indolentemente con una boquilla.

El recepcionista no era nada indolente y me atendió en seguida. Le dije que

quería ver al señor Gutiérrez —re-cordaba con precisión que Básil al nombrarlo había hablado de Miguel Gutiérrez— y no se sorprendió. Deduje que el disfraz de vida próspera había resultado convincente.

Me hizo pasar a una salita interior decorada con muebles isabelinos.

—Siéntese un momento, por favor; lo avisaré.

En aquel momento pensé que había sido una ingenua al presentarme sin haber llamado. Era muy lógico que el director general de una empresa como aquélla tuviera una agenda saturada y no recibiera a cualquiera. Mientras esperaba, intenté urdir alguna excusa irrefutable para persuadirlo de que lo hiciera. Pero no se me ocurrió ninguna.

Me levanté de la récamier donde me había dejado instalada el recepcionista y paseé por la salita. Colgados en la pared, había títulos enmarcados. Como si estuviera en el despacho de un médico, me dije. Me acerqué a leerlos. Había algunos de Miguel Gutiérrez, uno de Básil Romeu y otros correspondientes a gente desconocida para mí. También había algunos artículos de revistas y periódicos acompañados de fotografías.

Tuve una sorpresa mayúscula cuando identifiqué en una de las imágenes al hombre que había estado sentado no muy lejos de mí durante el funeral de Laura. ¡Era el tipo vestido de comercial de grandes almacenes! El mismo Miguel Gutiérrez. No me habría imaginado nunca que el director de Hermanos Prado tuviera aquella pinta.

Fue reconocerlo y conseguir apañar un pretexto para verlo.

Me senté. En aquel instante apareció el recepcionista.

—Perdone, el señor Gutiérrez me pregunta de qué asunto se trata.

—Dígale, por favor, que soy la mejor amiga de Laura, la mujer del señor Romeu, y que estoy aquí para hacerle unas preguntas referentes a un espejo japonés que tal vez herede yo.

Si aquel cuento no le generaba ganas de descubrir de qué iba aquella historia, me habría quedado sin recursos y tendría que reclamarle una entrevista formal.

El recepcionista, muy en consonancia con los muebles señoriales, hizo una

breve inclinación con la cabeza para decirme que sí y desapareció. Tardó lo suficiente en volver como para que me imaginara que el señor Gutiérrez, o quien actuara de filtro, lo estaba despedazando.

Pero me equivoqué. Se presentó en la salita Miguel Gutiérrez en persona y, si debía juzgar por el gesto exasperado de las cejas, la curiosidad se lo comía vivo.

—Buenos días. Soy Miguel Gutiérrez. ¿Y usted es...?

O el recepcionista o él habían olvidado mi nombre. Me presenté.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

Le expliqué que sólo habíamos coincidido una vez y le dije dónde.

Entonces me dijo que estaríamos más cómodos en su despacho. Lo seguí por la escalera de Rita Hayworth. Pasamos por delante de su filtro, una rubia de mediana edad con aires eficientes que me fulminó con la mirada. Después entramos en una habitación de techo alto y molduras retorcidas, con un cierto toque pretencioso, como el de su amo.

Me hizo sentar en una de las butacas *art déco* y él lo hizo en la otra, del mismo lado de la mesa que yo.

—¿Nos podemos tutear? —preguntó y, después de que yo hubiera hecho un gesto afirmativo con la cabeza, añadió—: Tú dirás, pues.

Ahora que la tenía que explicar en primera persona, la mentira me parecía completamente estúpida, pero ya no podía echarme atrás.

—Resulta que la hermana de Laura me dijo que, previsiblemente, un espejo japonés, propiedad de los Bellido...

—Ahora era propiedad de los Romeu.

Me quedé unos instantes sin decir nada, observándolo. No había ninguna agresividad en su respuesta. Parecía más bien una simple precisión. Tenía aspecto de ser un hombre diligente. También de ser un triunfador, un tipo que siempre sabía muy bien qué quería y de qué manera obtenerlo.

Por fin le hice notar que el espejo era de Laura y que ella era Bellido.

—Romeu es Básil —acabé.

—Visto así... —admitió.

—Sabes de qué espejo hablo, ¿verdad?

—Perfectamente.

—Bien, pues hay posibilidades de que pase a mis manos.

Como noté que se le comenzaban a arquear las cejas otra vez, antes de que me pudiera plantear alguna pregunta de respuesta comprometida, fui al grano.

—Y ya que está aquí para ser restaurado, me gustaría verlo.

Ahora sí que las cejas se le subieron hasta el extremo superior de la frente.

—¿Y por qué te imaginas que está aquí?

—Porque me lo dijo Básil. Me explicó que durante el traslado para hacer un peritaje, una de las bisagras se había dañado y había que repararla. Aunque todavía no esté listo, me gustaría verlo.

—Lo siento, pero es imposible. Nosotros no lo tenemos. Debe de haber alguna confusión...

Ahora fueron mis cejas las que se desplazaron por la sorpresa.

—Y si no está aquí, ¿dónde está?

Se encogió de hombros.

—Ni idea. Yo creía que estaba en casa de Básil y Laura. Al menos allí estaba el último día que lo vi, justo cuando se lo fui a devolver, después de que una empresa alemana hiciera el peritaje. Desde entonces, no he vuelto a saber nada. Ahora bien, quizás Básil lo ha llevado a algún lugar para hacerlo revisar... No te lo podría decir.

Sospeché que Básil era aún menos de fiar de lo que había pensado y que, obviamente, no le había dado la gana de enseñarme aquella reliquia familiar. Al fin y al cabo, se lo había pedido cuando ya había empezado a declinar nuestro buen

entendimiento.

Miguel jugó con un abrecartas de plata. Se lo veía abstraído, lejos del despacho.

Intuí que trabajar con B́asil deb́a de resultar complicado, quiźas no a menudo, pero ś a veces. Disparé a ciegas:

—¿Puedo confiar en él o me jugará alguna mala pasada con ese espejo que, como te he dicho, puedo llegar a heredar?

Mis palabras accionaron alǵun resorte que hizo aterrizar a Miguel de sopetón en el presente. Y me explicó una historia.

Miguel conoció a B́asil a raíz de la selecci3n de personal realizada en Hermanos Prado. Necesitaba a alguien que pudiera dirigir el nuevo departamento que él mismo hab́a dise~ado. Sab́a muy bien c3mo teńa que ser aquella persona. De aspecto impecable. Eso lo teńa claro. Un vendedor de lo que fuera, y ḿs si era de objetos preciosos y de ideas caras de llevar a la pŕctica, teńa que dar el pego. Imprescindible tambi3n que tuviera ambici3n. S3lo una persona con ansias de llegar a una meta le convendŕa para sus prop3sitos. Escŕpulos... los justos. Miguel no queŕa tratos con personas muy aprensivas, que se arrugaban delante de seǵn qu3 operaciones a veces ineludibles en el mundo de los negocios. Hab́a tenido alguna mala experiencia que no deseaba repetir. De ninguna manera dejaŕa que los proyectos de expansi3n previstos para Hermanos Prado, y de rebote para él, se fueran a pique por culpa de alǵun tío o tía con moral de hermanita de la caridad.

Miguel en seguida consideró que, de todos los candidatos, B́asil era el que teńa ḿs futuro, incluso antes de conocer los resultados que hab́a obtenido en las pruebas t3cnicas. Pronto pudo constatar tambi3n que B́asil disfrutaba de todos los atributos que él hab́a enumerado como imprescindibles, e incluso de unos cuantos ḿs.

En cuanto B́asil entró en la sala de la mesa ovalada donde estaban reunidos Miguel y otros dos hombres de la empresa, se notó el hechizo de encantador de serpientes que destilaba. Ninguno de los tres directivos era homosexual —Miguel lo certificaba— y, no obstante, el ambiente se electrificó. Como si escucharan una ḿsica estimulante. Miguel era incapaz de decir si lo hab́a encontrado guapo. Él no era bueno juzgando el aspecto f́sico de alguien de su mismo sexo. Cosas de hombre, ¿qu3 se pod́a hacer? Si hubiera tenido a una mujer delante, ninǵn problema para

determinar si estaba buena o no. Pero ¿con un hombre? Demasiado difícil para Miguel. En cualquier caso, la llegada de B́asil a la sala causó impresi3n. Se sent3. Se quit3 el reloj y lo dej3 sobre la mesa para controlar mejor el tiempo. Sac3 una buena pluma del bolsillo interior de la americana. Sonri3 a los tres presentes con amplitud y franqueza. Y habl3. Hubiera dado igual lo que dijera, porque los ten3 a todos cautivados. Con el cuerpo y la actitud lo dec3a todo.

Y cuando empez3 a expresarse, a3n result3 mejor. Era tanta, tanta su habilidad con el lenguaje... Miguel conoc3 a poca gente que lo usara tan brillantemente y con tanta propiedad. Con exactitud, s3, pero tambi3n lo retorc3a hasta hacerlo dif3cil de reconocer. Usaba expresiones peregrinas. O bien usaba palabras habituales en contextos donde s3lo encajaban tangencialmente. Miguel se dio cuenta de que los otros dos directivos estaban un poco descolocados, como si en algunos momentos perdieran el sentido del discurso de B́asil y no osaran manifestarlo para no quedar en evidencia. Miguel fue consciente de que todos jugaban «al vestido nuevo del emperador». El emperador iba desnudo y nadie se atrev3 a se3alarlo por temor a quedar como un imb3cil. Excepto Miguel, que call3 porque le conven3a aquel juego. Aqu3l era el hombre, sin duda.

Adem3s, B́asil era un t3o decidido a conseguir, al precio que fuera, un estatus muy alto. S3lo bastaba ver la ropa que usaba, la marca de la pluma, del reloj... Miguel ya hab3a apostado por 3l y no le result3 dif3cil convencer a los otros dos directivos.

Cuando B́asil empez3 a trabajar en Hermanos Prado, Miguel se sint3 un poco decepcionado por lo que se refer3a a sus conocimientos profesionales. Sab3a menos de lo que aparentaba. Ten3a conocimientos poco s3lidos que salvaba, jeso s3l, con ideas buenas en lo tocante a los proyectos de decoraci3n, en especial de los museos. A su favor, sin embargo, hab3a que destacar que se hab3a convertido en un aliado inigualable. Secundaba a Miguel en cualquier idea, le allanaba el camino, era extremadamente persuasivo con los dem3s... A pesar de que, de vez en cuando, hab3a que aguantarle alg3n ataque de c3lera fr3a que Miguel hubiera preferido ahorrarse.

S3lo un a3o m3s tarde, B́asil se hab3a convertido en la mano derecha de Miguel, hasta el punto de que, cuando se present3 la ocasi3n, le propuso comprar un peque3o paquete de acciones. Miguel no tuvo que insistirle demasiado, ya que B́asil se hab3a dado cuenta de que la capacidad de maniobra de su jefe nac3a del hecho de que formaba parte de los accionistas. A B́asil le conven3a comprar las que se vend3an en aquel momento. Miguel dijo que lo llevar3an a cabo de manera

discreta, interponiendo un hombre de paja. Básil propuso que fuera un buen amigo suyo: un médico. El único problema serio era que Básil no disponía de liquidez. Miguel fue taxativo: si no había dinero, no había acciones. Pero lo hubo, claro está. Miguel no había dudado ni un instante de que Básil recurriría a lo que fuera para no dejar pasar la oportunidad. Por lo que Miguel supo más adelante, el dinero era de Laura, que lo había ahorrado para abrir su propio estudio de arquitectura. Miguel ignoraba qué estrategia había utilizado Básil para convencerla de que pospusiera el proyecto propio a favor del suyo. ¡Una sucia jugarreta de Básil! Miguel pensaba que si él hubiera hecho algo por el estilo a su mujer, la relación de pareja habría peligrado. En el caso de la de Básil, no. Era manifiesto que siempre se salía con la suya, y más cuando se trataba de Laura.

Porque, todo sea dicho, más adelante Miguel descubrió que las cuestiones económicas de la pareja Romeu-Bellido eran sólo cosa de él. De eso era testigo mudo Miguel, que había presenciado durante todos aquellos años el estricto control de Básil en lo referente a los gastos de Laura. No podía comprar nada que él no le autorizara, le cuestionaba cualquier desembolso por mínimo que fuera, incluso si se trataba de los víveres familiares... Naturalmente, gastos como las vacaciones, el cambio de sofá o un coche nuevo eran responsabilidad exclusiva de Básil.

Alguna vez, Miguel había considerado que Básil se extralimitaba con aquel celo enfermizo hacia el dinero. Y no porque fuera un hombre ahorrador o tacaño, que no lo era, sino porque gastaba el dinero con un criterio un tanto extraño, muy personal: Laura no podía desembolsar ni un euro sin su beneplácito, mientras que él los gastaba a porrillo. Miguel sospechaba que incluso lo que Laura ganaba ejerciendo de arquitecta era fiscalizado por Básil. No parecía, en cambio, que él tuviera que rendir cuentas a nadie para gastar los ahorros familiares. Y los dilapidaba: en moda, en decoración, en buenos restaurantes, en propinas generosas... Porque le encantaba que la gente se sintiera bien con él, y acostumbraba a ser espléndido con los amigos, los compañeros de trabajo, los subalternos.

Miguel era consciente de que a Laura también le hacía muchos regalos. ¡Claro que sí! Pero siempre era la misma clase de regalos: ropa, calzado o complementos. Miguel, observando a Laura, que no parecía una mujer demasiado inclinada a adornarse, se preguntaba si aquellos obsequios le gustaban. Pero, según Básil, le resultaban totalmente necesarios. Decía Básil que Laura era poco femenina, poco sofisticada, que iba vestida de manera demasiado cómoda y demasiado informal. «Necesita aprender a ser una mujer», le señalaba de vez en cuando Básil a Miguel. Se justificaba diciendo que el vestuario era especialmente para las salidas nocturnas, que eran muchas. Él no quería que fuera vestida con tan poca coquetería. La verdad,

considerando cómo era uno y cómo era la otra, Miguel creía que Laura no era su tipo. Pensaba que Básil podría haber encontrado una mujer más audaz, más vistosa... De las que el propio Básil juzgaba tan atractivas...

Porque los gustos de Básil eran muy particulares. Le gustaban las mujeres con una estética un tanto exagerada, un poco canalla... Una estética que no tenía nada que ver con la de Laura. Tampoco el cuerpo de Laura era el ideal de Básil. Él se chiflaba por las mujeres-niñas de cuerpos adolescentes, pechos poco desarrollados y pies minúsculos. Éste era uno de los fetiches más destacados del imaginario erótico de Básil: los zapatos y, en especial, los pies muy pequeñitos. «Deberías haberte casado con una china de las de antes, de las que llevaban los pies estrechamente envueltos desde niñas para conservarlos toda la vida como si fueran muñequitas. Claro que, pobrecitas, no podían andar», le hacía notar Miguel. «Mejor», contestaba siempre Básil, partiéndose de risa, «así no pueden huir, así siempre están a tu disposición».

Y es que, en definitiva, Básil educaba a Laura. Le hacía de maestro, de psiquiatra, de sacerdote y de asesor de imagen. Miguel observaba aquel comportamiento de Pigmalión entre perplejo y encantado. Perplejo porque él nunca hubiera podido hacer lo mismo con su mujer, de carácter y genio muy vivos; en cambio, Laura estaba tan enamorada de Básil que siempre estaba dispuesta a dejarse guiar. Y encantado porque comprendía que el sentido de la belleza era más fuerte que el propio Básil, y ésa era una buena baza para un negocio como el de ellos.

Para terminar, Miguel señalaba que Básil también estaba muy enamorado de ella. No quería que pareciera que sólo ella lo estaba. No. Miguel era muy consciente de todas las pequeñas y grandes demostraciones del afecto de Básil. Por ejemplo, hasta que nació el niño, Básil la iba a buscar siempre al taller. A Miguel le resultaba casi milagroso que un hombre conservara, después de tantos años de convivencia, la necesidad de recoger a su enamorada cada tarde. Cuando nació el crío, dejó de hacerlo porque Laura tenía que terminar la jornada más temprano para ocuparse de él. También la llamaba a menudo. Y le enviaba mensajes a través del móvil. ¡Caramba! La mujer de Miguel hubiera dado una mano para que él tuviera con ella una décima parte de todas esas atenciones. Pero Miguel ya no estaba para esas estupideces de amante. Él tenía la cabeza sobre los hombros.

Para no perderse en disquisiciones filosóficas a propósito de las relaciones de pareja de los demás, que éstas son cuestiones muy personales que cada uno se organiza como puede, volviendo a la cuestión que lo había llevado a desenterrar

aquellos recuerdos, Miguel podía asegurar que Básil y él habían hecho más sólida su colaboración a medida que pasaba el tiempo. Hasta tal punto que Miguel le había garantizado que, en cuanto se les presentara la ocasión, comprarían un paquete mayor de acciones e intentarían tomar el control de la casa. No era una cuestión de egoísmo, sino de supervivencia de Hermanos Prado. La única posibilidad para que flotara en el mundo de los negocios. Teniendo en cuenta la propecta edad de los miembros del consejo de administración y su nula agilidad para tomar decisiones, si no hubiera sido por ellos, quién sabe dónde estarían ahora...

De eso hablaban Básil y Miguel la noche del 23 de junio en la terraza de los Romeu durante una cena con otras personas. Lo comentaban porque justo aquel mismo día Miguel había tenido un aviso, no sabía si demasiado fiable, de unos cambios en el accionariado. Se interrumpieron cuando Laura sacó dos quiches y las botellas de cava. Miguel aprovechó para ir al baño. Y allí encontró un espejo japonés que nunca hubiera pensado que su compañero de trabajo pudiera tener.

De entrada, Miguel se quedó boquiabierto. ¡Increíble! ¿Qué hacía aquella pieza tan buena en el baño de Básil? ¿De dónde la había sacado? Se acercó para observarla más de cerca. Estaba casi seguro: era un espejo proveniente de Arita. Imitaba de una manera espléndida la cerámica Imari, pero con los colores alterados. ¿Cómo era posible que Básil y Laura hubieran comprado aquel espejo por el que muchos coleccionistas habrían hecho un disparate? Le parecía extraño porque Básil, a pesar de todos los años vividos entre antigüedades, nunca había demostrado sentir pasión por ellas. Básil siempre estaba más dispuesto a invertir dinero en una litografía de Remedios Varo o de Leonora Carrington, o bien en una silla *Barcelona* de Mies Van Der Rohe, que en un objeto antiguo.

Descolgó el espejo con auténtica veneración, como merecía aquella reliquia, cuyo origen situaba él en el si-glo xvii. Lo miró detenidamente, lo abrió —las bisagras iban muy suaves— y observó con lástima que una de las caras del espejo no era la original. Era evidente que había sido sustituida por otra en algún momento del siglo xx. Aún más, considerando el tipo de espejo y el biselado y la colocación, la reposición había tenido lugar no hacía mucho.

Lo cerró y, sosteniéndolo amorosamente, lo sacó a la terraza donde los demás ya estaban bebiendo cava y comiendo quiche. Lo puso encima de la mesa y preguntó de dónde habían sacado aquella maravilla. Todo encajó cuando Laura explicó que lo había heredado de su padre, pero que no era extraño que ni Miguel ni ninguno de los invitados lo hubiera visto antes, porque lo habían tenido en su

habitación y sólo hacía dos días que lo habían trasladado al baño, el lugar que le correspondía. Ni los de la familia, ni Sergio, que también estaba al corriente de la existencia del espejo, le otorgaban la más mínima importancia. Una antigualla, decía Laura. Básil iba todavía más lejos: se cachondeaba abiertamente de la debilidad de su mujer por aquel trozo de cristal pulido y encolado en una madera embadurnada de colorines.

Miguel se esforzó para hacerles entender cuál era el probable origen del espejo y su valor, no sólo histórico, sino también económico. A pesar de que ninguno parecía muy inclinado a creérselo, por fin el sentido común de Básil se impuso, admitió que hacía falta comprobar la veracidad de las teorías de Miguel y convenció a Laura para que aceptara enviarlo a un experto que le hiciera un peritaje. Entonces, cuando Miguel ya lo tenía todo ligado, acabaron la conversación abruptamente porque Sergio propuso un brindis por el proyecto de Laura. En aquel momento, Miguel no pensó que la remodelación del MNAC pudiera ser demasiado importante para ella. Y, sin embargo, tres meses más tarde se le otorgó tanta trascendencia que algunas personas atribuyeron el accidente que le costó la vida a Laura a la decepción por no haber ganado el concurso... Con todo, y a pesar de ir contracorriente, Miguel no creía que la desgracia tuviera nada que ver con el hecho de que hubieran tumbado la propuesta de Laura. Porque durante la cena del 23 de junio, Miguel no la vio demasiado encaprichada por hacerse con el encargo. Precisamente, una persona que tiene un gran interés acepta cualquier ayuda que le ofrecen. ¿O no? Y ella no la admitió. Porque el caso es que cuando Sergio mencionó el nombre de los miembros del jurado que debían evaluar los trabajos, resultó que dos eran conocidos de Miguel y, concretamente, uno, Matamala, lo era también de Básil. Por algo el departamento de Básil se relacionaba con diferentes museos y, por consiguiente, con especialistas en arte... Y Matamala era catedrático de arte contemporáneo en la Universidad de Barcelona.

Laura parecía no querer hablar de la cuestión y se fue a la cocina. Miguel y Básil la siguieron para discutirlo con más comodidad. «Podemos hablar con ellos para conseguir su apoyo», le ofreció Miguel. Pero ella se cerró en banda. Que no, que de ninguna manera quería que nadie metiera la nariz, que aquél era un asunto que sólo dependía de ella y de lo que hubiera sido capaz de hacer. Básil le dijo que no entendía por qué hasta aquel momento no le había dicho quién era el jurado. «No sabía que fuera público», le dijo en tono de reproche. Ella no respondió; sólo lo miró con expresión malhumorada. Básil continuó hablando febrilmente, ignorando las miradas torcidas de ella. Según él, era una bicoca saber que Matamala formaba parte del jurado. «Ese tío me debe algunos favores», dijo Básil, «y me los puedo cobrar en forma de ayuda para mi mujer».

Miguel nunca había visto tan tensa a Laura. De acuerdo con que la tirantez era un rasgo muy acusado en ella. Y aquella noche se la había notado crispada ya desde el inicio, antes de que las conversaciones se enredaran en una dirección o en otra. Pero cuando saltó a la palestra la composición del jurado, pareció que a Laura la hubieran pinchado con una aguja. Allí, en la cocina, Laura se comportaba como un gato furioso. «No quiero que metas baza, Básił», le dijo en un tono que no era muy propio de ella. «Chata, por favor, por favor», la reprendió él. Porque de verdad que el tono de ella no era en absoluto cordial. Y, a fin de cuentas, Básił solamente pretendía ayudarla...

Ella cerró la discusión exigiendo que no hicieran nada. «Nada, ¿eh, Básił?», le advirtió. En cuanto salió de la cocina, Básił le declaró a Miguel que haría lo que creyera más indicado para su mujer, que a menudo no se enteraba de que los demás se preocupaban por ella. Y soltó una de sus sentencias predilectas: «Yo sé mejor que ella lo que le conviene». Así pues, dijo que estaba decidido a llamar a Matamala para allanarle el camino del éxito sin que ella lo sospechara, claro. Por la actitud y el gesto de Básił, no había ninguna duda: se le había metido entre ceja y ceja y no pararía hasta que Matamala lo recibiera y lo escuchara. De hecho, a Miguel le constaba que Básił había realizado la gestión, pero el resultado, por lo que se pudo comprobar, había sido nulo: las ideas innovadoras de Laura no habían sido elegidas. Básił le había explicado a Miguel que, lamentablemente, no era suficiente con la buena voluntad del jurado para aprobar un proyecto: también era necesario que éste tuviera condiciones.

Los cambios en el accionariado que Miguel había comentado sólo como hipótesis a Básił durante la noche de la verbena se concretaron a finales de julio, justo antes de las vacaciones. Miguel habló con su subordinado y compañero porque aquélla era la oportunidad que esperaban como agua de mayo. La junta de accionistas tendría lugar durante la primera semana de septiembre. El paquete de acciones sumaba un total de un millón setecientos mil euros. Él pensaba hacerse cargo del millón, y Básił debería ocuparse de los setecientos mil que quedaban. Básił casi cayó de espaldas cuando oyó la cantidad de dinero que tenía que reunir en tan poco tiempo.

«¿Estás loco?», le contestó Miguel. «¿Pretendes conseguir esta suma en cuarenta o cincuenta días? ¿No me digas que, después de hablar tanto de ello, no lo tenías previsto? ¿No habías hecho una previsión de fondos para cuando fuera necesario?». Pues no. El inmaduro de Básił había imaginado que el dinero llovería de las nubes y había continuado viviendo a todo trapo, como siempre. Un imbécil. Al final, un tío de poco fiar. Un... Básił lo había interrumpido con una cierta fiereza.

Le había recomendado que vigilara las expresiones para referirse a él y que midiera sus juicios. Había insistido: él no tenía el dinero entonces, pero lo tendría cuando llegara el momento.

Miguel se había aplacado hasta cierto punto, pero, puesto que no se fiaba de la capacidad de Básil, incluso contando con sus malas artes, para encontrar una suma tan elevada en un mes y medio, había decidido buscarla él mismo por lo que pudiera pasar. Si era preciso, se haría con todas las acciones, se dijo, y lamentablemente, ya que Básil le era muy útil y prefería contar con él como mano derecha, lo dejaría fuera de la operación.

Los últimos días de julio fueron de una fuerte tensión entre los dos. Finalmente, Básil le dijo que confiara en él, que pasara las vacaciones tranquilo y que no dudara de que, el día de la junta de accionistas, él habría reunido el dinero. Miguel lo hizo. Se fue a un crucero con su mujer y durante más de dos semanas desconectó de todo lo que fuera trabajo, con la serenidad de saber que si no era su subordinado sería él mismo quien compraría las acciones.

Justo al volver, recibió el aviso de que el espejo japonés de Laura había llegado a Hermanos Prado desde Berlín con el resultado del peritaje. Corrió a la empresa: ardía en deseos de saber si su ojo clínico era bueno o no. ¡Lo era! El espejo había resultado auténtico, procedía de Arita. Los peritos lo databan entre 1720 y 1730. Creían que rondaba el millón de euros, tal vez un poco menos, unos novecientos mil, porque la cara no original del espejo reducía su valor. En seguida llamó a Laura y a Básil, que habían terminado las vacaciones, y quedó para devolvérselo.

Miguel entró en el piso de la pareja con aquel tesoro todavía bien protegido por el embalaje original y con una sonrisa de satisfacción en los labios. «Me alegra comunicarte», le dijo a Laura, «que no estaba equivocado. El espejo es una auténtica joya y, claro, representa una fortuna». Cuando les dijo la cifra en la que había sido valorado, Laura no cambió el gesto. Dijo que poco le importaba el dinero, que para ella sólo contaba el valor sentimental de lo que representaba y, en especial, el hecho de que era un regalo de su padre. Ella había tenido una relación espléndida con su padre. Básil no mostró tampoco sus emociones. Estaba hermético. Miguel le observó detenidamente, intentado adivinar si había conseguido el dinero. Por la cara que ponía, era imposible deducirlo. Miguel miró el embalaje depositado junto a sus pies y pensó: «Providencial». Porque a saber si aquella antigüedad no iba a ser la solución.

Laura quiso desembalar el espejo delante de Miguel para estar segura de que no había sufrido ningún daño. «Si no, me las pagarás...», le dijo medio en serio, medio en broma. Puesto que lo había visto con sus propios ojos cuando Laura lo desenvolvió, Miguel estaba en condiciones de garantizar que el espejo no había sufrido ni pizca. Él lo había examinado con el mismo ojo crítico con que lo había hecho Laura. Ni un golpe leve, ni un rasguño, ni una mancha. Por no haber, no había ni siquiera una brizna de polvo. Menos aún habría podido haber una bisagra rota. De eso daba fe. El espejo había regresado en un estado impecable.

Cuando lo hubo examinado, Laura se levantó y dijo que lo iba a colgar en el baño. Básil la detuvo. Le dijo: «¿No crees que merece un lugar mejor?». Laura lo miró sin responder. Básil insistió: «¿Qué te parece si lo instalamos aquí, en la sala?». Laura giró sobre sí misma para observar la pieza. «Quedaría muy bonito entre las dos puertas», dijo, señalando el espacio. «Tienes razón», le contestó Básil. «Mételo otra vez dentro de la caja y déjalo en el vestidor; en cuanto tenga un rato libre, me ocuparé de ello». Miguel recordaba este diálogo porque le hizo pensar que, considerando la pereza que el bricolaje le provocaba a Básil, el espejo tendría que esperar algunos meses dentro de la caja, en el vestidor.

Cuando él y Básil se quedaron solos, Miguel aprovechó para preguntarle si las gestiones para conseguir los setecientos mil euros habían dado frutos. Básil le dijo que no, pero que no se daba por vencido, que todavía le quedaban recursos. Miguel le señaló que quizás se le había presentado una oportunidad de oro, nunca mejor dicho, con el espejo familiar. «Lo podríais vender a la misma empresa alemana que ha hecho el peritaje; me consta que pierden el culo por una pieza como ésta». Básil torció el gesto y le dijo que Laura, en los últimos dos meses, no era la misma de siempre y que dudaba mucho de que entrara en razón, y menos si las razones pasaban por el maldito espejo japonés. Dijo que prefería intentar otras vías. Por si acaso, Miguel le facilitó el nombre y la dirección de los peritos.

El 7 de septiembre, Básil había conseguido que alguien le prestara el dinero. Miguel pensó si habría sido el amigo médico, pero no hizo preguntas. A él no le importaba la procedencia. Al fin y al cabo, Básil era capaz de convencer a quien fuera de lo que fuera. Según los planes previstos, se hicieron con las acciones. Y en este momento estaban en pleno proceso de reestructuración de la empresa, que querían situar en el mercado internacional de la compra y venta de antigüedades. Y no dudaba de que lo conseguirían. Ciertamente, la muerte de Laura había sido un imponderable que hizo tambalear el desarrollo del proyecto. Las primeras cuarenta y ocho horas después de recibir la noticia, Básil no se quitaba de la cabeza que si Laura no hubiera estado tan preocupada por el resultado del concurso de

remodelación del MNAC, no habría ido a dar una vuelta por la carretera de Garraf y, por lo tanto, el accidente se habría evitado. Miguel veía a Básil muy deprimido y dudaba de si era necesario aparcar algunas partes del programa. No obstante, no llegó a tomar ninguna determinación porque Básil se recuperó de un día para otro y dejó de hablar del trágico suceso.

Miguel no coincidía con Básil en lo que concernía a las causas del accidente, a pesar de que, claro, no se lo había dicho. Consideraba que Laura hacía mucho tiempo que estaba abstraída. Años, quizás. Y si le hubieran preguntado a él, habría dicho que los proyectos de arquitectura no tenían nada que ver. Que tal vez la clave de su inquietud permanente era el estricto control económico al que la sometía Básil. Él creía que aquél era el quid de la cuestión.

Salí de Hermanos Prado con la certeza de que se me habían abierto nuevos interrogantes, e incluso algunas ventanas por donde veía paisajes nuevos.

La pregunta que me bailaba por la cabeza con más insistencia era: ¿Dónde está el espejo? ¿Continúa en casa de Laura o ya no está allí? Y, en este último caso, ¿adónde ha ido a parar y por qué?

En lo que respecta a los nuevos paisajes, básicamente eran dos, relacionados con Básil y ambos insufribles. Primero: Básil controlador del dinero familiar. Segundo: Básil controlador del aspecto de Laura.

Recordaba de manera vaga algún antiguo correo electrónico de Laura que permitía suponer que iba justa de dinero. Yo lo había atribuido al hecho de que la economía de la pareja quizás no estaba demasiado saneada. Ahora, en cambio, esos comentarios los veía bajo una nueva luz y la lectura era menos favorable. Laura —estaba segura— no había podido disponer nunca de dinero propio desde que vivía con Básil. Repasé la conversación con Sergio y lo que me había dicho a propósito del primer taller de arquitectura que Laura y él no llegaron a abrir porque ella, en el último momento, puso un pretexto impreciso.

Sergio lo había imputado a la inseguridad de Básil y se había equivocado. Ni una gota de inseguridad, y sí mucho egoísmo. Básil estaba persuadido de que primero estaba él, después él y en tercer lugar también él. Era obvio que Básil se había servido de su maquiavélica habilidad para doblegar la voluntad de los demás, especialmente la de una mujer enamorada, para hacerse con el capital que ella había ahorrado. Y para postre, ella, tal vez por vergüenza, no había osado explicarle la verdad a Sergio. Por otra parte, se comprendía que, en la conversación que yo había

mantenido con Básil, él hubiera mencionado aquellas primeras acciones compradas a Hermanos Prado pero se hubiera ahorrado explicar el origen del dinero. Ahora estaba convencida de que aquella omisión no era un olvido: era deliberada.

Empezaba a creer que Básil era un excelente impostor, que suministraba informaciones en cuentagotas y sólo si convenía a sus intereses. Si no, las omitía... o se inventaba otras más pertinentes. Empezaba a considerar que Básil no tenía un pensamiento creativo, como habría permitido suponer su trabajo, sino un pensamiento estratégico.

En cualquier caso, después de haber escuchado a Miguel, se me hacía evidente que Laura había pasado un calvario en lo referente al dinero y a la posibilidad de hacer algún gasto sin el visto bueno de Básil.

Además, había otra cuestión, tanto o más terrible: Básil decidía cómo era el aspecto de la mujer ideal y, por lo tanto, cómo debía ser la suya. De aquí los regímenes tan estrictos que contaban con la colaboración relativamente inocente de Raquel, celadora del número de calorías que Laura ingería. Y no sólo las formas y los volúmenes corporales de Laura estaban perfilados por Básil. También añadía el envoltorio. Ahora resultaba transparente que los dos polos opuestos del armario de ella obedecían uno a su gusto propio y otro a las imposiciones de su marido. Sin olvidar el calzado, claro. Me resultaba incomprensible que Laura hubiera accedido a comprimirse los pies en zapatos de dos números menos para satisfacer las demandas de su pareja, pero la realidad se me iba imponiendo.

Si después de la conversación con Básil yo había tenido la impresión de que había una parte de toda aquella historia que quedaba en la penumbra, ahora empezaba a entrever flashes de luz, como pequeñas piezas de un rompecabezas, que poco a poco se acoplaban en su lugar sin esfuerzo. Y si alguna no encajaba, era mi amiga. ¿Cómo era posible que una mujer de su personalidad, su cultura, sus estudios, su inteligencia, hubiera aceptado aquel control, hubiera aguantado aquella tortura? ¿Por qué se ponía aquellos zapatos minúsculos y aparentaba un pie mínimo? ¿Por qué la ropa de ramera?

Caminé hasta casa inquieta por ese interrogante que se abría sobre un abismo, al que me daba miedo asomarme.

No conseguía entenderlo, tuve que reconocer con un súbito cansancio justo cuando ponía la llave en la cerradura de casa. Igual que Sergio, creía haberle fallado a Laura. Durante años, mi amiga había estado viviendo una situación, cuando

menos, extraña, y yo ni me había dado cuenta.

Encendí el ordenador dispuesta a revisar el correo de Laura desde el inicio de nuestra relación electrónica, desde el momento en que fui a California a hacer el máster. Aunque tuviera que pasar dos semanas seguidas, buscaría mensajes significativos que me permitieran obtener nuevas pistas.

No necesité dos semanas, pero estuve desde las doce del mediodía hasta las cuatro de la madrugada. Ciertamente, había mensajes que hablaban de dinero. Algunas veces, Laura se quejaba de no poder comprar alguna bagatela. En otros, se lamentaba por no poder ir de vacaciones, y en otro hablaba de la ilusión que le habría hecho ir a verme a Estados Unidos. Releyéndolos, recordaba haberme dicho que o bien ejercer de arquitecta era una actividad muy poco rentable económicamente, o que tal vez Laura y Básil se habían comprometido en una hipoteca demasiado elevada para sus posibilidades. Ahora, todos estos pensamientos se revelaban absurdos, nada en consonancia con la realidad que acababa de conocer.

No conseguí encontrar, de todos modos, ningún correo que hablara de zapatos pequeños, pies triturados o ropa vulgar. Sólo en uno hacía referencia a una cita con el podólogo, pero no podía considerarse un indicio.

De la misma manera que muchos mensajes dejaban constancia del gran afecto que Laura me guardaba y del peso que los años vividos en común tenían en su vida, muchos eran un reflejo del amor de Laura por Básil. «Lo amo más que a mí misma», o «el corazón se me dispara cuando oigo su voz», o «es mi brújula, mi norte», eran algunos de estos testimonios, muy frecuentes especialmente en el pasado, tal vez anteriores al nacimiento de Álex, más esporádicos en los últimos años, e inexistentes desde el 31 de mayo. ¿Había servido la película *Ojo de gato* para que se diera cuenta de que no amaba a Básil? ¿Era eso lo que la había hecho llorar desesperadamente?

Era difícil acertar las respuestas sin poder hablar con Laura, sin tener la oportunidad de preguntarle qué había querido decir con cada uno de aquellos textos.

Examiné con una precisión de entomólogo los correos enviados después de que hubiera acabado el proyecto. Allí, a la fuerza, tenía que haber alguna pista.

Día 31 de mayo a las dos del mediodía: «Felicítame. Por fin he acabado los

planos de remodelación del MNAC. Ahora sólo faltan cuestiones burocráticas y, antes de quince días, mi secretaria lo hará llegar a las “autoridades competentes”. Tanto si gano como si no gano, ya he ganado».

Primero de junio por la mañana, recién empezada la jornada en el taller. «Cerrado por defunción del alma de la propietaria. Es bestial tener el alma muerta, pero peor es no darte cuenta de que has resultado demolida. Y yo tengo conciencia de ello. Sí». Tenía muy presente aquel mensaje porque, al recibirlo, lo había tenido que leer unas cuantas veces. Recordaba haber pensado que no sabía si mis neuronas estaban resultando afectadas por los últimos trámites de mi divorcio con Derek y por la organización de mi año sabático en Europa, o si eran las neuronas de Laura las que estaban tocadas después del sobreesfuerzo con el proyecto arquitectónico. El caso es que, a estas alturas, no necesitaba comprobar cuál había sido mi respuesta, porque no la había olvidado: «No he entendido nada. ¿Me puedes explicar de qué va eso?». Y ella había respondido: «Todavía no lo sé. Sólo te puedo decir que estoy viviendo una crisis. Cuando llegues, hablaremos; tal vez entonces te podré explicar algo más concreto». Y yo no me había vuelto a preocupar, convencida de que su malestar era consecuencia del proyecto y de que dispondríamos de mucho tiempo para conversar cara a cara. ¡Qué imbécil! Ahora me hacía cargo de que la crisis la había provocado *Ojo de gato*.

Día 5 de julio a medianoche: «Me dicen que soy un bonsái, pero yo me siento como una naranja. Exprimida. ¿Sabes qué quiero decir?». Yo le había contestado que sí, que lo sabía perfectamente; a veces yo también tenía la sensación de que algunas personas, algunas circunstancias, me sacaban todo el zumo y me dejaban sin energía. Pero ahora, a la vista de todas las novedades, me habría peleado conmigo misma por no haber sido capaz de indagar un poco más en su estado de ánimo.

Después, no había ningún correo más hasta el 17 de agosto: «Anteayer, fiesta familiar en casa de mamá. Todo tranquilo. Ana te manda recuerdos. El calor de Barcelona me mata; no me apetece ni tan siquiera escribirte. Tengo ganas de que ya estés aquí». Éste era el último, antes de los que me había enviado en septiembre y que yo no había abierto hasta hacía poco.

Me metí en la cama cuando ya eran casi las cinco y, a pesar del cansancio, no podía dormirme. Sólo podía pensar en mi amiga. No conseguía entender por qué había aceptado las imposiciones de Basil. Y, si había consentido las que yo empezaba a intuir, ¿cuántas más había llegado a tolerar? Me preguntaba si yo sería capaz de descubrirlas. Por otra parte, puesto que aquel comportamiento sumiso no

se correspondía con el carácter de la Laura que yo conocía, me pregunté si no habría habido alguna patología psiquiátrica subyacente que lo hubiera propiciado. Pero, si era así, ¿por qué yo no me había dado cuenta? Tal vez, Juan Mascaró, como psiquiatra, lo sabría. Al día siguiente estaba citada con él. Vería qué lograba sacarle.

Aquel mediodía, después de almorzar, fui al consultorio del doctor Mascaró, situado en el octavo piso de un edificio moderno, de cristal y acero. El ascensor no me dejó en el rellano de la escalera, sino directamente en el vestíbulo, amplio y luminoso, para mi gusto demasiado abarrotado de cuadros, todos de grandes dimensiones.

—Soy Gina Crespo y tengo hora con el doctor Mascaró —le dije a la persona que se puso de pie y me dio la bienvenida.

—Ah, sí, señora Crespo —dijo ella, volviendo a sentarse en la silla de diseño para examinar la pantalla del ordenador.

Buscaba mi cita. Por el gesto me pareció que la encontraba. Me miró y me sonrió con una dentadura perfecta, también de diseño, como todos los muebles y elementos colocados con precisión en aquel lugar, y dijo:

—¿Quiere pasar a la sala, por favor?

Mientras decía eso, se puso de pie de nuevo, salió de detrás de la mesa de cristal y me acompañó a una sala cuyo perímetro estaba recorrido por butacas y sofás blancos. No pude dejar de considerar que no era el color más adecuado para unos asientos concurridos y, a pesar de todo, en seguida comprobé que estaban immaculados. En las paredes había más cuadros, muchos de ellos abstractos, de colores abigarrados, que contrastaban violentamente con la blancura de la sala.

—Tendrá que esperar un momentito. El doctor está terminando la visita anterior —me dijo.

A pesar del uso del diminutivo, no se me escapaba que el momentito podía ser un tiempo bastante largo. Cuando ella cerró la puerta, no me senté, sino que me acerqué para observar dos figuras de tamaño natural colocadas en uno de los ángulos. Eran unas imitaciones muy buenas de las esculturas de Giacometti. Luego fui hacia la mesa baja, donde había muchas revistas en perfecto orden. O bien yo era la primera paciente de la tarde, o la obsesión por la simetría y la regularidad en aquel consultorio era casi patológica.

La mayoría de las revistas eran de economía y de decoración. Sin interés y

sólo por matar el tiempo, cogí una con un reportaje sobre casas con jardín. La hojeaba de manera mecánica cuando una de las fotografías, una mansión de aspecto mediterráneo situada muy cerca del mar, me transportó hasta el Atelier Bellido y Lorente. Decidí llamar a Sergio para saber cómo estaba.

—Ni fu ni fa — me dijo con una voz que indicaba cierta apatía y desánimo—. No me la puedo quitar de la cabeza. ¿Y tú?

—Tampoco. De hecho, para sentirme más cerca, he estado visitando a todas las personas con quien tuvo más trato en los últimos meses.

Me detuve no muy segura de si había necesidad de explicarle lo que había descubierto. Decidí que no, que de momento no.

—¿Y tu trabajo sobre los campos de concentración? ¿Avanza?

—Más o menos. Todavía no me he metido de lleno en él. Me he dado un tiempo de margen, para digerir un poco la muerte de Laura.

—Si quieres que un día nos volvamos a ver, ya lo sabes.

Le respondí que lo haría. Estaba a punto de despedirme y colgar, cuando se me ocurrió una pregunta:

—Dime, Sergio, ¿tú y Laura ibais a menudo a pasear por la Ciudadela? Está tan cerca de vuestro despacho...

—Laura podía disponer de poco tiempo. Lo único que hacíamos era sustraerlo de nuestro horario laboral. El resto pertenecía por completo a Básil, que lo gestionaba meticulosamente.

—¿Para ir a ver la película de la pintora canadiense...?

—Lo hicimos mientras todos trabajaban, Básil incluido. Y dejamos dicho que íbamos a visitar una obra. En cualquier caso, aunque no hubiera habido la vigilancia estrecha de él, tampoco habríamos elegido ir a pasear. A Laura no le gustaba andar; siempre le dolían los pies.

—¿Siempre?

—Siempre. Debía de tener unos pies muy particulares, mal formados,

delicados... No lo sé, francamente. Sólo puedo decir que, a menudo, cuando estaba sola en el despacho, se descalzaba. Y que evitaba ir andando, siempre usaba el coche.

Mientras colgaba, pensé que Sergio no habría podido acertar ni en mil años la razón del dolor que sentía Laura en los pies. Yo, que había constatado la causa, todavía me sentía incrédula...

Se abrió la puerta de la salita, y la persona que me había atendido en la entrada asomó la cabeza.

—Señora Crespo, ya puede pasar.

La seguí hasta una de las puertas del pasillo, donde me esperaba Mascaró. Era más corpulento aún de lo que recordaba. Llevaba una bata blanca de mangas cortas que dejaban al descubierto unos brazos sólidos y unos bíceps de gimnasio. El cuello robusto, los hombros amplios y las manos como raquetas de ping-pong le daban todo el aire de un cortador de leña del País Vasco.

—Adelante —me dijo, y se retiró un poco para facilitarme el paso. Cerró la puerta y añadió—: Siéntese, por favor.

Lo hice y esperé a que volviera a hablar.

—Usted es la amiga de Laura Bellido, ¿verdad?

Le dije que sí, y después le respondí una serie de preguntas protocolarias a propósito de mi historia clínica.

—Usted dirá —me dijo al terminar. Y cruzó los brazos a la altura del pecho, con lo que aún resultaban más imponentes.

Yo me había preparado a fondo para la entrevista. Me interesaba que él soltara tanta información sobre Laura como fuera posible, pero sabía que, para llegar a eso, me lo tenía que camelar. Por ello lo embauqué con una historia que resultaba verosímil a pesar de no ser cierta. Le expliqué que un insomnio persistente me torturaba desde la muerte de Laura.

Él hurgó un poco en los probables orígenes. ¿Era la idea de no verla más la que no me dejaba dormir? ¿Tal vez la ansiedad de imaginarla despeñándose por el barranco? ¿El miedo a vivir yo misma un accidente?

Yo había preparado una respuesta que me parecía la más adecuada para suscitar confidencias por parte del doctor, aunque temía no conseguir mis propósitos. Fui soltándola con cuentagotas, despacito, como si me costara un esfuerzo la confesión. Por fin declaré sin rodeos:

—Me siento culpable.

Mis palabras casi lo hicieron saltar de la silla.

—¡Estaba seguro! —dijo en un tono demasiado alto para ser usado con una paciente y dentro del despacho. Era un tono victorioso, como de participante de un concurso televisivo que ha acertado la respuesta para llevarse el primer premio. Añadió—: En cuanto ha entrado, me he imaginado que era por eso por lo que había venido.

Pensé que el tipo era imbécil, y me alegré de no necesitar de verdad sus servicios profesionales.

Atribuí mi sentimiento de culpa al hecho de sentir que no había estado a la altura de mi amistad con ella. Le confesé que consideraba que le había fallado, lo que no estaba tan lejos de mis emociones auténticas.

Durante el rato que duró la descripción de mis males, en diversas ocasiones él se anticipó a mis respuestas. Resultaba un tanto inmaduro aquel deseo de demostrarme que era el más listo de la clase. Era obvio que pretendía impresionarme. Pero ¿por qué? ¿Lo hacía con todos los pacientes? ¿Sólo con las mujeres jóvenes? ¿O yo era especial porque había sido amiga de Laura?

Era tan fatuo, sentía tal necesidad de exhibirse, que me puso menos difícil la tarea de desenterrarle aspectos que yo ignoraba de Laura o de la relación Básil-Laura. En algún momento de la conversación, él pasaba de puntillas sobre alguna cuestión, yo le daba a entender que estaba al corriente de ello y él acababa por soltarlo de cabo a rabo de un tirón. Es cierto que también jugaban a mi favor la intensa expresión de consuelo que yo componía cada vez que él hablaba de mi amiga y las manifestaciones de agradecimiento por lo que yo —le decía— consideraba una pomada para mis heridas. Él respondía que me comprendía.

Pero lo que más favoreció mi intención de tirarle de la lengua fueron sus propios sentimientos de culpa. De ello no me di cuenta hasta llegar al final de la sesión. Mascaró necesitaba tanto o más que yo hablar de Laura, entender por qué a él le había pasado desapercibida la gravedad de la crisis, saber si Básil había

tergiversado alguna información que le habría podido resultar esencial.

Cuando salí del despacho y estuve en la calle, entré en una cafetería a tomar un té verde y a escribir la historia que, a partir de todos los comentarios de Mascaró, había podido ir perfilando. No fue sencillo atar cabos y darle forma a una conversación que había resultado errática y con respuestas no siempre claras, pero entre lo que Mascaró había dicho y lo que yo había podido deducir, conseguí componer un relato. Por fin, al acabar me dije que la visita me había costado una fortuna, pero aquella crónica lo merecía. Y también lo merecía haber podido intuir que el motivo de Mascaró para querer dejarme muda de admiración era mi presunta amistad con Básil. Básil era el hombre de sus sueños.

Supe que Juan Mascaró había conocido años atrás a Básil por razones profesionales, no porque Básil necesitara un psiquiatra, sino porque Mascaró buscaba a alguien que pudiera encargarse de la decoración del piso que acababa de comprar. Se había dirigido a un estudio de interiorismo recomendado por amigos expertos, en opinión de los cuales aquél era el más chic de la ciudad. Y allí era donde trabajaba Básil, que realizó un proyecto excelente. Transformó aquel dúplex, que ya tenía muchas posibilidades, en un piso de estrella de cine, que, en realidad, era la vocación secreta de Mascaró. Después de aquel acierto, muy celebrado entre las amistades del doctor, que celebró más de una inauguración para satisfacer la curiosidad de todos, la relación entre ambos hombres se hizo más estrecha. A muchas de las fiestas fue invitado Básil, que, junto con el piso, resultó la vedette. Según Mascaró, Básil era el hombre más cautivador que jamás había conocido; y no sólo él lo pensaba, todos sus amigos eran del mismo parecer. Decía que verlo actuar en sociedad era tan apasionante como observar a una araña tejiendo su tela. Básil dejaba escapar sus filamentos, tan sutiles y tan sólidos a la vez, y lentamente, las presas caían y quedaban atrapadas.

Mascaró aseguraba que a ninguna de aquellas soirées Básil había acudido con Laura. En realidad, en aquel tiempo, él incluso ignoraba que tuviera novia. Por eso se quedó boquiabierto cuando Básil le dijo que se iba a vivir con Laura, coincidiendo, más o menos, con la época en que cambió de trabajo y comenzó a dirigir el nuevo departamento de una firma de antigüedades muy prestigiosa. Mascaró daba fe, porque poco tiempo después, Básil le comentó que quería comprar unas acciones, operación que le resultaría muy conveniente para ocupar una posición de fuerza en la empresa.

Pensaba Mascaró que en aquella época quizás había visto sólo una o dos veces a Laura, pero había sido suficiente para darse cuenta de que no era la pareja

ideal para B́asil. Mascaró habŕa dicho que aquel hombre necesitaba a su lado a alguien ḿas imaginativo, ḿas vistoso, ḿas mundano. Una persona menos preocupada por los de-ḿas y ḿas ocupada en su propia imagen, en la est́tica. Laura, sin embargo, era una mujer tranquila, hogareña y un tanto ingenua... Por ejemplo, estaba convencida de que su trabajo podŕa servir para mejorar la vida de las personas, objetivo que ni por un instante se adecuaba a los de su marido. En cualquier caso, a pesar de su opini3n sobre la disparidad de maneras de ser y de caracteres, unos ańos ḿas tarde B́asil y Laura se hab́an casado. «Los hombres a veces son muy extrańos», reflexionaba Mascar3. «B́asil habŕa podido optar por una mujer de bandera y se hab́a enrollado con una que no estaba a su altura». Tal vez aquella idea se podŕa resumir con una frase del propio B́asil, dicha —no sab́a a raíz de qu3— cuando sub́an al coche los novios y Mascar3, testigo de la boda: «Chata, eres la nińa de mis ojos, pero debo reconocer que eres una nulidad». Mascar3 se dijo: «Ya lo deća yo». Y no entendi3 por qu3 se hab́a casado con ella.

Recordaba Mascar3 que no hab́an transcurrido ni dos meses de la ceremonia, cuando B́asil lo visit3 para hablarle de Laura. Le dijo que, seǵn ella misma deća, no se encontraba bien, se sent́a deprimida y no sab́a por qu3. «¿Y t́ que piensas?», pregunt3 Mascar3. «¿Yo? Que son tonterías. Que no le pasa nada. Ya sabes que yo no me creo eso de las depresiones. Demasiado Prozac, demasiadas psicoterapias... Si Laura quisiera, haŕa un esfuerzo y se recuperaŕa».

Admit́a Mascar3 que, naturalmente, no coincid́a con B́asil: recuperarse de una depresi3n no depende de las ganas del enfermo. De modo que, a pesar de la poca gracia que le haća convertirse en el m3dico de Laura, porque teḿa que aquel v́nculo enturbiara la relaci3n con su amigo, se vio obligado a ofrecer: «Si crees que la puedo ayudar...». B́asil salt3 de inmediato: «Justamente, quiero que te ocupes de ella. Insisto en que si tuviera ḿas sentido coḿn y ḿas fuerza de voluntad lo superaŕa sola, pero, como se emperr3 en buscar ayudar y parece que ha pedido hora para una terapeuta, yo le he advertido que o t́ o nada». Mascar3 intent3 hacerle comprender que, si ella hab́a contactado con otra persona, tal vez era mejor respetarlo. B́asil, no obstante, se neg3 a escucharlo. Le dijo: «Estoy seguro de que seŕa ḿas un estorbo que una ayuda. Te necesitamos a ti».

Desde entonces, Mascar3 se hab́a convertido en el psiquiatra de Laura. Se veían, si nada lo imped́a, el d́a 10 de cada mes. Confesaba Mascar3 que durante la primera visita se hab́a quedado impresionado al observar el deterioro emocional de Laura. Se la notaba en muy baja forma, con mucha ansiedad. La mujer manifestaba el miedo de estar volvi3ndose loca. Lleg3 a decir que sent́a como si en su interior convivieran dos Lauras; que no se reconoća. Lo quisiera o no B́asil, la

profesionalidad de Mascaró exigía que medicara a Laura, así que le recetó ansiolíticos. Una semana más tarde, Básil le dijo que creía que la medicación había resultado un acierto: Laura se mostraba menos irritable y más dócil; la convivencia había retomado un ritmo más agradable, como el que tenían antes de casarse.

Reconocía Mascaró que Laura no era una de esas pacientes que te hacen sentir orgulloso de tu labor. No. A pesar de los esfuerzos terapéuticos de él y de las horas gastadas con Básil para ver cómo se podía enfocar mejor la psicoterapia, Laura no avanzaba. Al contrario, aunque Básil se mostraba contento con los cambios operados por los fármacos, Mascaró no acababa de ver que se produjera ningún progreso. Admitía que le pesaba la idea de tener que cargar con aquella enferma el resto de la vida. Lo que no sabía entonces era que la de Laura sería tan corta.

Declaraba Mascaró que, desde que él se ocupaba de Laura, su amistad con Básil no había resultado en absoluto dañada, sino todo lo contrario: se había reforzado. Mascaró era el confidente de Básil. Reconocía Mascaró que Básil no había acabado de tener suerte en la vida: una mujer problemática, un sueldo por debajo de lo que se merecía y, en consecuencia, una casa, un coche y un vestuario un poco menos distinguidos de lo que hubiera ambicionado y, en especial, una responsabilidad profesional nada proporcionada a sus capacidades. Por méritos, le correspondía más, mucho más. Mascaró estaba seguro de que tarde o temprano se produciría un cambio. Siempre le decía: «El día menos pensado volarás y nos dejarás a todos boquiabiertos. Te convertirás en alguien importante».

Según Mascaró, Laura compartía su manera de ver la situación. En realidad, ella se sorprendía de tener un trabajo de más prestigio que el de su marido y de ganar casi el doble. Consideraba que Básil lo habría merecido más que ella misma. Mascaró reconocía que, a menudo, Laura resultaba un buen apoyo para Básil, a pesar de que se habría guardado bien de decírselo a él, que no lo habría admitido de ningún modo. Pero era cierto: Laura era la principal admiradora de Básil, siempre le demostraba su confianza en el brillante futuro que le esperaba y que un día u otro se materializaría.

Si admitía ese apoyo constante de Laura hacia Básil, no significaba que no reconociera también lo mismo en el otro sentido. En realidad, Básil era el sostén de Laura. Ella siempre se dejaba llevar por él, siempre estaba pendiente de sus opiniones, siempre repetía sus juicios. Las creencias de él eran las de ella. Seguía sus consejos al pie de la letra. Por todo ello, Mascaró se sintió perplejo cuando, en el mes de enero pasado, Básil había ido a verlo para hablarle de la obsesión de Laura

respecto a la convocatoria de remodelación del MNAC. Mascaró lo ignoraba. Básil le dijo que Laura se había negado a escuchar sus argumentos recomendándole que renunciara a participar y había mostrado una obstinación nada habitual en ella por presentarse con un proyecto propio y en solitario.

Confesaba Mascaró que la actitud de Laura le había resultado insólita, porque nunca antes había tenido una reacción de ese tipo. Si siempre estaba pendiente de las opiniones y los consejos de Básil... A pesar de todo, se vio obligado a contrariar a Básil, porque no veía dónde estaba el problema. Básil había insistido: «No creo que, en las condiciones emocionales en que se encuentra, sea capaz de llevar adelante este proyecto, me gustaría que me ayudaras a quitárselo de la cabeza». «¡Aja!», se dijo Mascaró. O sea, que el problema, básicamente, radicaba en el carácter protector de Básil hacia ella, en su voluntad de ahorrarle quebraderos de cabeza inútiles. Mascaró conocía bastante bien aquella faceta paternal, que sólo afloraba en relación a su mujer. Así pues, le dijo que lo comprendía pero que, francamente, consideraba que no había necesidad de desestabilizarla impidiéndole la participación; era mejor dejar que ella misma colgara los guantes antes de llegar hasta el final. Eso le había dicho, convencido de que Laura no tendría fuerzas para llevar a puerto el trabajo. ¡Qué sorpresa fue que se saliera con la suya!

Diez días después de haber acabado el proyecto, Laura se presentó en el consultorio y, por primera vez, la visita no se desarrolló siguiendo el patrón habitual. Mascaró admitía que no recordaba qué, en la actitud o en las palabras de ella, lo había sorprendido, pero había tenido la certeza de que Laura se encontraba en un momento de inflexión, a pesar de que habría sido incapaz de decir dónde desembocaría. Quizás aquella intuición surgió del hecho de que la propia Laura le explicó que hacía poco había visto una película que la había trastornado. No le había hablado en absoluto del argumento, sino sólo de los efectos que ciertas imágenes habían tenido en su estado de ánimo. Recordaba Mascaró que, para hacerse entender, la primera imagen que Laura había usado era la de un espejo colocado en un lugar donde no te esperas que haya ninguno. «Imagínate», le había dicho, «que entras a una sala, al final de la cual hay un espejo que tú no has percibido. Cuando llegas al extremo de la sala, alzas la vista y te ves reflejada, pero, como no lo esperas, no te reconoces. Tardas unos segundos en comprender que la imagen que hay delante de ti eres tú misma». Mascaró le había respondido que sí, que se hacía cargo, pero que qué tenía aquello que ver con la película o con ella misma. Le había explicado Laura que en la película una niña vivía unas experiencias que, según quién las juzgara, podían considerarse una nimiedad, cosas de criaturas, pero que, vistas desde el ángulo adecuado, eran tremendas. Añadió: «Las vi, las comprendí, me causaron un gran impacto, pero tardé todavía un poco

en reconocerme en ellas».

Se lamentaba Mascaró de que, por más que lo hubiera intentado, no le había podido sacar ni una frase más. Ni el título de la película, ni el tema, ni una descripción aproximada de la escena que había actuado como detonante. Porque, para Mascaró era indiscutible, en la mente de Laura se había producido algún «clic» que, de momento, ella no deseaba compartir. Mascaró, convencido de que antes o después Laura le hablaría de ello, no quiso que se sintiera presionada y le evitó un interrogatorio.

Ahora Mascaró admitía que se había equivocado por completo. Laura no sólo no había salido de su mutismo respecto a aquella cuestión, sino que, en general, había dejado de hablar. Durante las tres sesiones que hubo desde aquélla hasta la de antes de que muriera, observó cómo Laura se iba cerrando más en sí misma, se abstraía en un mundo propio al que a él se le impedía el acceso. Por eso no se sorprendió cuando, a principios de septiembre, Básil lo invitó a almorzar y le explicó que estaba preocupado, mucho, por la salud mental de Laura. Básil consideraba que de verdad estaba perdiendo la razón. Hablaron un poco de las estrategias a seguir en lo tocante a la casa, al niño, al trabajo... «¿Y la remodelación del MNAC? ¿Ya se ha fallado el concurso?», le preguntó Mascaró a Básil. «Oh, esta cuestión no me preocupa —replicó Básil—. Hace ya un mes y medio que hablé con uno de los miembros del jurado». Cuando les sirvieron los cafés, Básil se sinceró del todo y le dijo que, por primera vez, pensaba en una presumible separación de él y Laura y le preguntó si, en caso de que se produjera, él, como psiquiatra, podría hacer un informe para demostrar que Laura no era competente para ocuparse de Álex. Mascaró le dijo que no se preocupara, que si la separación se hacía efectiva, cualquier juez valoraría negativamente el estado mental de Laura. A pesar de todo, le dijo que confiaba en que no se produciría la ruptura. Básil había respondido que él también estaba persuadido de que no habría necesidad, y que sólo había querido confirmar que se quedaría con la custodia de Álex si algún día eso ocurría. Para terminar, Básil le había dicho que veía a Laura tan nerviosa que no sabía si había dejado de tomar la medicación o si, tal vez, la dosis le quedaba corta.

Recordaba Mascaró que esa conversación con Básil había tenido lugar entre el 4 y el 8 de septiembre, y que Laura todavía había ido a su consultorio una última vez el 10 de septiembre. La última sesión con ella constituyó una nueva sorpresa, hasta el punto de que Mascaró, no lo negaba, había pensado que, más que tener delante a un mujer con un cierto grado de demencia, estaba delante de una mujer que, de repente, había encontrado el camino y estaba decidida a seguirlo hasta el final.

Mascaró no sabía decir por qué le pareció notar aquella determinación nueva, pero sí podía explicar una anécdota significativa del cambio en el estado de ánimo de ella. Sorprendentemente, Laura, que últimamente no le confiaba ninguna intimidad, le había revelado que sabía de la existencia de una aventura entre B́asil y su hermana. Mascaró no había hecho ningún gesto, ni había dicho nada por miedo a romper su discurso. Laura le dijo que lo había descubierto por casualidad pocos días atŕas, en una casa que su madre tena en la playa. Considerando la tensi3n con que siempre vivía Laura las reuniones entre B́asil y cualquier persona del entorno de ella —hermana, amigas, amigos, Sergio, compa˜eros del taller y, muy especialmente, su madre—, aquella fiesta familiar haba resultado bastante relajada. Cualquier celebraci3n que no fuera con amigos de 3l era motivo de discusi3n entre la pareja, antes y despu3s. B́asil no soportaba a la gente del lado de Laura, pero, como era elegante y encantador, ponía buena cara mientras los invitados estaban presentes y, en cuanto Laura y 3l se quedaban solos, comenzaban las cr3ticas. La madre era una dominante; Raquel, una ciclot3mica alocada; Gina, una mujer demasiado libre y extrovertida; Sergio, un calzonazos sin el ḿas m3nimo gusto...

Mascaró no salía de su asombro: por primera vez, Laura se quejaba abiertamente de B́asil. Y no se detuvo all3. Hizo patente su disgusto desde el primero hasta el 3ltimo minuto de la sesi3n. Había descubierto que Raquel y B́asil haban estado enrollados por un comentario de Raquel, «piece of cake», que, dados los conocimientos rudimentarios de la hermana en lo referente al ingl3s y, sobre todo, la mirada encendida de B́asil, s3lo haba podido aprender follando con su marido. «Piece of cake» era una expresi3n que ella odiaba en particular porque representaba de manera muy sint3tica c3mo se comportaba B́asil en las relaciones íntimas: s3lo se preocupaba por 3l mismo. Antes de empezar, preparaba un atrezo de espejos y otras cuestiones que s3lo servían a sus propios intereses. Mientras estaban en ello, Laura tena que adoptar posturas que no la satisfacían y admitir pŕcticas que no le aportaban ning3n placer. Se sentía usada, como si fuera una cosa. Y finalmente, cuando B́asil se corría, como en un automatismo, dejaba ir aquel «piece of cake». El sexo con 3l se haba vuelto tan abominable que ella lo evitaba siempre que le era posible. Incluso tena aversi3n a su propio dormitorio. Había tardado mucho en entender que no era fr3gida como B́asil pretendía, sino que su cuerpo y su mente se negaban al ḿas m3nimo contacto f3sico con 3l. En fin, acab3 por confesarle Laura, ahora ya nada importaba. Por otro lado, la aventura con Raquel le constaba que no haba sido la 3nica infidelidad de 3l. Seg3n Mascaró, en ese punto, Laura casi se haba atragantado con su propio sarcasmo. Seg3n parecía, B́asil siempre le advertía de la importancia de la fidelidad para mantener unida a la pareja. S3lo ahora comprendía que durante todos aquellos a˜os ella haba llevado un cintur3n de castidad virtual que s3lo 3l estaba autorizado a desabrochar. El

principio de lealtad sólo regía para ella, ya que Básil no había tenido nunca ninguna vacilación a la hora de coleccionar amantes. Siempre que ella había intuido el doble juego de Básil y le había pedido explicaciones, había tenido que oír que eran imaginaciones suyas, que era demasiado celosa... Laura había llegado a aceptar que no había traiciones de Básil, sino fantasmas elaborados por su mente enferma. Y había terminado por hacer suya la idea que siempre le repetía Básil: todos los problemas de su vida en común eran culpa de ella. Y ahora, Mascaró no podía decir por qué, Laura había empezado a verlo todo de manera diferente. Por primera vez, no sólo se quejaba del trato de Básil, sino que, además, se negaba a admitir la responsabilidad de los problemas, las crisis y la desarmonía del matrimonio, como siempre había hecho.

Admitía Mascaró que percibirla tan lanzada le había causado un gran impacto. Era una mujer nueva, diferente. ¿De qué era capaz? ¿Hasta dónde pretendía llegar? Le había dicho que, dado que la sesión había terminado, continuarían trabajando todos esos aspectos nuevos al mes siguiente. Y le había aumentado ligeramente la dosis de ansiolíticos hasta entonces.

Sostenía que si hubiera intuido que Laura estaba tan mal, él habría reaccionado. Porque era obvio que estaba pasando por una crisis severa que él no había sabido detectar. Una crisis que, como le había dicho Básil y también me hacía saber a mí, dado que —le constaba— había sido la mejor amiga de Laura, había desembocado en un suicidio. Para él estaba claro: Laura se había despeñado por las curvas de Garraf deliberadamente, y él, su psiquiatra, no había sido capaz de anticiparlo. Revelaciones médicas que no tenían que salir del despacho, por descontado.

¿Una mujer que no estaba a la altura de Básil? Cuando pensaba en aquella frase del imbécil del psiquiatra, todavía me quemaba la cara de rabia. Laura había sido siempre la más brillante de todas las chicas que yo había conocido: arriesgada, vital, creativa, preocupada por los demás, generosa, competente, responsable... Nada que ver con Básil, ¡afortunadamente! Por lo que parecía, los últimos años había estado abatida o francamente deprimida y, por lo tanto, no había podido resultar la mujer estimulante que siempre había sido. Pero ¿quién podía culparla de tener menos empuje, menos iniciativa, menos alegría, si emocionalmente no estaba bien? Y todavía otra cuestión: ¿por qué no lo estaba? Ésta era la pregunta que una vez y otra aparecía en mi cabeza. Laura nunca había sido una persona depresiva, como la pintaba Juan; ni apática, como la describía —al menos de un tiempo a esta parte— Sergio; ni nada privada de viveza, como sugería Raquel; ni en absoluto desinteresada por el sexo, como le reprochaba Básil; ni capaz de aguantar a su lado

a una persona enferma por el dinero y que le controlara los gastos con meticulosidad, según explicaba Miguel. Me tenía perpleja aquella escisión entre la Laura que yo conocía, y que de hecho era la que emergía en nuestra correspondencia, y la Laura que mis interlocutores describían. ¿Qué o quién había provocado este cambio tan notable? Ésta era la cuestión. Quería encontrar la respuesta. Quizás, cuando la descubriera, comprendería la extraña muerte de Laura.

Por otra parte, la conversación con Juan Mascaró me había confirmado dos cuestiones. La primera, que si una persona busca ayuda psiquiátrica o psicológica, deber ir con mucho cuidado al seleccionar al terapeuta. Los terapeutas no son neutros; están impregnados de prejuicios y de su ideología y pueden no entender nada de la persona a quien deben ayudar. Y menos, claro, en el caso de Mascaró, que más que el psiquiatra de Laura parecía el mando a distancia de Bási. Bási, con buena voluntad o no, apretaba un botón, y Juan actuaba en consecuencia. Y Laura estaba en sus manos sin demasiadas posibilidades de defensa, por lo que se veía.

La segunda cuestión que había sacado en claro es que, efectivamente, Bási era un mentiroso. ¿Un mentiroso compulsivo? Tal vez, si tenía que juzgar por las falsedades que le había descubierto en pocos días. En cualquier caso, era un tío que mentía en beneficio propio. No tanto para exagerar sus éxitos, más bien escasos, sino para conseguir sus propósitos. Por ejemplo, me había mentido en lo que se refería al objetivo de la conversación mantenida con Mascaró después de que Laura se obcecara con la remodelación del MNAC. Bási había intentado hacerme creer que había requerido su colaboración para ayudarla a llegar hasta el final, pero, en realidad, tal como había confesado el doctor, lo presionaba para que le quitara la idea de la cabeza. Una demostración más de que Bási utilizaba a Mascaró como control remoto de Laura y, además, que lo vestía como una forma de protección. Y a mí, cada vez más, me parecía una manera de agredirla sin ensuciarse las manos. En cualquier caso, esta vez la estrategia le había fallado: Laura había desarrollado el proyecto y lo había presentado al concurso.

¿Y qué razón podía moverle a él a no querer que Laura se presentara? Éste era otro aspecto que me intrigaba. Porque, por descontado, ahora ya no creía la versión de Mascaró, que lo justificaba por la relación que Bási sostenía con Laura. Una relación paternal. Un padre convencido de estar en posesión de la verdad. Un padre que todo lo hace por el bien de su criatura, le guste o no a ella. Ahora sabía que Bási no actuaba a favor de los demás sino sólo a favor suyo. Por lo tanto, si boicoteaba el proyecto de Laura, era porque, por alguna razón, a él no le convenía.

Y otra cuestión me había dejado muy sorprendida: el hecho de que Básił le hubiera hablado al psiquiatra de una, aunque sólo fuera hipotética, separación de Laura y él. Si era Básił quien planteaba la ruptura, ¿por qué finalmente admitía que prefería que no se produjera, que la situación se pudiera resolver sin llegar a ese extremo? No resultaba verosímil. Tal vez, pues, era Laura quien había sugerido la conveniencia de divorciarse. Eso explicaría que Básił estuviera preparando el terreno para hacerse con la custodia del hijo, pero abría un nuevo interrogante en lo que respecta a Laura. ¿Por qué no lo había comentado con nadie? A mí no me había dicho nada... me parecía. Lo tendría que comprobar en la correspondencia. Tampoco Sergio parecía estar al corriente. ¿O no me había querido hablar de ello? ¿Y a su psiquiatra también le escondía una decisión de este tipo? Quizás no confiaba en él. Quizás tampoco Sergio y yo le parecíamos dignos de crédito. Tal vez Laura desconfiaba de todos.

Y finalmente decidí que tenía que volver a ver la película para centrarme en las escenas donde la protagonista revivía la infancia. Allí estaba la clave.

R., la mujer bosnia, me había contestado y había aceptado tener una conversación en mi apartamento. Mientras la esperaba, leí una vez más los correos de Laura enviados desde el mes de enero. Sólo tres contenían hipotéticos indicios de la decisión de separarse. A pesar de ello, eran pistas que también podían atribuirse a otras cuestiones. En uno hablaba de una crisis, pero no decía que se refiriera a su vida de pareja. En otro decía que había visto la luz. Por experiencia sabía que la revelación repentina de que estás al lado de un hombre que no te conviene podía explicarse como una iluminación de la mente. Pero no todas las visiones claras respondían a lo mismo. En el tercero había una frase que, a pesar de su inocencia, quizás era la que más se acercaba a una declaración de ruptura matrimonial. Decía: «Quiero que sepas que ya tengo claro que no tendremos que vernos a escondidas. Básił ya no podrá decir nada».

En absoluto convencida de haber encontrado algo definitivo, cerré la carpeta de mi correspondencia con Laura y abrí la bandeja de entrada para contestar los correos que todavía no había respondido. Había correos de amigos y de compañeros de Estados Unidos, los había profesionales y los había personales... Me puse a trabajar hasta que la visita que esperaba llegó.

R. me dijo: «¿Sabe cuál fue el impacto más fuerte que recibí al salir del campo de internamiento y poder exiliarme a Francia? Dar me cuenta de que durante todo aquel tiempo en el que yo había vivido como si no fuera una persona, ni siquiera un animal, sino una cosa, y además de poco valor, un mundo paralelo, idéntico al de

siempre, había continuado existiendo al margen de mí, de nosotros. Los aviones y los trenes habían continuado trasladando personas de una ciudad a otra, las escuelas, los hospitales, las bibliotecas, los cines y los restaurantes habían continuado en activo, y las personas habían continuado trabajando, amando, comiendo, riendo, muriendo... Dos mundos, uno junto a otro, funcionando simultáneamente pero sin ningún punto de contacto. Cuando llegué a París, me sorprendió ver a las mujeres bien vestidas, maquilladas, perfumadas y con joyas. A mí no me quedaba nada, ni siquiera mi cuerpo. Porque yo me encontraba desdoblada: de un lado, yo estaba fuera de mí y, del otro, había un cuerpo que había dejado de ser el mío, pero que me veía obligada a arrastrar de aquí para allá, sin poder desvincularme de él. Como tampoco conseguía liberarme de las imágenes que, una y otra vez, y siempre que cerraba los ojos, aparecían para recordarme por qué mi cuerpo no era más que un pozo de estiércol. Por eso no quería dormir, ya que hacerlo implicaba cerrar los ojos y volver a ver una multitud de rostros de hombres, cazadores excitados ante la presa acechada. Entre aquellos hombres anónimos sólo puedo recordar a uno, mi vecino: un hombre que siempre había sido muy agradable y educado, maestro de escuela. De todas las reiteradas violaciones que tuve que soportar, las más dolorosas fueron las tuyas, aquel serbio que durante tres años había vivido pared con pared conmigo, una mujer musulmana.

»De hecho, cuando, el día que comenzó aquel calvario, él llamó a mi puerta para ordenarme que lo siguiera, su tono agrio me resultó más extraño que el fusil que llevaba en la mano. Fue su voz nueva e imperativa la que me llevó a obedecerlo sin cuestionarme nada. Después pensé que, sólo con los gestos y el lenguaje, una persona puede generarle a otra tanto miedo que la paralice. Me dijo que pusiera unas cuantas cosas en una bolsa, que abandonábamos el pueblo.

»Como soy enfermera, en el campo de internamiento disfruté de ciertos privilegios, incluso cuando ya había tenido que abandonar el barracón donde estábamos todas y había tenido que instalarme en una barraca pequeña con las otras mujeres jóvenes para estar a disposición de los soldados. La diversión no era tener relaciones sexuales con nosotras, ni siquiera experimentar placer sexual. La diversión consistía en humillarnos al máximo, someternos a través del sexo.

»Después de pasar por las violaciones colectivas, me parecía que ya no me quedaba nada más por vivir: con las manos atadas, mientras dos hombres me sujetaban las piernas, otro se colocaba encima de mí y me penetraba con brutalidad. Y luego otro y otro... Y me golpeaban o me orinaban en la boca. Yo no podía pensar. Me limitaba a ver aquella escena desde fuera de mi cuerpo, como si no me ocurriera a mí.

»Después, cuando ya estaba en el avión que me llevaba a París, no dejaba de preguntarme cómo un hombre puede tener una erección fruto del odio. Y cómo te puede preñar sólo para hacerte daño. Porque, cuando abandoné el campo y supe que estaba embarazada, ya era demasiado tarde para abortar y no tuve más remedio que esperar hasta el final del proceso, notando cómo mi cuerpo se hinchaba y se deformaba con una especie de cáncer que crecía en mi interior. Porque ni siquiera una vez imaginé que bajo ese vientre voluminoso crecía un ser humano. Sólo pensaba en ello como en una excrecencia asquerosa de la que quería liberarme cuanto antes.

»Tuve que esperar hasta el final para quitarme de encima ese lastre. No quise saber si era niño o niña, no quise tocar ni ver a la criatura. Las mujeres hemos sido educadas para ocuparnos de los demás, para sentir compasión. Y estoy segura de que si le hubiera puesto los ojos encima no me habría podido separar de ella. Pero también estoy segura de que toda mi vida hubiera tenido que lamentar haberme hecho cargo de ese ser nacido del odio».

Me había quedado adormilada encima de un libro sobre la personalidad de Heinrich Himmler, cuando el timbre del móvil me espabiló. Antes de contestar, miré la pantalla y el corazón se me subió a la garganta. ¿Laura? Durante los breves instantes que vacilé antes de responder, a pesar de que era absurdo, mi mente se obcecó en creer que la llamada era, en efecto, de mi amiga.

Tuve que violentar mis pensamientos para que se adaptaran a la lógica y se redujera un poco el temblor de mis manos, que, estoy segura, se me debía de notar en la voz.

—¿Sí?

—Gina...

Puede parecer estúpido, ya lo sé, pero la voz de Ana me hizo sentir picazón en la garganta y en los ojos. Instantes después, las lágrimas me corrían por las mejillas. No habría podido decir cuál era la razón de mi llanto: porque no era mi amiga, porque era Ana, o porque yo todavía no había tenido el coraje de borrar el nombre de Laura de la agenda.

Me levanté para coger un pañuelo de papel mientras escuchaba las explicaciones de Ana. Me soné sin hacer ruido.

—Raquel me dijo que habías pasado por casa. Lo siento, cariño. Tendría que haberte avisado de que no iba a estar, pero el viaje fue muy precipitado y no dispuse de tiempo para nada.

—No te preocupes en absoluto —le dije, intentando poner una voz poco nasal.

Me dijo que tenía muchas, muchas, ganas de verme y de hablar.

Al día siguiente a las nueve tocaba el timbre de casa de Ana, y esta vez me abrió ella misma.

Cerramos la puerta y nos abrazamos. Llorábamos en silencio. Luego nos separamos un poco y nos miramos. Sabía que ella sentía lo mismo que yo: bienestar

por el hecho de que pudiéramos rememorar las dos al mismo tiempo a Laura.

—¿Álex no está hoy?

Ana sonrió con ternura y dijo que sí, pero que todavía estaba en la cama.

—Como esta noche ha dormido muy mal, confío en que se despertará tarde y tendremos un buen rato para charlar.

Entramos en la cocina, donde Ana había preparado el desayuno.

—Este niño siempre había tenido problemas de insomnio, pero desde la muerte de su madre...

El insomnio de Álex me recordó las dificultades para dormir que había inventado para Mascaró.

—¿Sabías que Laura iba al psiquiatra?

—Claro que lo sabía. Ese imbécil de Mascaró...

No me pareció extraño que le mereciera la misma opinión que a mí. A pesar de que éramos muy diferentes, Ana y yo siempre habíamos tenido muchas afinidades; más que ella y su hija.

—Un tonto encantado de haberse conocido —añadí.

—Exacto —dijo ella con viveza—. ¿Té?

Mientras me lo servía en un tazón grande, con el doble de la capacidad que las tazas de desayunar, me preguntó:

—¿Lo conoces?

—Lo quise conocer cuando supe que Laura había sido su paciente.

Imaginé que me preguntaría por qué, pero no lo hizo. Como si fuera natural tener una charla con el terapeuta de la amiga que acaba de morir. Una actitud muy en la línea de Ana, que no se agitaba si no era del todo necesario.

—Y a ti, ¿por qué no te gustaba?

Ana sacó dos tostadas de la tostadora y me puso una en el plato. Después me acercó la mantequilla y dos botes de mermelada.

Destapé el de naranja amarga.

—No me gustaba porque no ayudaba a Laura. Y me parece que no lo podía hacer porque era demasiado amigo de Básil.

—¿Te lo había dicho Laura?

—Abiertamente, no. Laura era muy reservada. Ya lo sabes. Y más en según qué cuestiones. Lo había deducido por algunos de sus comentarios.

—¿Crees que ella confiaba en él?

Ana hizo un gesto muy triste con la boca.

—No. Estoy segura. Le angustiaba que cualquier información que le facilitara acabara sabiéndola Básil...

Se interrumpió y me miró con un aire lastimoso. Después, dijo:

—De una cosa estoy segura: cuando quería que Básil se enterara de algo, y no por ella misma, se lo explicaba a Mascaró.

—¡Qué ético el tío!

Ana suspiró.

—Tengo la sensación de que no había mala fe por su parte. Sólo una certeza absoluta en que nadie mejor que Básil para saber qué le convenía a Laura.

—¿Y le convenía un psiquiatra?

—¡Claro! Pero no Mascaró.

¿Quién me iba a decir el día que lo conocí que, en un futuro no muy lejano, tendría una opinión tan diferente de él? Porque, ¿sabes, Gina?, el primer día que Básil apareció por casa me fascinó. Ésta es la palabra que mejor define la atracción irresistible que me provocó. Con eso no quiero decir que cayera víctima de sus gracias y me enamorara de él. No. Quiero decir que, como madre de la chica,

pensaba que mi hija había tenido una suerte loca. Era un chico ideal, educado, gentil, atento, simpático, divertido... Con una sana ambición, eso me pareció entonces, y, además, guapísimo. El campo magnético de Básil nos succionaba a Raquel y a mí. Porque Raquel, tan cándida ella, siempre ha estado muy pendiente, demasiado, de su cuñado. Pedro, en cambio, parecía revestido de alguna especie de protección contra tanto magnetismo. «¡No es para tanto!», me dijo riendo por la noche, cuando le elogiaba a Básil, supongo que desmesuradamente. Él, Pedro, era el único que no estaba conmocionado. Bueno, tal vez no sólo él, porque, si te tengo que decir la verdad, tampoco Laura parecía tan deslumbrada como su hermana y como yo. Al menos durante los primeros meses de la relación. Yo siempre pensaba: Laura se deja querer. Porque la verdad, él hacía muchos más esfuerzos, muchos más gestos que ella. Él siempre pendiente de Laura: regalos, flores, llamadas, salidas... Tanto que, antes del año, yo ya lo encontraba empalagoso. Un poco demasiado pegajoso, ¿sabes qué quiero decir, verdad? ¡Demasiado Básil y poco espacio para respirar! Pero entonces ya era tarde para hacerle reflexiones a Laura; entonces ya había sucumbido al sonido de la flauta del encantador de serpientes.

El año siguiente fue uno de los peores de mi vida. A Pedro le detectaron el cáncer de páncreas y supimos que tenía los días contados. Sé que tú viviste la enfermedad de Pedro desde California y, por lo que me decía Laura, sé que estabas también muy afectada. En aquella época yo no disponía de tiempo ni de ganas para relacionarme con nadie. Y a pesar de que te echaba de menos y me habría gustado que estuvieras a mi lado como una hija más, no te dije nada. Justo entonces, a Laura se le ocurrió irse a vivir con Básil. Ya sé que te puede parecer egoísta, pero no me entraba en la cabeza que no pudieran esperar unos meses. Si, al fin y al cabo, la vida de Pedro no duraría más de medio año, con suerte. Pues Laura, empecinada en marcharse. Muchas veces me he preguntado si la manía era suya o si fue una maniobra más de todas las que —después he descubierto— era y es capaz Básil.

De ninguna manera le habría discutido una decisión personal como aquella, por mucho que a mí no me pareciera el momento adecuado para hacerlo. Ya sabes que no me gusta interferir en las resoluciones de los demás. ¿Quién es una para saber qué es mejor para otro individuo? Por nada del mundo me habría opuesto a la convivencia de Laura con Básil, excepto, naturalmente, si hubiera tenido algún indicio razonable de que podía ser nefasta para mi hija. Y eso es lo que pasó. Quiero decir que, de repente, me cayó la venda de los ojos y vi a Básil tal como era. Fue tan inesperado... Estábamos en casa. Yo, en la habitación con Pedro, que salía de una nueva tanda de quimioterapia y no tenía ánimo ni para incorporarse cuando tenía que vomitar. Laura y Básil estaban en la sala estudiando los planos del piso de la abuela que se habían arreglado para ellos, después de que me hubieran forzado a

echar a los inquilinos. Dejé unos minutos solo a Pedro para ir a buscarle un vaso de agua. Al pasar por delante de la puerta de la sala, me di cuenta de que Laura no estaba y capté un movimiento furtivo de Básil, como si intentara evitar que descubriera qué tenía en las manos. Pero lo vi. A pesar de que fue sólo una fracción de segundos, supe que Básil estaba hojeando la agenda de Laura. Estoy segura porque en aquella época Laura utilizaba una agenda muy vistosa, con páginas de colores ácidos y fosforescentes. Es probable que si Básil no hubiera querido ocultar su acción, yo no me hubiera dado cuenta de que hacía trampa. No dije nada, claro. Era un acto que no encajaba con la corrección formal de Básil y me dejó perpleja. Pero no me quería precipitar a juzgarlo. Pero unos días más tarde había constatado dos cuestiones más que, sumadas a la de la agenda, me indujeron a hablar con Laura a propósito de la inadecuación de Básil como pareja. La primera fue cuando se me hizo evidente que curiosearle la agenda era para él una actividad muy habitual y, lo que es peor, usar las informaciones para dirigir a Laura por donde a él le apeteciera, también. La segunda fue saber que algunos de los muebles que habían instalado en el piso de la abuela y que eran propiedad de Básil estaban cerrados con llave. Y sólo él controlaba las llaves. Me pareció que esa vigilancia que pretendía Básil, Laura no la debía aguantar. Le dije que Básil no le convenía. En esa época, no obstante, Laura ya había resultado atraída por la órbita de Básil y ya era su satélite. Se negó a escucharme, me dijo que nunca se habría imaginado que tendría una actitud de enfrentamiento con su novio y que la dejara en paz, que ya sabía lo que hacía.

Lo dejé pasar, claro. ¿Tú que habrías hecho? Lo mismo que yo, ¿verdad? Pensé que no había sido capaz de transmitirle con serenidad lo que quería decirle y que tal vez ella misma, cuando compartiera la vida con él, se daría cuenta de las malas artes que usaba. Lo que no había calculado yo es que la estrategia de Básil consistiría también, y especialmente, en alejar a Laura de todos nosotros, en especial de mí. ¡Con la excusa de que soy una mujer dominante...! Se podría haber apañado un pretexto más creíble.

Ni Pedro ni Raquel veían a Básil como yo. Pedro porque en ese momento no veía nada, pobre, tan fastidiado estaba. Y me decía que no me hiciera mala sangre, que todas las parejas necesitan un tiempo para compenetrarse. Y con Raquel tampoco podía hablar porque había perdido la chaveta por él. Se notaba a distancia, a pesar de que ella siempre ha creído que los demás somos tontos y no nos damos cuenta. El que siempre ha tenido plena conciencia y se ha aprovechado a fondo de ello ha sido Básil, que lo ha usado como le ha convenido. Básil se ha pasado la vida coqueteando con Raquel, a pesar de que, en mi opinión, no ha estado en absoluto interesado en ella. Digamos que Raquel siempre ha sido una especie de esparring

que ha permitido a B́asil estar en forma para seducir, pero, como mujer, nunca le ha gustado. Este flirteo en apariencia inofensivo con Raquel pretendía tambíen —creo— provocarle celos a Laura y hacerla suspirar por ́el. No śe si lo conseguía. Lo que śe śe es que Raquel nunca ha dejado de estar un poco, o muy, enamorada de B́asil. Y diría que, con mucha ingenuidad, siempre ha creído que si un día se acababa la historia con su hermana, B́asil caería rendido en sus brazos. Pobre incauta.

Laura cometió el error de explicarle a B́asil que yo le había aconsejado replantearse la convivencia con ́el. Su reacci3n fue inmediata y nada dulce. Me llam3 y me dijo, con una voz de hielo que nunca le había escuchado, que no me entrometiera jamś entre Laura y ́el, que las consecuencias serían terribles para mí. Admito que me asusté. Puede parecer estúpido, pero B́asil me dio miedo. Me pregunté qué era capaz de hacer. Como si me hubiera leído el pensamiento, me advirtió de que si volvía a meterme donde nadie me llamaba, ́el se encargaría de que cada vez viera menos a Laura. Me arrugué hasta un punto que yo misma ignoraba que podía alcanzar. ¿Qué podía hacer? Estaba exhausta emocional y físicamente por la enfermedad de Pedro, y casi sin fuerzas. ́El, en cambio, era como una roca, capaz de aplastar a quien le cerrara el camino. Y encima era inútil intentar hacer entrar en razones a Laura. Recogí velas. Le pedí disculpas a mí, llamémosle, yerno y le aseguré que me mantendría al margen de su pareja. ́El se despidió usando, ahora ś, su tono cordial y acariciador, como si no hubiera pasado nada.

Antes de morir, Pedro les legó el espejo oriental. ¿Sabes cuál quiero decir, verdad? Aquel de tres caras y madera policromada. Era una tradición familiar... ¡Ah!, ya veo que sabes de qué va. Yo me sentía rota en unos cuantos pedazos: porque mi marido se acababa, porque dejaría de ver aquel espejo que simbolizaba mi unió n con ́el y porque, encima, iría a quedarse en casa de B́asil. A pesar de todo, me alegraba saber que mi hija sería un centinela muy vigilante. Estaba segura, porque aquel espejo tenía tanto significado para ella como lo tenía para mí. No como el piso de la abuela, que más o menos le daba igual. Pero eso no lo descubrí hasta años más tarde y de manera fortuita: el piso ya no estaba a nombre de ella, sino de ́el. De manera que la tontita de mi hija había escuchado los consejos interesados de B́asil y le había servido una vivienda en bandeja.

Cada día que pasaba se me hacía más patente: la convivencia de los dos iba hacia adelante y, a la inversa, mi hija iba hacia atrás. Como si perdiera fuelle. Yo la veía incapaz de expresar sus necesidades y, por otro lado, con una disponibilidad sin límites hacia ́el. Pensar que durante los primeros meses B́asil tuvo que aplicarse con imaginaci3n y gentileza para ablandarle el coraz3n y que, ahora, la situaci3n se

había girado como una media... Laura perdía el culo por hacer cualquier cosa que B́asil deseara.

A pesar de todo, tengo que reconocer que el instante preciso en que me di cuenta de que Laura se iba a alejando sin remedio de la mujer que todos conocíamos fue después de casarse con B́asil. Recuerdo bien que a mí la boda no me hacía ninguna ilusión. Creía que era una nueva estrategia de él para atar más corto a Laura. Porque fue él quien insistió en oficializar la relación. «¿Quieres decir que tenéis alguna necesidad?», le pregunté a Laura. Pero ella se puso tensa, como siempre que el tema de conversación eran ellos dos, y me dijo que, por favor, no me metiera. No lo hice. Le dije que sería feliz si me dejaba regalarle el vestido. Y me lo permitió. Era un vestido-pantalón de satén y, puesto que lo tuvieron que ajustar un poco —siempre con la manía de adelgazar—, el día de la boda lo recogí yo para llevarlo a casa de ellos. Entonces ya no vivían en el piso que había sido de la abuela, sino que se habían comprado uno mayor en una zona, según B́asil, de más categoría.

«Espera aquí, mamá», me pidió Laura mientras me hacía sentar en el sofá. «Nos cambiamos y, luego, vendrás con nosotros». Y desapareció por el pasillo. Yo me entretuve mirando revistas de decoración, que Laura siempre llevaba a casa y a mí me resultaban estimulantes. De repente oí un ruido de cristales rotos. Me preocupé, porque venía de la habitación. No pude evitar este pensamiento: «¡El espejo oriental!». Y me adentré por el pasillo hasta llegar a la altura de la puerta que daba a la suite de ellos. Estaba cerrada y no osé llamar. Estaba a punto de preguntar si había pasado algo, cuando oí una voz que apenas conseguía contener la rabia. Más que una voz, parecía un trozo de papel de lija fregando alguna superficie. Pertenecía a B́asil. Decía: «¿Te das cuenta de lo que me fuerzas a hacer? Me sacas de quicio con tus sospechas y tus celos y, al final, me obligas a hacer lo que no quiero. La culpa es tuya».

Tuve que realizar un gran esfuerzo para mantener la puerta cerrada e irme de puntillas a la sala. Lo que me apetecía era entrar en la habitación y saltarle al cuello al miserable de B́asil. Y retorcérselo, sí, retorcérselo como si fuera un pollo. Por fin, los dos salieron de la habitación y vinieron a la sala. Los miré, no tanto para comprobar lo guapos que estaban, sino para ver la bronca de B́asil marcada en el rostro de mi hija. Pues nada de nada, impenetrable. Como una esfinge. Así estaba Laura. Me dije que debía de estar muy avezada a situaciones de aquella violencia y que ya había desarrollado una especie de máscara para lucir en público. Me costaba admitirlo, pero era así. ¿Y él? Él, suave como la seda. Amable, educado, atento. Como siempre. El doctor Jekyll y ḿister Hyde, me dije dejando la revista en que,

figuradamente, me había abstraído.

Y fue poco tiempo después de casarse cuando Laura empezó a hacerse visitar por ese psiquiatra, pero no me lo dijo hasta que nació Álex. Y ni siquiera fue una confesión voluntaria. Resultó una reacción imprevista a un comentario mío recomendándole alguna terapia. «Ya estoy haciendo una», me soltó de mal humor. Entonces me dijo cuatro cosas de Mascaró que fueron suficientes para permitirme captar su falta de compenetración. Más adelante tuve claro que aquel psiquiatra era una imposición más de Básil. Y es que Básil nunca se tomaba seriamente los males de Laura, ya fueran depresiones, migrañas o cólicos nefríticos. Siempre pontificaba a propósito del esfuerzo personal y de la capacidad de superación. Eso sí, el afanarse siempre era competencia de los demás. Cuando se trataba de él, era digno de compasión y merecedor de todas las atenciones. Si después de nacer Álex le recomendé que buscara ayuda fue porque la veía con la moral bajo mínimos. Tenía miedo de que hubiera tocado fondo. Dudaba de que en aquel estado pudiera hacerse cargo del niño. Y es que, visto desde fuera, Álex fue otro escalón en el descenso de mi hija. Tardé días en hacerme cargo de su falta de energía, ya que, mientras estuvo en el hospital, Básil no permitió que nadie la fuera a visitar. Dijo que aquella era una cuestión privada y que, por favor, nos mantuviéramos al margen. Me consta que todos le hicieron caso. Yo, de mala gana para no provocar un conflicto.

En cuanto Laura estuvo en casa, contraviniendo las órdenes de Básil, que quería estar presente si había visitas, la fui a ver en ausencia de su marido. Y le dije qué pensaba de toda aquella historia. Le hice notar que no era nada normal la actuación de Básil. «¿Tú crees que un hombre que se comporta así te ama?!». Laura, que estaba marchita como una flor sin agua, sacó fuerzas de no sé dónde para cantarme las cuarenta y hacerme notar que Básil estaba muy pendiente de ella. «Mira», me dijo. Y me mostró un papel muy chiquitito, doblado casi como si fuera una pelota. Lo desdoblé. Escrito con el tazo fino característico de Básil, decía: «Te amaré hasta la muerte».

Cuando aquella misma noche recibí una llamada de Básil, comprendí que también esta vez Laura había sido una bocazas. A diferencia de la primera vez, no me sorprendió el tono blanco y monocorde ni las expresiones punzantes de mi yerno. Ahora ya las conocía. También preveía lo que me diría: que no me metiera. Lo que ignoraba es que estaba vez utilizaría a Álex como amenaza. «Si tienes interés en continuar viendo a tu nieto, no metas la nariz en mi pareja.»

Me sentía dividida entre dos fidelidades: a la hija y al nieto. Opté por el nieto,

más que nada porque la opción de la hija era poco viable. Hacerle ver la realidad en la que estaba atrapada no dependía de mí, porque se negaba a escuchar mis argumentos y a ver la situación desde un ángulo diferente. Y, encima, podía ocasionarme su pérdida y la de Álex. Me habría gustado regalarle a mi hija las palabras de un amigo: «El amor es ciego, pero es preferible, de vez en cuando, abrir los ojos para no pegarse una torta». No obstante, decidí guardar silencio.

«No hagas de suegra; no va en absoluto con tu forma de ser». Recordaba haberle disparado aquella frase a Ana durante mi primer desplazamiento a Europa, poco después de que Pedro hubiera muerto y, por consiguiente, unos meses más tarde de que Laura y Básił hubieran empezado su convivencia. Fue un viaje muy breve que no me permitió notar que a mi amiga le pasara nada de particular. Si acaso, me pareció que estaba orgullosa de su novio. Yo misma, que llevaba una vida sentimental muy loca, me pregunté si no era eso lo que tenía que hacer: buscarme a uno que me gustara de verdad e instalarlo como único amante en mi vida. El problema era que me gustaban muchos hombres y me era difícil elegir. En aquel tiempo todavía faltaban tres años para que conociera a Derek y me pareciera que valía la pena intentarlo. Laura, en cambio, por lo que se veía, había encontrado exactamente al tío que necesitaba; no paraba de cantarle las excelencias. Me puso los dientes largos, la verdad. A mí, Básił me pareció guapo, divertido y muy amable. Por eso me resultaba ingrato escuchar a Ana hablar de él con malevolencia. Pretendía convencerme de que Básił tenía un lado opaco que no le gustaba, que la inquietaba... Me hizo reír. ¿Un lado turbio aquel tío de sonrisa franca y de ojos simpáticos? O Ana había visto demasiadas películas de Hitchcock, o se estaba metiendo, peligrosamente, en el rol de suegra pesada.

Después, durante mi segundo viaje, también de visto y no visto, ya que aproveché el mes en Europa para enseñarle a Derek algunas capitales, tuve la ocasión de compartir algunos ratos más con Básił. Laura y él hacía sólo quince días que se habían casado. El aspecto de ella me preocupó un poco: se la veía pálida, muy delgada y, sobre todo, hablaba con una voz que era sólo un hilo. Ella me tranquilizó. Era cansancio y nada más. A pesar de todo, aquella voz que parecía que quisiera hacerse perdonar o pasar inadvertida no me gustó. Tampoco deberían haberme hecho reír los comentarios de Básił respecto a la falta de habilidades domésticas de Laura — «chata, este bistec está como una suela» — y respecto a sus propias magníficas capacidades, por ejemplo, en materia culinaria. No constatamos si eran reales o no porque nunca se metió en la cocina: «Yo, por tan poca cosa como un bistec, no me ensucio las manos», reía. Me tendría que haber dado cuenta de que aquellas observaciones, aparentemente inocentes y con voluntad cómica, eran cargas de profundidad que, a la fuerza, debían de minar la autoestima de Laura. La

ridiculización, no obstante, era tan sutil que pasaba desapercibida.

Laura siempre me había recordado la flor de la magnolia. Quizás porque era bonita, de formas redondeadas, y porque lentamente se abría a la vida. Cuando empezó la carrera, se fue destapando, esponjando... Pedro y yo lo habíamos comentado muchas veces: nuestra hija era una mujer muy completa, y estábamos seguros de que, con el tiempo, todavía lo sería más, que aún florecería de una manera más espectacular. Pues nos equivocamos mucho. Cuantos más años pasaba Laura junto a Basil, más reseca parecía. La observaba y me decía a mí misma que, más que una magnolia, ahora me hacía pensar en una zarza junto a un camino polvoriento. Seca, llena de polvo... Me daba la impresión de que Laura se iba encogiendo. Y yo estaba segura de que el proceso de empequeñecimiento de Laura estaba ligado a su relación con Basil. Y, por mucho que me irritara, yo también estaba encadenada a él, ya no podía abrir la boca si no quería jugarme el contacto con mi hija y con mi nieto. Constantemente pensaba si había alguna manera de abrirle los ojos a Laura sin que él lo supiera. Pero no veía de qué modo.

La pasada Navidad, como cada año, Raquel y yo habíamos ido a almorzar a casa de ellos. Era una de las pocas ocasiones en que yo tenía barra libre. Mi yerno se mostraba tolerante y me permitía empezar conversaciones sin lanzarme miradas desintegradoras. Quizás porque se daban las circunstancias óptimas, cuando vi en una de las revistas profesionales de Laura que anunciaban la convocatoria de un concurso para proyectos dirigidos a remodelar el museo, se lo dije con toda la malicia: «Fíjate, Laura. Se convoca un concurso para la remodelación del MNAC». Laura aún no había reaccionado cuando ya Basil metía baza. Me habría asombrado si no lo hubiera hecho. Se sentó a mi lado para leer el anuncio. Mientras, yo observaba a mi hija, que se había quedado, tetanizada, en el mismo lugar donde estaba. ¿No siente curiosidad?, me preguntaba. Basil dejó la revista y dijo riendo, con aquella voz desenfadada, como si todo fuera una especie de broma de criaturas: «En esta casa, quien tiene experiencia en museos soy yo, que desde Hermanos Prado me he ocupado de decorar muchas salas de exposiciones itinerantes». ¡Qué burrada! Le habría dado un mamporro con la revista. En lugar de eso, le señalé con tacto que no era exactamente lo mismo, que aquella remodelación requería el título de arquitectura. Le quité la publicación de las manos y se la di a Laura, que lo leyó con atención. «Esta bien», dijo al acabar. «¿Y qué?», le insistí. «¿No crees que sería una buena oportunidad para medir lo que has crecido como arquitecta durante todos estos años?». Vi que se le encendía una lucecita en los ojos. Hacía siglos que no los veía brillar de esa manera. Por eso pensé que había ganado la partida. Y también porque Basil no dijo ni mu. Pues sí que se lo ha tomado bien..., me dije. ¡No parecía él!, siempre tan celoso de lo que hiciera Laura, siempre envidioso de sus

proyectos, hasta el punto de que Laura ya hacía años que no tenía iniciativas en este sentido. Laura dijo: «Lo pensaré». Y sonrió. Yo, sin mostrárselo, también.

Tan segura estaba de que esta vez había encontrado la piedra filosofal para descongelar a mi hija, que casi no pude creerla cuando, una semana más tarde, un día que fue a recoger a Álex a casa, me dijo que había decidido que no se presentaría al concurso. «Pero ¿por qué?». Necesitaba oír las razones que la habían llevado a aquella conclusión. Pensaba que las desmontaría. «No creo que sea capaz; no creo que pueda estar a la altura de los otros proyectos que optarán». Me enfadé, pero intenté controlarme haciéndole ver cuáles continuaban siendo sus virtudes para concebir espacios, para jugar con los volúmenes. Ella insistía, con menos convicción que antes, para hacerme notar que quizás había perdido contacto con la museología actual. «Burradas, cariño», le solté. «Si te has pasado los últimos años ayudando a Básil a presentar proyectos para las exposiciones itinerantes...». Fue un tiro disparado a ciegas, pero dio en el centro de la diana. Laura admitió que tenía razón. Entonces atribuyó la decisión a su falta de forma física y psíquica. «Estoy cansada y todo me duele». Le repliqué que creía que si el cuerpo le dolía, era porque le dolía el alma y que, tal vez, una manera de curarse era volver a ilusionarse por alguna cuestión profesional. Me pareció que aquel argumento la doblegaba un poco, pero, de pronto, puso sobre la mesa el auténtico motivo: «No sé si a Básil le hará mucha gracia». Me indigné. «¿Y qué tiene que ver Básil con tu realización profesional?». Entonces nos enredamos en una discusión que ya sabía cómo iba a terminar: yo no conseguiría mis propósitos, Laura me delataría y Básil me intimidaría. Puesto que ya habíamos empezado, decidí llegar hasta el final. Le dije que Básil la dominaba por completo, que era como un títere en sus manos. Hacia aquí, hacia allá, media vuelta, aplaudir... «Le tienes manía», me dijo. Sí, era verdad, ¡se la tenía, y mucha! Pero no era gratuita, era el resultado de su actuación hacia Laura. Se lo expliqué. Laura negaba que Básil la controlara. Vi una salida: «Muy bien, te creeré si me lo demuestras: puesto que te hace ilusión, preséntate al concurso. No pasa nada si no ganas; lo esencial es que tengas valor para enfrentarte a tu marido, que hagas prevalecer tus derechos, tus decisiones. ¿Qué dices?». Antes de contestarme lo pensó mucho. Por fin me dijo: «De acuerdo, mamá. Lo haré».

Era vital que aguantara el golpe que iba a suponer notificarle la decisión a Básil. Necesitaría que la apoyáramos. Estaba segura de que contaba con la ayuda de Sergio. Pero yo también le tenía que demostrar que estaba a su lado. Al día siguiente le envié un correo al trabajo y estuve sufriendo hasta que recibí su respuesta: «Todo va adelante».

Me parece que fue lo mejor que pude hacer por ella. Durante esos meses la vi

revivir poco a poco. Estaba tan decidida a llevar el proyecto a término, que la decisión se reflejaba en su cara. Por otro lado, me alegró ver que esta vez no me había vendido a B́asil: le debía de haber justificado la decisi3n como propia, lo que me ahorr3 un disgusto con 3l.

Me parece que fue hacia mediados de mayo cuando le recomend3 que fuera a ver una pel3cula: *Ojo de gato*. En realidad, yo era su cr3tica particular de cine. ¿Lo sab3as? Voy tan a menudo al cine que muchas personas —entre ellas Laura— me preguntan si hay algo en la cartelera que valga la pena. Y si menciono esa pel3cula es porque tuvo un efecto inesperado. Removi3 algo en la mente de Laura. A m3, no obstante, no me dijo nada hasta principios de septiembre. Y por eso te lo explicar3 m3s adelante, siguiendo el hilo de los hechos.

Ya te coment3 que no era habitual que comparti3ramos demasiadas temporadas los tres juntos, pero siempre consegu3a que vinieran, a mediados de agosto, a pasar unos d3as, junto con Raquel, a la casa de la playa. El ambiente nunca era para tirar cohetes; siempre hab3a tensi3n latente. A pesar de todo, tengo que reconocer que la 3ltima vez, en agosto pasado, fue relativamente pl3cida. Todos est3bamos de bastante buen humor, si no consideramos el aire ausente de Laura. Se la ve3a pensativa y replegada sobre s3 misma, pero menos tirante de lo que sol3a estar. Me alegr3. El 3nico incidente durante todo el d3a fue un comentario de Raquel, que le vali3 una mirada demoledora de B́asil. Una mirada que Raquel no lleg3 a notar. Luego, el d3a continu3 luminoso como hab3a empezado. Me ten3a pasmada que B́asil no me disparara ninguna de sus educadas flechas venenosas. ¿Qu3 le pasaba?, me preguntaba. Ignoraba si la actitud tranquila de 3l ten3a que ver con el aire menos tenso de ella. ¿Y si de verdad 3l estaba haciendo un esfuerzo por cambiar y la relaci3n de ellos dos hab3a mejorado?

Descubri3 el motivo de su calma s3lo aparente a media tarde, cuando me llev3 a dar una vuelta. Nunca me hab3a pedido que di3ramos un paseo juntos. A pesar de que no me apetec3a, no lo desair3 por miedo a arruinar aquella jornada familiar inusitadamente mansa.

Mientras pase3bamos, entend3 por qu3 ese d3a B́asil parec3a un oso de peluche. Me ten3a que pedir un favor. ¡Y qu3 favor! Un sinvergüenza, el t3o. Pretend3a que le dejara setecientos mil euros. «¿Est3s loco? ¿No creer3s que tengo tanto dinero, verdad?». Me mir3 como si estuviera convencido de que s3, que los ten3a y que lo negaba para no tener que hacerle el pr3stamo. ¡Y no se equivocaba ni pizca! Ahora te vas a quedar de piedra: ¡los ten3a! De hecho, no s3lo aqu3llos, sino incluso unos cuantos m3s. Durante muchos a3os, Pedro cobr3 un variable de la

empresa en forma de acciones. Poco antes de morir las vendió y lo puso todo en el banco a mi nombre. Nadie lo sabía, y B́asil tampoco, claro. Pero, mira por d́onde, el tío necesitaba ayuda y no se cortaba un pelo para probar suerte y darme un sablazo. Yo me hice la loca. Insistí en el argumento anterior: no los tenía. Entonces él cambío de táctica y vino a decirme —con mucha educacíon, ¡eso sí!— que hipotecara el piso de Barcelona, que, tal como habían subido los precios del mercado inmobiliario, sacaría más de lo que él necesitaba. Era inaudito, pero cierto. ¡Pretendía que pidiera dinero contra mi piso! «¿Y cómo piensas que devolveré la hipoteca?», le pregunté comiéndome la rabia y las ganas de saltarle a los ojos. Me aseguró que él se ocuparía, porque el negocio en el que se metía era muy seguro. Pero que si las cosas se torcían, siempre podíamos considerar el préstamo como una parte de la herencia que, en cualquier caso, cuando yo muriera, iría a manos de Laura. La inconsciencia y el descaro de mi yerno superaban cualquier límite que yo hubiera imaginado. Ahora sí que ya no contuve mis ansias de saltarle a la yugular, aunque sólo fuera metafóricamente hablando. No pude contenerme y le dije que no tenía ni la más mínima confianza en una operacíon financiera que él pudiera llevar a cabo y que, claro, no estaba dispuesta a arriesgar el lugar donde vivía, y donde había vivido con Pedro, por un soufflé de los suyos, que se deshincharía en cuanto saliera del horno. B́asil me miró con odio. Ése es el sentimiento que siempre le he inspirado. Sus ojos eran como dos pozos negros sin fondo. Me dio miedo, pero aguanté sin vacilaciones su mirada y mi postura. Él, dejando de lado la voz de merengue con que me había untado hasta entonces, me contestó con frialdad que no le importaba mi negativa, que haría lo que fuera necesario para conseguir aquella cantidad. «Lo que haga falta. Ya lo verás», me dijo. Y me dejó plantada. Cuando llegué donde estaban mis hijas, con quienes ya se había reunido B́asil, todavía sentía el calambre que me había provocado su respuesta. De verdad, lo creía capaz de cualquier barrabasada.

Y todavía no había pasado un mes y medio desde esta inverosímil demanda de B́asil, cuando me llamó a las ocho y pico de la mañana. Al oír su voz, intuí que había pasado algo. Y antes de que me lo dijera, imaginé que se trataba de Laura. No sabría decir por qué. Quizás no fue ninguna intuición, sino una muestra más de mi neurosis. El caso es que cuando pronunció la frase que confirmaba mi premonición, yo ya tenía el corazón arrugado como una pasa y dificultades para respirar.

B́asil insistió en ir solo a identificarla, de modo que me avisó que iba a casa a dejarme a Álex. Yo se lo agradecí porque no habría podido soportar ver a mi hija en el depósito, tal como la habían encontrado. Prefería estar con el niño. Al menos él me obligaba a continuar en contacto con la realidad, aunque no tuviera ganas. Él necesitaba dormir, comer, llevar pañales limpios...

Todavía no sé por qué me obcequé en quedarme con la Palm de Laura. Inconscientemente sabía que tendría que avisar a gente que, tal vez, sólo constaba en su agenda de teléfonos. Te tengo que confesar que no descubrí demasiados nombres de amistades. El círculo de personas más o menos íntimas de Laura era muy reducido. Tantos amigos como había tenido en su juventud... Lo apunté también en la cuenta de quejas contra Básil. Así pues, la mayoría de números correspondían a clientes del despacho, a proveedores domésticos, a médicas o a médicos... Encontré tu número de móvil y tuve ánimos para llamarte. Sé que te dejé un mensaje horrible... Reconozco que, sólo por eso, podrías pedir que me colgasen del palo mayor. Espero que no me lo tengas en cuenta; apenas sabía qué hacía. Aquél y los siguientes fueron días vividos como en una niebla. Suerte que esta neblina desdibujaba los contornos del dolor y me permitía moverme, aunque fuera de una manera mecánica.

Salí de esta especie de estupor de repente, con la llamada de un colega de París. La información que me dio actuó como si me hubieran inyectado cafeína intravenosa. Según él, acababa de toparse, en un anticuario muy importante del centro de la ciudad, con un espejo idéntico a nuestro espejo oriental de tres caras. Se había quedado tan pasmado al descubrir una pieza gemela, que no había podido resistir el impulso de llamarme. Reaccioné con una agilidad impropia de mi estado de ánimo. «Quiero una fotografía», le dije.

Necesitaba ver el nuestro. Llamé a Básil y le dije que me resultaba indispensable tocar el espejo, tenerlo otra vez entre mis manos. Le recordé que era una pieza sentimentalmente muy valiosa para mí. Básil reaccionó con cierta brusquedad. Ya sé que tal vez tendría que haberlo previsto, pero no me lo esperaba, porque, desde la muerte de Laura, Básil estaba muy suave. Me dijo que, sintiéndolo mucho, le resultaba imposible complacerme. «¿Por qué?», dije yo, decidida a no dar el asunto por zanjado. Básil vaciló unos segundos. Cambió el tono de voz. Noté que sus palabras me envolvían como un jersey de angora. «Lamento tener que decirte esto», comenzó. Y yo noté que las piernas se me volvían de algodón. Entonces continuó envolviéndome con su tono persuasivo y me explicó que el espejo se había roto y que, para no disgustarme, Laura y él habían acordado no decírmelo. Tonta de mí, no le pedí detalles. Quizás si lo hubiera hecho, sus explicaciones se hubieran desmontado. Pero no lo hice, presupuse que el día de su boda, cuando yo había oído ruido de cristales rompiéndose en su habitación, en efecto, el espejo se había roto.

Esta noticia habría podido volverme a sumir en el mismo estado letárgico en que me había dejado la muerte de Laura. Pero no. Al contrario. Me sentía en

guardia, vibrando. Los pensamientos iban a toda velocidad dentro de mi cabeza. ¿El ruido de cristales que yo había oído era del espejo? ¿Y si no lo era? ¿Había terminado en París nuestro espejo?

Ni una hora más tarde tenía una fotografía de alta resolución en la bandeja de mi correo electrónico. Mi colega me explicaba que la imagen procedía del catálogo digitalizado del propietario del negocio y que, con el pretexto de que yo podía ser una compradora interesada, no le había costado mucho convencerlo para que me la mandara.

Era para no creérselo. Los mismos colores, los mismos motivos florales, la misma grulla... Tan parecido que a la fuerza tenía que ser el nuestro, pensé. Y decidí volar a Francia.

Pasé la tarde atareadísima y en un estado de excitación lamentable. Penoso en especial para Álex, que no entendía que le hiciera tan poco caso. Llamé a mi colega para decirle que, por favor, hablara con el anticuario y me apartara el espejo. Llamé a la agencia de viajes y pedí que me hicieran las reservas pertinentes. Llamé a Raquel y, con la excusa de que tenía que hacer un viaje profesional ineludible e inesperado, la persuadí para que se instalara en casa para ocuparse del niño. Al día siguiente aterrizaba en París y comprobaba, sin demasiadas sorpresas, que el espejo era el nuestro.

El nuestro, sí, pero una de las caras era diferente. Me lo sabía tan de memoria que no necesité las explicaciones del especialista para saber que alguien había hecho sustituir una de las caras originales. Entonces sí que relacioné la rotura del día de la boda de Laura con esa reparación.

Según el anticuario, el espejo le había llegado a través de un profesional berlinés. Le pregunté si podía averiguar cómo lo había conseguido el de Berlín, y entonces se destapó el nombre de Básil. Estaba furiosa y con ganas de volver a Barcelona con el espejo bajo el brazo. Porque no pensaba dejarlo allí, claro. El problema fue pagar el rescate. Cuando supe lo que había obtenido Básil, no lo podía creer. ¿Por aquella bagatela? Entonces me enseñaron el certificado que había hecho el perito de Berlín y leí toda la historia de nuestro espejo. ¡Ah!, veo que ya la conoces.

Para recuperarlo tuve que tomar una decisión muy a disgusto: rescatar el capital proveniente de las acciones que habían sido de Pedro. Es decir que, finalmente, mi yerno se había salido con la suya: había obtenido el dinero para el

negocio que llevaba entre ceja y ceja y, encima, era como si se lo hubiera dado yo misma. La rabia me consumía. Me consolé pensando que había recuperado el espejo, que era como estar acompañada por Pedro y por Laura.

—¿Lo quieres ver? —me preguntó Ana.

—Claro que sí.

Se levantó.

—Aquí lo tienes —dijo Ana, entrando en la cocina y poniéndose el espejo en la falda.

Me pareció más bonito que cuando era una niña. Supongo que, como adulta, era más capaz de ver la belleza de aquel objeto antiguo. O tal vez estaba influida por todo lo que ahora sabía. Abrí las tres hojas y no pude distinguir la nueva. Las tres me parecieron iguales. No había ninguna que tuviera ni una sola nube que me indicara la edad avanzada. Notaba que tres Ginas diferentes me observaban desde las lunas. Era un espejo bonito e interesante, pero yo no me habría jugado mi capital por él.

—Hace días que te quiero hacer una pregunta y hasta ahora no tengo la oportunidad —le dije.

Con la mirada, Ana me animó.

—El día del entierro de Laura me hiciste un comentario que no entendí.

—Sí. Ya lo sé.

La observé intrigada.

—Te dije: «Ahora descansa en paz mi hija; por fin el espejo ha liberado su espíritu».

—¿Y qué pretendías decir con eso?

Ana esbozó una sonrisa leve y triste.

—En realidad, sólo era una manera de decir que mi hija no sufriría más. Antiguamente, la gente creía que el reflejo de una persona en el espejo era su alma.

Y pensaba que, en según qué circunstancias, el espejo podía capturarla. Por eso todavía, en algunos pueblos, para evitar que los espejos se lleven el alma de quien está débil, existe la costumbre de retirarlos de las habitaciones de los enfermos.

—Ésta debe ser la razón por la que en ciertos lugares, cuando muere una persona, vuelven los espejos hacia la pared o los cubren con un trapo, ¿verdad?

—En efecto. Consideran que si alguien se mirara en ellos, moriría pronto.

—¿Y eso qué relación tiene con Laura?

—Laura tenía el alma, o la mente, o el inconsciente, o el espíritu, como lo quieras llamar, prisionero. Y ésta fue mi manera de decir que se había liberado.

—¿La mente de Laura prisionera? ¿Prisionera de quién? —le pregunté, a pesar de que ya conocía la respuesta.

—De Básil, claro está.

—¿Y tú crees que la muerte la liberó?

—No. Fue libre antes de morir, cuando tomó consciencia de quién era y de lo que estaba viviendo. Antes te he dicho que la película *Ojo de gato* le provocó una reacción.

—Sí. Y me has dicho que me lo explicarías siguiendo el orden de los acontecimientos, pero no lo has hecho.

—No pasa nada. Te lo explico ahora. Yo no supe que la película le había abierto los ojos hasta el 4 de septiembre. Aquel día me vino a traer a Álex porque, me dijo, por la noche necesitaba estar sola con Básil. Tenía que comunicarle que había decidido separarse de él. Entonces me dio las gracias por haberla forzado a presentarse al concurso para remodelar el MNAC. Por lo visto, el reto de llevar adelante un proyecto ella sola, cuando se creía incapaz, y, en especial, la agitación que le había supuesto hacerlo en contra de la opinión de Básil habían provocado un resquicio mínimo en su cabeza. Y por esta rendija se había ido filtrando la luz. Y por fin, con la película, su mente se iluminó por completo. Me dijo: «La niña de *Ojo de gato* ha resultado un espejo. Me he visto reflejada y me he reconocido a mí misma».

Ana suspiró.

—Tal vez por ello usé la metáfora del espejo.

Le sonreí porque la entendía bien. Ella continuó:

—Me consta que Laura te quería hablar de ello cuando llegaras. Aquellos días tú andabas muy atareada y pensó que te lo explicaría todo con calma cuando ya estuvieras instalada aquí. Ya había hablado con una abogada, una tal Elvira Bermejo, que le estaba preparando un convenio para presentárselo a Básil.

¡Elvira Bermejo! Éste era uno de los nombres en la agenda de Laura. Lo recordaba perfectamente.

—En fin, ahora ni Bermejo, ni tú, ni yo podemos hacer nada. Laura ya no está.

Se quedó pensativa mirando los posos del té.

A pesar de que temía importunarla, no quise dejar de hacerle una última pregunta:

—¿Y tú qué piensas del accidente?

A Ana se le licuó la mirada.

—No creo que fuera un accidente. Creo que Laura ya no podía más.

Estaba a punto de replicarle que algo no encajaba cuando una vocecita en el umbral de la puerta nos hizo girar a las dos:

—¡Abuela!

«Si Laura ya había tomado la decisión de separarse, ¿por qué se iba a querer suicidar?», me pregunté saliendo de casa de Ana.

Claro que aquélla era la opinión de su madre, quien, a pesar de haber encontrado unas cuantas piezas esenciales del rompecabezas, no las había reunido todas. Seguramente yo tenía más, pero no pensaba ofrecérselas. Habría sido añadir dolor al dolor. Algo inútil.

La causa del accidente, pues, continuaba siendo un punto borroso. Y el suicidio era una pieza que, a mi parecer, no se acoplaba bien a la historia.

Al entrar en el taxi, sujeté el espejo con los dos brazos. Lo llevaba bien protegido porque Ana me lo había envuelto en una manta de viaje, pero me hacía sufrir la idea de que pudiera estropearlo; me sentía tan responsable de él como si fuera mi hijo. En realidad, ésta había sido la única petición de ella cuando me lo había puesto en las manos. «Que no le pase nada, por favor», me había dicho. En cambio, no me había preguntado para qué lo quería. Tal vez ya lo intuía... Quién sabe. Tampoco me había preguntado por qué me interesaba la Palm de Laura. Me lo había dado todo, y ya está. «Te lo devolveré en bre-ve», le prometí, refiriéndome al espejo, cuando nos despedimos.

En casa coloqué el espejo japonés, sin desenvolver, sobre mi sofá y dejé la Palm sobre la mesa del comedor.

Conecté el ordenador. Sabía que en la bandeja de entrada del correo tenía unos cuantos mensajes que quería leer con calma, especialmente el de E., el represaliado chileno, a quien le había pedido una cita. Se excusaba porque le resultaba imposible verme. Tenía la amabilidad de enviarme unas cuantas notas sobre su experiencia.

E. había padecido tortura de manos de un oficial absolutamente convencido de que la razón estaba de su lado y que, por lo tanto, Dios le asistía en aquella lucha contra los enemigos del general Pinochet. E. comprobó que resistía el dolor más fácilmente que las humillaciones; a pesar de todo, tenía la convicción de que nunca claudicaría. Sus ideas de libertad y justicia estaban muy por encima de las brutalidades a las que se veía sometido. Hasta que un día notó que algo en su interior se rompía. Imaginó que en algún lugar dentro de él habían demolido un

muro. Y en su cabeza empezaron a mezclarse sus ideas y las del oficial que lo torturaba. Después de un tiempo solo, ignoraba qué pensaba, quién era, qué tenía que hacer. Entonces se dijo que tal vez sus acusadores tenían razón. Él era una mierda, un ser menospreciable, un cero a la izquierda, nadie. En cambio, los demás, que siempre usaban un tono firme y cargado de razón, que iban limpios y no pasaban hambre, representaban el triunfo, las ideas de bien. Por ello, terminó delatando a su gente y dando las respuestas que sus captores querían oír.

Al día siguiente la actividad fue frenética.

Convencida de que estaba llegando al final de aquel recorrido por la vida de Laura y que después ya empezaría a digerir su muerte y a centrarme en el tema que me había llevado a pasar un año en Europa, anuncié a los Berg mi decisión de volver a Estrasburgo. Como siempre, madame Berg se mostró muy amable, me dijo que tanto ella como su marido estaban bien y que me esperaban con interés, y fijamos una nueva cita. Afortunadamente, mis vaticinios pesimistas no se habían cumplido y el hombre continuaba con la cabeza clara y muy dispuesto a continuar dándome testimonio de su paso por los campos de concentración nazis.

Antes de volver a hablar con él, todavía tenía que resolver unas cuantas cuestiones respecto a los últimos tiempos de Laura. Ya había hablado con las personas más próximas. Ahora vería de nuevo *Ojo de gato*. También quería contrastar lo que me habían explicado los diferentes interlocutores con las anotaciones de la agenda de Laura, sus correos electrónicos y su carpeta de documentación de los espejos. Después tenía que hacer dos llamadas. Y la última estación de aquel periplo sería una visita a B́asil.

Todavía con el pijama y sin pasar por la ducha, me hice una tetera grande de té verde, cogí un paquete de galletas de manzana y me instalé en el sofá, al lado del espejo, para ver *Ojo de gato*, que todavía estaba en casa.

Recordaba con qué frase, según Ana, Laura había explicado qué de aquella película le había abierto los ojos. Había dicho: «La niña de *Ojo de gato* ha resultado un espejo. Me he visto reflejada y me he reconocido a mí misma». De manera que, esta vez, yo ya sabía qué buscaba: todas las escenas en que aparecía Elaine de pequeña, con sus amigas. Y todavía más, en particular me entretuve en los gestos de una de ellas, Cordelia, que era quien gobernaba el equipo de niñas castigadoras. También observé con interés a Elaine, la niña fustigada. No era difícil comprender que Laura se había identificado con ella. Elaine aceptaba todas las amonestaciones, las pruebas duras, los castigos de las amigas sin quejarse, sin alejarse de ellas,

porque los consideraba, tal como le hacían creer, muestras de amistad.

Adelanté y retrocedí la película muchas veces. Especialmente me esforcé en contemplar la escena del barranco como si yo fuera Laura.

Es pleno invierno y la nieve lo cubre todo. Las cuatro niñas vuelven del colegio hacia casa. Se han entretenido más de la cuenta y ya ha oscurecido. Cordelia cae rodando por la ladera helada de una colina hasta la barandilla del puente colgado sobre el barranco. Las demás se lanzan por la ladera, riendo e imitándola, convencidas de que la caída ha sido voluntaria. Pero ha sido accidental, y Cordelia no soporta que nada le ocurra por casualidad. Las amigas se han reído, de modo que Elaine merece un castigo. Cordelia le arranca el gorro de la cabeza y lo lanza por encima de la barandilla. «Ahora ve a buscarlo», le ordena. Elaine duda: es peligroso, lo tienen prohibido... Pero si no lo hace, en casa tendrá que justificar la pérdida del gorro y, encima, tal vez Cordelia no le volverá a dirigir la palabra. Elaine baja con dificultades y cuando llega al fondo del barranco, ve su gorro en medio del arroyo helado. Escucha el sonido del agua por debajo de la capa fina de hielo. Camina por encima de él, hasta tocar el gorro. Cuando ya casi lo tiene, el hielo se rompe y Elaine queda sumergida de cintura para abajo. Arriba, en el puente, las tres niñas han desaparecido.

Me salté la escena en la que Elaine es rescatada y las de su convalecencia y busqué la escena donde vuelve al colegio.

Cordelia y las otras dos le quieren hacer pagar lo que creen que ha sido una delación, ya que cada una de ellas, en casa, ha sido castigada por haber dejado a la compañera sola en el barranco. Ella se defiende diciendo que no ha tenido nada que ver con lo ocurrido. «¿Ah, no? ¿Y cómo es que tu madre llamó a las nuestras?». Entonces se produce algún clic en la cabeza de Elaine, que responde: «No lo sé y no me importa». Y se aleja de ellas definitivamente, impermeable a sus chantajes, desligada de aquella relación que había creído amistad. Elaine se siente libre, no necesita a aquellas tres niñas ni entiende cómo llegó a sentirse tan vinculada a ellas.

A mí la película también me acabó de abrir los ojos.

Me duché y me vestí. Luego encendí el ordenador para entrar de nuevo en los documentos privados de Laura. Los abrí todos y los minimicé para moverme de unos a otros con mayor facilidad.

Efectivamente, la primera anotación en rojo era «Primates», escrita el 1 de

junio, al día siguiente de haber visto la película, y se correspondía con la carpeta de la documentación de espejos que explicaba cómo los primates superiores se tocan la cruz de esparadrapo de la cara cuando se los coloca frente a un espejo, es decir, cuando se autorreconocen. A la vez, el término se relacionaba de manera clara con la explicación de Laura a su madre: «La niña de *Ojo de gato* ha resultado un espejo. Me he visto reflejada y me he reconocido a mí misma». Y también se podía vincular con el correo electrónico que me había mandado el 1 de junio. «Cerrado por defunción del alma de la propietaria. Es bestial tener el alma muerta, pero peor es no darte cuenta de que has resultado demolida. Y yo tengo conciencia de ello. Sí». Era evidente que, como Elaine, Laura había visto que era una mujer laminada, y eso le había provocado una crisis. Y yo ahora tenía muy claro quién era el que hacía trizas a mi amiga.

Aparte de unos «silencios administrativos», las siguientes anotaciones en rojo de la agenda se correspondían con la verbena de San Juan. Aquel día había anotado «Guantánamo» por la bronca mayúscula de Básil, que la llamó frígida en un tono lo bastante alto para que lo oyera Raquel. Y también ponía «Bontempelli», que estaba relacionado con un documento del mismo título en la carpeta de los espejos. Todo ello me llevaba a pensar que Laura había visto a Básil reflejado en los espejos deformantes y, tal vez, como el protagonista de Bontempelli, ya no conseguía que el Básil de su corazón encajara con el Básil que la realidad se obstinaba en ponerle ante los ojos. O quizás era la incapacidad para ajustar lo que ella quería con lo que Básil le imponía. Aquí era donde mejor se acomodaba la frase pronunciada por él mismo cuando estuve en su piso: «Su boca decía no, pero sus ojos me decían que sí».

El 5 de julio, en la agenda había anotado en rojo: «Bonsái», justo el mismo día en que había visto por primera vez a Elvira Bermejo, la abogada, según me había comentado Ana. La anotación no se correspondía con ningún documento en la carpeta de espejos, pero sí con el correo electrónico que me había mandado el 5 de julio a medianoche: «Me dicen que soy un bonsái, pero yo me siento una naranja. Exprimida. ¿Sabes qué quiero decir?». Yo lo había interpretado como la expresión de una persona agotada, sin energía. Aquella anotación, estaba segura, sólo Elvira Bermejo me la podría aclarar.

Los «besos de azúcar» y los «besos de café» me había parecido entenderlos al encontrar aquel papel tan doblado en la azucarera de Básil. Ahora, sin embargo, con todo lo que había ido sabiendo, les atribuía su auténtico significado. Nada que ver con el amor de él hacia Laura, sino con su capacidad para manipularla. Su relación estaba llena de tensión, de «silencios administrativos», de «Guantánamos»... Una relación sin muestras de afecto ni de complicidad. Pero, de vez en cuando,

especialmente después de una buena bronca, venía un tiempo de calma en que él le daba con cuentagotas alguna pequeña muestra de afecto. Cada minúscula gratificación provocaba la espera ansiosa de la siguiente.

El día 1 de septiembre volvía a aparecer Elvira Bermejo y, unas horas más tarde, otra anotación en rojo: Edison, que remitía al documento en el que se hablaba de Edison, de Dante y de la multiplicación de la luz en base a un juego de espejos. Y, finalmente, también se correspondía con el mensaje que me había enviado el 2 de septiembre, dejando claro que había visto la luz después de contemplarse en el espejo japonés. Tal vez el espejo tenía una función mucho más mágica de lo que la lógica permitía suponer. Ahora no dudaba de que a Laura se le habían iluminado todas las zonas en sombra de su relación con Básil y se había podido ver como lo que era: una mujer maltratada.

Me levanté para prepararme otro té, y mientras se calentaba el agua me acerqué a la ventana, desde donde casi llegaba a tocar las ramas de una de las acacias. Algunas hojas ya estaban amarillentas y no tardarían demasiado en caer. El árbol acabaría desnudo justo en noviembre; entonces mi apartamento recibiría de lleno los rayos de sol.

Laura había empezado a hacer aquellas anotaciones en rojo a partir de la ida al cine, probablemente desde que lo vio claro. Eran apuntes muy íntimos que le debían de permitir seguir el hilo de los acontecimientos y hacerse cargo de cuál era su situación en aquel embrollo. Quizás esas notas tan breves eran como un camino de señales que la llevaron a tomar la decisión de separarse de Básil.

Fui a la cocina para terminar de prepararme el té. Esperé dos minutos para colarlo. Mientras, me dije que la idea del suicidio continuaba sin aparecer por ningún lado en los documentos privados de Laura. O al menos eso me parecía a mí.

Con la taza en la mano, me volví a sentar delante del ordenador. Leería los otros textos de la carpeta de los espejos que todavía no había abierto.

Pinché en «Catoptromancia». Había escrito: «Arte adivinador de los espejos durante los siglos xii a xiv». Me acordé de la conversación con Sergio, que también me había hablado de los espejos usados como oráculos. Continué leyendo el texto y supe que muchos médiums los usaban para entrar en estado hipnótico. Lo cerré sin saber qué significado darle, suponiendo que tuviera alguno.

El siguiente llevaba como título «Feng Shui». Laura había anotado: «Según

una secta taoísta, la fuerza vital —conocida con el nombre de chi— tenía que dirigirse de una determinada manera para asegurarse la felicidad y la buena salud. Se entiende, claro, que los espejos se considerasen fundamentales para el Feng Shui, ya que eran esenciales para reflejar el chi en la dirección adecuada y para desviar las energías negativas. Quizás yo nunca hubiera tenido que colgar el espejo oriental en la cabecera de la cama; tal vez debería haberlo colgado en el baño desde el primer día. Quién sabe».

«Espejismos» era un texto muy breve. Sólo había apuntado: «Espejo y espejismos tienen la misma raíz. ¿Y si él y toda mi vida con él sólo han sido un espejismo?».

Abrí el último: «Mal de ojo». Hablaba del basilisco, un animal mítico a medio camino entre un gallo y una serpiente. Un animal capaz de matar a alguien sólo con la mirada.

Cerré los documentos privados de Laura. Necesitaba ir a dar una vuelta por la playa. Todavía tenía que ordenar mis ideas. Todavía quedaban las llamadas por hacer.

Desde la orilla del mar, y usando la Palm de Laura, llamé a Elvira Bermejo. Nada de lo que me dijo fue nuevo, pero me permitió entender la anotación «Bonsái», que hasta entonces no había tenido sentido.

Luego llamé al catedrático de arte contemporáneo, Esteban Matamala, cuyo teléfono había sido fácil de averiguar en el directorio de la web de la universidad. Matamala sí me proporcionó una información nueva, y no diré que del todo inesperada.

Sentada sobre la arena gruesa, examiné la mensajería de la Palm. Laura no había borrado los últimos mensajes enviados, ni los recibidos. Los repasé, segura de que nadie lo había hecho desde su muerte. Ignoraba por qué la Palm había ido a manos de Ana, que no era una mujer demasiado experta en materia de nuevas tecnologías. De hecho, cuando le había pedido si me la dejaba, me había contestado: «Dejártela no, hija. Te la regalo. Yo apenas alcanzo a hacer llamadas... Las demás funciones no sé cómo se utilizan. Me gustará que te la quedes tú; le sacarás más partido. Y seguro que Laura habría estado de acuerdo».

Encontré el mensaje que le había enviado a Raquel: «¿Por qué me recomendaste que me separara?». Lo había mandado a la una y siete minutos de la

noche. Yo estaba convencida de que éste era el último, pero me equivocaba. Dos minutos más tarde le había enviado uno a Básił y, a diferencia del de Raquel, éste sí había sido contestado.

Básił le había mandado una respuesta a la una y treinta y siete minutos.

Yendo a casa de Básił, era consciente de que taconeaba con fuerza. Sentía el repicar de mis sandalias contra la acera. Sonreí porque aquel sonido podía llevar a pensar que andaba muy decidida, cuando la verdad era que estaba asustada. Sólo de pensar en encontrarme cara a cara con él me ponía enferma, pero la indignación y, sobre todo, un profundo sentimiento de deuda hacia Laura no me permitían echarme atrás.

A él tampoco le apetecía en absoluto volver a verme. Lo sabía porque su tono, cuando le llamé para decirle que pasaría un momento por su casa, era transparente. No me dijo: «No vengas», porque no era propio de sus actuaciones tan educadas, pero se sobreentendía que, si se hubiera dejado llevar, me lo habría escupido a la cara. Yo tampoco le dejé demasiados resquicios, no se lo puse fácil. Le comuniqué que iba, sin pedirle su opinión. Como algo hecho. Por si acaso tenía narices de negarme la entrada, le solté que había descubierto algo de Laura, relacionado con él, que le interesaría mucho y que quería enseñárselo. La curiosidad pudo más que la tirria.

Para transportar el espejo con mayor comodidad, por la mañana había comprado una caja de cartón reforzado, con asas. Antes de meterlo en ella, lo había protegido con plástico de burbujas. Deseaba que Básił no intuyera qué era ese embalaje. Me era imprescindible disponer de suficiente tiempo para el golpe de efecto: plantificar el espejo japonés bajo sus ojos. Confiaba en que, incluso para un ser de granito como él, la impresión sería bastante violenta como para paralizarlo unos instantes, suficientes para permitirme resumirle la última noche de Laura, antes de que se recuperara y me echara escaleras abajo.

Era todo lo que podía hacer por mi amiga. Aunque no era demasiado. No me quitaba de la cabeza que, durante años, yo había considerado indestructible nuestra amistad, y ahora, después de aquellas semanas intensas, tenía la certeza de que nuestra camaradería en los últimos tiempos había sido un... un espejismo. Sí. Eran tantas las cosas que yo ignoraba y que ella no osó decirme. Me cambié la caja de mano y pensé que nuestra relación se había debilitado por la distancia. No tanto por los miles de kilómetros que nos separaban como por el alejamiento que él le había impuesto.

Básil me abrió la puerta con una cara inexpresiva.

—Pasa — me dijo, sin una cortesía excesiva.

Caminé delante de él hasta la sala y salí a la terraza. Me senté.

Él se sentó delante de mí, esperando que yo abriera fuego.

No dije nada. Me limité a observarlo. Era un tío en apariencia atractivo, pero, cuanto más lo conocía, más repulsivo se me hacía. Un tío cobarde, que usaba la ética sin simetría: a él todo le estaba permitido; los demás, en cambio, tenían que regirse por sus normas rígidas.

Básil me sacó de mi abstracción.

—¿Qué me querías enseñar?

—Esto.

Despacio, con efectismo deliberado, saqué el espejo japonés de la caja.

A pesar de su sangre fría, a pesar de su cinismo, Básil no consiguió controlar la reacción. Los gestos de su cara denotaban sorpresa, y casi diría que alarma.

Aproveché para preguntarle si sabía qué era un basilisco. No esperé a oír su respuesta. Le solté:

—Un basilisco es un animal que trae desgracias. Acostumbra a colarse dentro de una casa y se queda. Con la mirada mata a las personas que lo ven. Para conjurar el mal, deben colgarse espejos en todas las habitaciones, porque, así, si el basilisco se refleja, se mata a sí mismo.

Entonces abrí las dos caras dobladas del espejo y lo coloqué delante de su cara.

—Yo creo que tú eres un animal de esa especie. Te puedes morir sólo con mirarte tú mismo a los ojos.

Estás en casa. A pesar de que es 23 de septiembre y son las ocho de la tarde, estás sudando. En parte porque hace un maldito calor pegajoso que el aire acondicionado todavía no ha expulsado de tu cuerpo. En parte también, porque,

desde hace unos días, la situación doméstica ha tomado un rumbo inesperado. Bueno, algún indicio tenías, pero no le diste importancia. Cuando Laura, el 4 de septiembre, después de haber hablado con una abogada matrimonialista que había aceptado llevar su caso, te dijo que estaba decidida a separarse, lo consideraste una boutade. ¿Laura separarse de ti? ¡Cómo! No podía ser verdad. Si ella no sabía vivir sin ti. Ni tú sin ella, eso también lo reconoces. A pesar de todo, ¡ese día le montaste un buen jaleo! Seguro que nunca te había visto tan fuera de ti mismo. Tu táctica hasta ese momento había sido dejarla a pan y agua... Es un decir, claro. O sea, con un régimen afectivo carencial. No dirigirle la palabra, no escucharla cuando ella te hablaba, ignorar sus intentos de acercamiento, no darle un beso, ni una caricia... Esta dieta afectiva tan restrictiva acostumbraba a funcionar. Y si no, los gritos, las broncas, el menosprecio... El 4 de septiembre, sin embargo, le organizaste un sarao de los grandes. Gritos y más gritos, insultos, incluso le levantaste la mano, pero no llegaste a tocarla... Nada. No conseguiste hacerla recapacitar. De un tiempo a esta parte, tienes la impresión de que no puedes atravesar su armadura, que habéis perdido vuestra indestructible unidad. No sabes por qué, pero Laura se está apartando de ti. Y todo desde que se presentó, sin tu aprobación, al maldito concurso para remodelar el MNAC.

El 23 de septiembre, Laura te dice que quiere mostrarte un convenio, redactado por la abogada, para ver si estás de acuerdo. Tú, todavía bajo el impacto de la noticia, pero convencido de que una sola gota de tu amor le hará cambiar de opinión, la invitas a una cena romántica. Quizás le mandas unas flores, le dejas un mensaje «amoroso» en la azucarera, incluso le sugieres que vaya al restaurante vestida como mejor le parezca. No necesitas que se ponga la ropa atrevida que le regalas para tu propio placer.

Si un trozo de papel doblado en una azucarera, o en un bote de café, obra maravillas, ¿qué no conseguirá una cena en su restaurante preferido, con el vino que más le gusta? Ella no está segura de que le convenga demasiado beber alcohol, porque toma más ansiolíticos que antes. «Un día es un día», le dices tú. Bebéis, coméis, te muestras cautivador. Pero ella, tozuda, continúa hablando de divorcio y de discutir el convenio.

Entonces comienzas a perder los estribos. ¿Hasta dónde tendrás que argumentar para que entre en razón? La humillas y menosprecias. ¿Tú sola? ¿Dónde irías? ¿No ves que sin tenerme al lado no sabes hacer nada? Finalmente, la amenazas. Pero no lo logras. Ella se ha obstinado en aquella posición y no te escucha; con mucho esfuerzo, te mira.

Piensas que si quiere guerra, la tendrá. Y le revelas alguna de tus últimas actuaciones. Le explicas que al día siguiente de la verbena te follaste a su hermana, y no porque la consideraras una mujer atractiva, sino porque era una manera de colocarla en su lugar. Desde aquel domingo ventoso en que la conociste, te apetecía darle una lección.

O le explicas que el 4 de septiembre, con una excusa cualquiera, hiciste desaparecer el espejo de casa. No fue difícil, ya que llevaba días embalado en el vestidor esperando que tú tuvieras un momento libre para colgarlo en la sala. Laura, nada atenta a las cuestiones domésticas porque estaba tomando la decisión más difícil de su vida, ni se dio cuenta. Tú lo enviaste a Berlín y, a cambio, dos días más tarde, recibiste una transferencia desde Alemania que te permitió comprar, con Miguel, el paquete de acciones y tomar el control de la empresa.

O le explicas que hablaste con su psiquiatra y amigo tuyo para determinar los argumentos y las pruebas que usaréis en el juicio para demostrar que Laura no está capacitada para ocuparse de Álex. Le dejas claro, pues, que, si os separáis, perderá la custodia de su hijo.

O le explicas que su proyecto para remodelar el MNAC habría podido ganar el concurso si no fuera porque tú hablaste con Matamala, el catedrático de arte. Lo convenciste de que ella estaba pasando por una crisis personal terrible y que no era una buena idea elegir su trabajo. Por cierto, le dices, Matamala lo lamentó de verdad, porque el suyo era el mejor de todos los proyectos. Una pena, insistes para que no le quede ninguna duda, sin tu intervención ella hubiera tenido el honor de remodelar el museo y su valoración como arquitecta habría subido unos cuantos enteros.

Ahora sí que has conseguido tocarla y casi hundirla. Es el momento en que tú decides que es tarde y que debéis volver a casa porque Nía os espera. Laura dice que no tiene ganas, que vayas tú solo, que ella necesita dar una vuelta con el coche. Tú no la detienes. La observas coger las llaves, meterse en el coche, arrancar y desaparecer. Sabes que no está en las mejores condiciones para conducir: ha mezclado alcohol y medicamentos, su estado emocional es deplorable, pero permites que se aleje sin hacer el más mínimo gesto.

Te vas a casa. Llegas sobre la una. Está la canguro de tu hijo, Nía. Hablas un rato con ella, le pagas el trabajo hecho y le haces compañía hasta que un taxi os avisa de que ya está en la puerta. Es la una y media. Despides a Nía y te sirves un whisky de malta.

Mientras bebes el whisky, miras el móvil. Te ha parecido que entraba un mensaje mientras charlabas con Nía. En efecto: es un mensaje de Laura. Sólo dice: «¿Por qué me has hecho esto?».

Sin dejar de deleitarte con el gusto ahumado de la bebida, le escribes un mensaje, que envías a la una y treinta y siete: «Para destruirte». Un mensaje de dos palabras que resultan un arma más mortífera que un cuchillo o una pistola.

A las dos, te metes en la cama. A las ocho de la mañana te despierta la policía para decirte que Laura ha muerto desnucada.

Te preguntas si ha sido un accidente estúpido, o un suicidio, o un homicidio llevado a cabo con un mando a distancia. Ni tú ni nadie lo sabrá jamás.

Sentada en las sillas inhóspitas del aeropuerto, me entretenía observando las piruetas de un pájaro atrapado en la terminal. Pobre animal, intentaba escaparse a través de los grandes ventanales por donde podía ver el cielo, pero sólo conseguía darse golpes y quedar medio aturdido. Cuando se recuperaba, sacaba fuerzas para volver a intentarlo.

Pensé en la conversación con Elvira Bermejo la tarde anterior a mi visita a Bási. Hablar con ella había resultado catártico. Oyéndola, tuve la certeza de que aquella mujer había contribuido a hacer más viva la luz que permitió a Laura ver con claridad. Bermejo me dijo que la había comparado con un bonsái y que ésa no era una imagen suya, sino de un especialista en la materia. Me lo explicó: un bonsái es un árbol enano porque se le impide crecer. La persona que lo priva del crecimiento es la misma que lo riega y lo saca al aire libre. Como Bási, me dije, que prefería cortar las alas a su pájaro.

Sin proponérmelo, me encontré pensando en él. Tan amable, tan atento y tan educado, pero al mismo tiempo tan perverso, tan cruel y tan inhumano. Como Himmler, un hombre capaz de emocionarse hasta las lágrimas ante un ramo de flores hermoso, pero sin problemas para firmar la muerte de miles de personas en los hornos crematorios de Auschwitz. Himmler, un tipo que mandaba cultivar plantas medicinales en su jardín, porque era partidario de las terapias naturales, y que, no obstante, permitía los brutales experimentos pseudomédicos de Mengele. Entonces, recordé la última frase que el experto en violencia de Estado había pronunciado antes de abandonar mi apartamento en la Villa Olímpica la tarde en que estuvimos charlando. Me había dicho: «No hay ninguna diferencia entre un nazi, pongamos, y un agresor sistemático de mujeres».

Anunciaron mi vuelo a Estrasburgo. Me levanté para dirigirme a la zona de embarque y dejé atrás al gorrión cautivo.

Justo cuando estaba a punto de apagar el móvil, el aparato sonó. En la pantalla vi el número de los Berg. Antes de responder, recordé que la última vez que me había llamado yo había tenido un pensamiento irónico por el hecho de que un teléfono me pudiera vincular a Mauthausen. Esta vez pensé que, en realidad, Mauthausen puede estar en el dormitorio de cualquier pareja, en cualquier punto del mundo.

## *Agradecimientos*

A Carles Revés, por sus observaciones útiles y por su amistad.

A Josep Cuní, por su pícaro comprensión.

A Antoni Bassas, por su amabilidad.

A Marcelo Mazzanti, por la celeridad de su lectura, por las horas de sueño perdidas, por la solidaridad en momentos críticos, tecnológicamente hablando, y por sus observaciones.

A Pilar Remírez, por las dos lecturas meticulosas y por sus comentarios.

A Lara Toro y Marta Vilagut, por la lectura atenta y las observaciones acertadas.

A Carlos Pujol, por unos cuantos consejos muy valiosos.

A Andrés Montero, Consuelo Barea, Jaume Funes y Álvaro Rodríguez Carballeira, por la información que sobre violencia y psicología me proporcionaron durante las entrevistas.

A Manel Briones, por la ayuda en temas de arquitectura.

A Pilar Fransitorra, por toda la documentación y ayuda respecto a la represión ejercida contra las y los republicanos después de la Guerra Civil.

A Marga Losantos, por la ayuda en la búsqueda de documentación sobre los espejos.

A mis editoras, Eugènia Broggi y Camila Enrich, por tantos proyectos compartidos con entusiasmo.

A las víctimas de violencia que han querido compartir conmigo estas experiencias.



## Notas

*Ojo de gato es una película inexistente que he construido a partir del libro homónimo de Margaret Atwood (Ediciones B). Las frases entrecomilladas atribuidas a algún personaje de Ojo de gato las he extraído de esta novela.*

La imagen del bonsái es original de Miguel Lorente, médico forense, especialista en violencia de género.

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAA